ALFAGUARA

Karina Sainz Borgo

Nazarena



Narrativa Hispánica

Karina
Sainz Borgo

Nazarena

ALFAGUARA

Tigres más que hijas. ¿Qué habéis hecho?

SHAKESPEARE, *El rey Lear*

Me llamo Nazarena, barro los patios durante la noche y maté a mi madre a dentelladas. Comí de su cuerpo sin mesura. Ella no opuso resistencia. Me ofreció sus huesos para sorberlos hasta dejarla seca. La muerte la traspasó como una mancha sobre la piel. Desde ese día, mamá gobierna la casa sentada en la mecedora del corredor. Es una mujer estropeada a mordiscos, un pájaro mudo, una muerta en vida. Hoy es Miércoles de Ceniza. Aparecida degüella dos gallinas y corta el perejil para el caldo. Lo hace todo con la cruz de polvo y saliva pintada sobre la frente. Yo llevo el rostro limpio, porque a mí la Cuaresma ya me tizna el nombre. Mis siete hermanas revolotean por toda la casa. Fuman, murmuran, maldicen e imparten órdenes. «Aparecida, sirve la sopa con las cucharas grandes». «Aparecida, plancha las servilletas». Aparecida, esto. Aparecida, lo otro. Las escucho hablar en letanías. Sus palabras rozan mi mente como cortinas prendidas en fuego. «Nazarena, ¿dónde estás?». «¡Nazarena, ven aquí!». Yo no contesto. Que cada una se ocupe de sus cosas y me deje atender las mías. «Nazarena, ¿dónde estás?». Oigo un motor, cada vez más cerca. Es un Cadillac negro que cruza la avenida. Mis hermanas no me han dicho nada, nunca lo hacen, pero de haber esperado a alguien, me habría enterado. Soy la séptima de ocho hembras, como siete son los puñales de la Virgen. Llegué al mundo para extinguir el linaje que formaron tres mujeres de piel negra con tres hermanos italianos que llegaron a La Araira desde el Véneto para construir el ferrocarril. Me bautizaron Nazarena para honrar el milagro de que mi madre sobreviviera al parto y hacérmelo pagar en vida. Es Miércoles de Ceniza. Empieza hoy la penitencia. Llevo puesto el camisón que mi hermana Porcia mandó traer por el día de mi santo. Es mi bata de trabajo. Me cubre hasta los tobillos y esconde bajo la tela blanca mi cuerpo hecho cardo. Me

combina con el nombre, me amortaja. Mi cruz es esta escoba. Con ella limpio los cercados. Cuando se gasta, uso mis manos. Arranco las ramas enfermas del limonero y siembro semillas de toronjil. Al hundir los dedos en la tierra siento las lombrices rozándome las yemas, como si estuviese ya muerta. «Nazarena, ¿dónde estás?». «¡Nazarena, ven aquí!». Allí donde me esconda, escucharé a mis hermanas. Sus voces retumban hasta deshojar los helechos y desplumar a los loros. La guacamaya de la tía Candela murió, loca ella también, por sus gritos. La noche en que la saqué de su jaula, tiesa como una piedra, se la di a Eustoquio, el jardinero. Él le arrancó los airones e hizo con ellos una diadema. Es mi corona de espinas, el cadáver del pájaro que aletea en mi mente. De las ocho hermanas, solo Bendita y Carmen viven fuera de esta casa. Ninguna de las dos conoció la viudez, la ruina o el divorcio. Cuando llega, Bendita atraviesa el umbral de la puerta vestida con sus medias de nylon. Se sienta junto a mamá. Le habla como a una recién nacida. Parece su madre postiza. «Nos está difamando», repiten las otras cuando la escuchan susurrar. Soportan su presencia porque ella ya no vive aquí. En lugar de desventrarla con sus uñas largas, a Bendita le descosen la ropa y le arrancan las venas a mordisquitos. La roen como ratas. Solo Bendita tiene marido. Carmen, la pequeña, se mudó con ella al poco tiempo de su matrimonio, dizque para ayudarla con las cosas de la casa. Los matrimonios de las demás solo trajeron deudas e infortunios. Incluso los que no llegaron a oficiarse acabaron al pie de una tumba. Porcia, nuestra hermana mayor, enviudó antes de llegar al altar. Leda, la que siguió a Bendita, perdió el habla cuando el seminarista salesiano se ahogó en la laguna de Onoto. Las gemelas Natalia y Amelia, cuarta y quinta en la línea familiar, ambas solteras, se encargan de la intendencia, y Vicenta, la sexta y más levantisca de la prole, volvió a casa con su única hija cuando su marido la abandonó. Aparecida, sirvienta y novena mujer de esta morada, nos perfumó con el vapor que alisa las sábanas de una vida sin fornicios. Donde las Vicentas, como nos llaman en La Araira, los hombres se marchan o se mueren. Ninguno sobrevive a nuestro nombre. El motor del Cadillac sigue encendido. Puedo escucharlo desde aquí. Es un rugido continuo. Un responso.

Hay mucho que hacer. Tengo que rociar con keroseno el corral para espantar a las alimañas. Eustoquio vendrá a traer las naranjas y yo aún no he encendido el fuego para quemar las hojas secas del níspero. Los ventanales del corredor están sucios. Hay que arrancar el polvo con un trapo y raspar la mugre de las aldabas. Solo yo, Nazarena, que no puedo ser diáfana ante el espejo, soy capaz de limpiarlo todo. Aferrada a mi escoba, observo el viento mecer los chaguaramos y arrojar al suelo las flores de mazapán. Limpio las chamizas que se juntan en el patio cuando arde la caña vieja. Duermo poco, porque los árboles no esperan. Cuando la brisa los mueve, echan por tierra el trabajo de una vida. Por eso barro, para que amanezca todo en orden, para que no ocurra nada malo, para que ninguna rama se desplome ni las culebras hagan sus nidos bajo nuestras camas. Solo a escobazos puedo espantar la madrugada. Un patio es un asunto serio y solo yo sé cuidar del único lugar de la casa desde donde se puede mirar el cielo. Las noches de luna vigilo a los murciélagos. Dan bandazos en el aire. Se estampan contra la grupa de las yeguas de Eufrasia. Chupan hasta hacerlas sangrar. Las heridas grapadas en sus lomos brillan en la oscuridad. A veces, las yeguas de Eufrasia se me aparecen en sueños. Alguien les ha arrancado el pelaje. Pastan, afeitadas, con el cuerpo cubierto de mordeduras. Cuando me acerco a tocarlas, se elevan sobre sus dos patas y relinchan. Me llamo Nazarena, barro los patios de noche y maté a mi madre a dentelladas. Tuve una niña, pero nació muerta. Por eso, al frotar el suelo de cemento con la escoba, el zaguán de la casa late —pum, pum— como el corazón de un pájaro antes de morir de miedo.

El Cadillac negro se detiene frente a la casa. Porcia está asomada a la cristalera, vigilando ella también. Mi hermana mayor todo lo controla. Todo lo sabe. Todo lo ve. No conoce la desobediencia ni el desaliento, tampoco la piedad ni el perdón. Dice que nací loca. Pero los locos no saben contar. Yo sí. Uno, dos, tres, cuatro… Cuando me lavo las manos con limón, enumero en voz alta hasta cincuenta para dejarlas limpias. «Qué manía, la tuya». Porcia me habla como a un perro. «¿Esperamos a alguien?», pregunto, pero mi hermana no contesta. Aparecida tampoco, porque está ocupada. Lava la ropa llorando. «¡Negra tonta, negra necia, negra bruta!». A gritos y a palos arranca el sucio a los manteles. «Desconfía, dice el Sagrado». Luego da un mandarriazo, y otro, y otro más. «San Antonio bendito, líbrame de esta rabia». Así pasa las horas Aparecida, perorando con las sábanas sucias o riñendo a un crucifijo.

—Nazarena, burra. Déjeme, estoy hablando con mis espíritus.

Permanezco de pie junto a ella, esperando una respuesta.

—Las ánimas, Nazarena. Los muertos.

La Negra se acerca a mí, secándose las manos en el delantal.

—Todo está aquí. —Se golpea varias veces la sien con el dedo índice, como si quisiera taladrarse la cabeza—. ¡Aquí dentro!

—Ese Cadillac que está en la calle, ¿de quién es?

—¡Chito! —Aparecida hace tres veces la señal de la cruz y vuelve a su retahíla—. San Juan Bautista, quítame esta angustia.

Comenzaron a llamarla así, Aparecida, porque nadie supo jamás su procedencia, tampoco su edad exacta. Cuando llegó al pueblo dijo tener trece, pero su vestido con el escote a punto de estallar y la cintura bien apretada parecía la jaula de otra criatura más cuajada. Si hasta dicen mis tías que la creyeron embarazada. Pero solo estaba gorda.

Aparecida nos meció y bailó. Besó nuestros pies y durmió junto a nuestras cunas. A los varones que nacieron muertos los amortajó como si fueran propios. A las que vivimos nos entretuvo con sus homilías. Es la novena y la más longeva mujer de la casa. Conoce nuestras miserias. Las colecciona. Guarda los calzones ensangrentados; las trazas de boñiga en los pañales; los ombligos momificados entre pañuelos y los esputos de mi madre sobre su ropa de cama. De nuestros sudarios y osarios, Aparecida lo sabe todo. Por cada año de vida suya, conserva un atado de nuestras vergüenzas.

Su madre pudo ser una de las trinitarias que llegaron desde El Callao para vender oro, pero ella prefiere decir que es bisnieta de Negro Primero, el único esclavo que luchó en la guerra de independencia y consiguió sobrevivir para ser libre. A Aparecida se le va el día con una palangana entre las piernas, degollando gallinas para el caldo. Después de arrancarles la cabeza y las patas, las mete en una olla de agua hirviendo y remueve con un cucharón de madera. Cuando ya han pasado un rato en la candela, las despluma. Tira con fuerza, al tiempo que maldice su suerte o la de alguien más, y arroja al suelo los penachos. «En esta casa he visto yo muchas cosas. Y de todas me acuerdo», dice mientras las raja con un cuchillo y les saca las tripas con las manos. La Negra todo lo exagera. Se inventa historias a cada rato. Si se cae al suelo un tenedor, vaticina eventos y apariciones. «Eso es que va a venir un hombre». Si un alcaraván cruza el cielo, predice un embarazo. Hace promesas a las ánimas y las paga al día siguiente andando de rodillas hasta la parroquia. También dice que los muertos vienen a despedirse de ella antes de dejar este mundo. Entonces se santigua, echa aguardiente en la tierra y fuma con la candela hacia dentro.

—Respóndeme de una vez —insisto—, ¿quién nos visita tan temprano en esta casa?, ¿de quién es ese Cadillac?

De rodillas ante el barreño, Aparecida golpea en silencio un trapo blanco. Lo machaca con los puños y frota después con el jabón de panela. Estruja con fuerza y lo enjuaga sin mirarme. Hoy es Miércoles de Ceniza, pero en esta casa nadie guarda ayuno ni se arrepiente.

Para no oír el motor en marcha, saco del armario la escoba. Barro el corredor sin pausa. El suelo está lleno de pelos, hebras largas que se amontonan detrás de las puertas. Cuando viene a vernos, Bendita le peina la melena a mamá con un cepillo de carey. Natalia y Amelia repasan la suya con los dedos y van dejando a su paso nudos rizados. Alguna vez yo también tuve el pelo largo y frondoso. Hasta la niña, que nació hecha de tan poquita cosa, tenía su pelusilla. Poca, pero tenía.

«Ya vas a empezar con ese cuento otra vez», suelta Amelia. «No miente santo», replica Natalia. Nadie me puede prohibir nada. Por pequeño y fugaz que fuera el tiempo que pude sostenerla, ocurrió. Mi hija salió de mi útero con la piel azul, los labios morados y unos mechones ralos color estaño. La tuve muy cerca. «Dame a la niña, Bendita. Devuélvemela. Deja que yo la vea». Dicen que murió. Que está muerta. La primera vez que Porcia me escuchó hablar de ella como si estuviese viva, se desató su ira.

—Aparecida, busca las tijeras.

—¿A quién le va a cortar el pelo? ¿A Nazarena? —Se santiguó—. No le voy a hacer eso a su hermana. Si tiene una melena tan larga y bonita.

—Solo sirve para taparle esa cabeza hueca, llena de tonterías.

Aparecida se cruzó de brazos y frunció el ceño. Porcia le arrebató las tijeras y me miró, relamiéndose en su castigo.

—Siéntate ahí.

Negué con la cabeza.

—Que te sientes.

—Déjelo ya, doña Porcia… —Cuando le coge miedo a mi hermana, la Negra la trata de usted.

—¡Cállate, Aparecida! ¡Anda a ver si el gallo puso!

—Los gallos no…

—¡Sal de aquí! —Alzó la voz—. Vete a la cocina, al corral si te da la gana… ¡Pero sal de aquí!

Se marchó bamboleando las caderas.

—Nazarena, siéntate.

Porcia señaló la silla del lavandero. Quise retorcer su cuello hasta hacerla toser. Pero no lo hice, tomé asiento y apreté los dientes, repasando todas las maldiciones e infortunios posibles en su contra.

—Mira bien. —Sacudió las tijeras frente a mi rostro—. Así vas a aprender a no hablar de lo que no existe.

Cerré los ojos, por miedo a que me clavara las tijeras, y la maldije en silencio. «Ojalá los alacranes hagan un nido en tu cepillo». «Que se te quemen los párpados y te quedes ciega». «Que caiga la casa en llamas sobre tu cabeza». Mi hermana me cogió con fuerza un mechón y tiró de él hasta tensarlo. El primer tijeretazo lo asestó a la altura de la barbilla, el segundo y el tercero, muy cerca del cogote. Me sentí como las yeguas de Eufrasia cuando las afeitan en mis pesadillas. Porcia me trasquiló dándome tirones. Mis greñas mojadas sonaron como látigos al chocar contra el suelo. Cada vez que intentaba zafarme, Porcia se ensañaba todavía más.

—Enderézate.

Me encogí.

—¡Enderézate! ¡Yo te voy a quitar las tonterías! ¡Alza la barbilla!

Chas. Chas. Chas.

Al abrir los ojos vi mis cabellos negros en el suelo. Desprendidos de mi cabeza, se retorcían como serpientes.

—Cállate ya, Nazarena.

Intenté levantarme de la silla, pero Porcia me sujetó del brazo.

—No he terminado.

—¡Se mueven! Están vivos. ¿No lo ves?

—Shhh… —Cogió otro mechón—. Cállate ya, Nazarena. Deja de hablar de lo que no existe.

—¡Tengo que barrerlos, Porcia! ¡Están vivos! ¿No lo ves? ¡Podrían treparse a las camas o la mesa! ¡Podrían mordernos! ¡Déjame barrerlos!

—Los pelos no muerden.

—Que están vivos, te digo.

Un tijeretazo. Y otro. Y otro más.

—Cállate ya, Nazarena. —Porcia trasquilaba a gusto—. ¡Obedece, Nazarena! ¡Obedece!

Ninguna de mis hermanas hizo nada por evitarlo. Tampoco hubiese servido de nada. Porcia aún me castiga. Ellas todavía la obedecen. Yo también.

Cuento los siete puñales clavados en el corazón de la Virgen: la profecía de Simeón; la huida a Egipto; el hijo perdido en el templo; el hijo martirizado, crucificado y al fin muerto; su descendimiento de la cruz y el entierro. Hoy, por ser Miércoles de Ceniza, froto la medalla con un paño húmedo para arrancar el sucio y la grasa. Limpiar el disco de la Dolorosa es mortificación suficiente para la Cuaresma. Las mujeres de la familia dan a luz mirándolo.

—¿Quién anda ahí? —Mamá cruza el pasillo arrastrando los pies —. Sé que eres tú, Judas. ¡Te dije que no volvieras!

Hace mucho que nuestra madre no mienta al traidor. Y si lo llama ahora, seguro es por algo.

—Mamá, soy yo, Nazarena. —Intento hacerla salir de su nube.

Ella mira a la Dolorosa y me señala con el dedo índice.

—Si nacen vivas, hay dolor. Si no nacen, también hay dolor. —Me arranca el trapo de la mano—. Habría que coserse por dentro, para que nada salga de la entraña.

—Hoy empieza la Cuaresma, mamá. Toca penitencia y arrepentimiento.

Clava sus ojos en los míos y frunce los labios.

—La penitencia es esta casa. La penitencia son tú y tus hermanas.

Tira el trapo al suelo y se aleja, murmurando, de vuelta a su mecedora:

—Judas…, ¡puedo olerte!

—Alguien va a venir a esta casa —recita Aparecida cuando seca los cubiertos.

Pues creo yo que ya llegó. Nos visita la desgracia. Yo la traje hasta aquí y nunca se fue. Se quedó a vivir entre nosotras. Al Sagrado Corazón y a la Virgen de las Angustias los vi el día del

parto. Los mandó colgar Bendita para que todo saliera bien. Y no salió. A la niña se le quedó atascado el cuerpo dentro del mío. No paren bien las Vicentas. No saben. No pueden.

—Pon esa virgen en su sitio, Nazarena, y despégate de la ventana. —Aparecida va chancleteando por toda la casa.

—¿Viene Bendita a vernos hoy? —pregunto, pero la Negra sigue de largo.

Desde el zaguán se oyen risas. Son las Morochas. Seguro ellas sí saben de quién es ese Cadillac y qué hace frente a la casa. No callan ni bajo el agua. Natalia y Amelia nacieron con un minuto de diferencia. Lo que dice una lo redondea la otra.

—¿Qué haces ahí de pie? —reprocha Amelia, la mayor.

—Eso, de pie. Ociosa, y nosotras cargando esto —remata Natalia.

Es día de venta de carne en el mercado. Mis hermanas acuden pronto, para recibir el costillar recién llegado del matadero. Por ser Cuaresma, traen poca cosa.

—Y tú, ¿por qué no contestas? —insiste Amelia.

—Sí, eso, ¿por qué no contestas? —añade Natalia.

Me miran de arriba abajo.

—Déjala, Natalia.

—No, Amelia, déjala tú.

—¿Va a venir alguien? —pregunto—. Hay un auto aparcado fuera en la calle. ¿De quién es?

—Y yo qué sé. —Amelia revisa la bolsa de Natalia.

—Yo menos. ¡Chist! Suelta, Amelia.

Señalo la ventana. Ni caso. Las dos se marchan rumbo a la cocina, dándose empujones. A ellas corresponde mantener la despensa llena. Cada semana compran y descargan las viandas. Porcia examina una por una las existencias y las guarda bajo llave. Nadie excepto ella puede abrir la alacena. Ni siquiera Aparecida tiene una copia.

—Tragan y beben a deshoras —las abronca Porcia—. La gente que no controla sus impulsos acaba comportándose como animales.

En casa de las Vicentas se come y se cena siempre a la misma hora. Ni un minuto antes ni uno después. Solo faltamos a la norma el día en que papá se retrasó para almorzar.

—¡Una desgracia, Virgen santísima! ¡Una desgracia!

Aparecida cruzó el pasillo, empapada en sudor. Levantó a toda prisa los platos y las copas para despejar la mesa del comedor.

—¡Dios, apiádate de don Vicente! ¡Dios, apiádate de don Vicente!

Metía y sacaba servilletas de una olla de agua hirviendo. Asomadas al corredor, vimos al tío Lulo, a Eustoquio y al tío Renato llevar a papá en volandas. Apenas alcancé a ver su cuerpo desmadejado y el rastro de sangre a su paso.

—La muerte ronda esta casa. —Aparecida hizo la señal de la cruz —. ¡Guárdanos, Virgen del Carmen!

Mamá se levantó de la mecedora. Con un gesto ordenó que la siguiéramos hasta el despacho de papá y nos sentó ante la mesa de reuniones. Llevó su dedo índice a los labios. Al salir, cerró la puerta sin hacer ruido. Aparecida llegó con una fuente de berenjenas rellenas que cortó en trocitos, para que pincháramos con un tenedor. Dejó la bandeja en la mesa y volvió con ocho platos de peltre, sirvió una porción para cada una y se marchó mascullando nombres de santos.

—¿Por qué sangra papá?

Ninguna de mis hermanas contestó.

—¿La sangre es suya? —insistí.

Podía escuchar el sonido de la comida entre sus muelas y la saliva empujando la bola de queso y carne a través de sus gargantas.

—Claro que es suya —soltó Porcia—. ¿Acaso no viste su cabeza?

Negué.

—Se le salía el hueso. —Mi hermana mayor se apuntó la frente con el tenedor.

—Eso es mentira.

—Taíno le dio una coz… —Me miró, fijamente.

—Es su caballo, jamás le haría eso. Papá es buen jinete.

Porcia acababa de cumplir los dieciocho. En esa época iba a todas partes con ropa oscura.

—Vas a hacer la primera comunión vestida de negro.

Me levanté de la silla y le grité a la cara, muy cerca.

—¡Papá no se va a morir!

Nos enzarzamos. Tiré de su cabello y ella del mío. Le hundí los dientes en el brazo, hasta hacerla sangrar. Me sujetó con fuerza un mechón de pelo, mientras yo intentaba apretarle el cuello con las dos manos. Porcia me doblaba la edad y el peso. Era difícil vencerla.

—¡Suelta, tonta! —Me empujó contra el armero.

Pero yo no me vine abajo y la golpeé en la boca con el puño cerrado. La habría matado o ella a mí. De no ser por Bendita, que me abrazó fuerte y me sentó en sus rodillas, yo habría intentado golpear de nuevo.

—Que haya paz.

Porcia se tapó la boca y corrió al espejo para mirarse. Le sangraba la encía y le faltaba medio incisivo.

—¡Me has roto un diente!

Nunca me arrepentí de haberlo hecho. Ni siquiera hoy, que es Miércoles de Ceniza y empieza la Cuaresma.

En el pasillo, los tíos Lulo y Renato hacían sonar sus botas de trabajo contra las losas de arcilla. Un vapor de olla inundó la casa. Olía a enfermedad. A muerte. «El médico está operando a papá, silencio». Porcia se marchó, furiosa. Debí matarla entonces. Habría hecho justicia. Loca, malnacida, monstruo. Las gemelas engulleron las berenjenas mordisqueadas que Porcia dejó a medias y dieron cuenta después de las suyas. Vicenta comenzó a reírse en voz muy baja y Bendita nos abrazó a Carmen y a mí. Leda apenas despegó la mirada del suelo. Ese día, mamá nos reunió a todas junto al limonero. Rezamos de rodillas, por papá. «Dios te salve, María…». Maldita Porcia y malditas todas. «Llena eres de gracia, el Señor es contigo». Mis hermanas se creían mejores que yo. «Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús». Debí clavarle el tenedor en los ojos. «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores…». Para pecados los de ellas, con su alma negra. Brujas, locas. Todas menos mi hermana Bendita. «Ahora y en la hora de nuestra muerte…». Ojalá las encerraran a todas en la habitación y prendieran fuego a la casa. «Amén».

Más que una familia somos un terrario.

Papá murió esa misma noche. Aparecida cubrió los cuadros y los espejos con trapos oscuros. También ensartó crespones negros en

las cortinas. «Dale, Señor, descanso eterno», recitaba ante la olla de agua caliente a la que arrojaba tabletas de chocolate. «Y brille para él la luz perpetua», contestaban mis tías, mientras repartían el cacao servido en tacitas de porcelana y las galletas de soda con queso que se ofrecían en las casas los días de velatorio. Mamá pasó toda la noche en la mecedora. Al fondo del pasillo las beatas rezaban. Yo les miraba las manos, cubiertas con guantes de encaje negros. Sentí un escozor insoportable. Olían a orines. Tenían verrugas y el cabello sucio recogido en moños. Me entretuve con una caja de cerillas. Encendí una y la miré consumirse. Encendí otra más y la acerqué al mantel. «Al patio, Nazarena. Vete a jugar fuera de aquí». Intenté con una más. «¿Acaso estás sorda?». La tía Candela me empujó. «Vete al patio». Vagué por toda la casa siguiendo las llamas de las velas.

Embutido en un traje de paño oscuro y con la cara cubierta por un sudario, el cuerpo de nuestro padre parecía a punto de despegarse de la mesa del comedor. ¿Y si despertara? ¿Y si volviese de la muerte? ¿Cargaría acaso contra nosotras? «Tigres más que hijas. ¿Qué habéis hecho?». Pero nada de eso ocurrió. Ni él resucitó ni nosotras nos devoramos unas a otras. Quizá es él quien está por aquí, rondando. ¿Puede él también escuchar el motor del Cadillac en marcha? No entiendo por qué la vida eterna de los demás no se mezcla con la nuestra.

El Cadillac tiene los faros color plata y brilla como un sol negro. Parece una carroza fúnebre. Al ataúd de papá no lo subieron a una de esas. Lo llevaron en hombros desde la casa hasta el cementerio. A su funeral acudieron todas las gentes de La Araira. Los hijos y nietos de las sesenta y cuatro familias que llegaron al fin del mundo desde el Véneto para construir el ferrocarril. Se presentaron también Eufrasia y su padre, los dueños de la yeguada. Y los alemanes de la aduana, los ingenieros del ferrocarril, así como los banqueros por los que mi padre intercedió el día en que el General, Benemérito y Padre de la Patria, los hizo desfilar encadenados por todo el pueblo tras negar al Gobierno un préstamo para pagar la deuda.

Dicen mis hermanas que estoy loca, pero yo lo recuerdo todo. Con la cabeza pegada al cristal, viene a mi mente la memoria de ese día. Mamá se mantuvo frente a la tumba, en silencio, clavada en la tierra como una cruz. Llevaba un vestido oscuro y el rosario entre las manos. Recibió uno por uno el pésame y dejó sobre la urna un ramo de jazmín. Además de muerta, mamá era ahora viuda. Cuando se casó, era incluso más joven que Porcia y Vicenta. Mi madre no tuvo mal agüero. Ellas sí.

Nuestro padre llegó aquí para trabajar en la construcción del ferrocarril. Pero se hizo rico gracias a sus negocios con Gustav Julius, un prusiano que había llegado desde Hamburgo buscando oportunidades y que, gracias a su matrimonio con Panchita Ribas, heredera de cinco mil hectáreas de caña, fundó la destilería de ron más grande del valle. Con el dinero de las primeras barricas, mi padre pagó el préstamo de la licencia de importación, invirtió en el comercio y la siembra de carrizo, compró esta casa, mandó traer paño oscuro para coser levitas y organizó una boda con tres reclinatorios. Él y sus hermanos menores, Renato y Lulo, contrajeron

nupcias con las hermanas más sanas del pueblo. Las tres eran altas y de caderas anchas. Parecían hechas de papelón. Inocenta Núñez Núñez, mi madre, era de piel brillante, ojos azabache y cuerpo de armario. «Más que hablar, gruñía», malmeten mis tías al recordar la boda. En la única foto de esos años, tomada en el pasillo de esta casa, a mi mamá se la ve bella y huraña, de mirada montaraz. Tenía algo hombruno, casi la estampa de un gladiador. La tía Salomé, la mujer de Renato, aparece en ese retrato con la cabeza ladeada y un moño bien prieto que le recogía el pelo hirsuto con aspecto de chamusquina. Lucía ya entonces ese diastema que la hace parecer mostrenca, casi desdentada, pero sus labios rojos, si los mantiene cerrados, sirven para disimular cualquier estropicio. Candela, la menor, enfurruñada ante la lente, acabó emparejada con el tío Lulo. Se la ve plena en la instantánea. Todo en ella parecía entonces un bodegón: sus mejillas de durazno; los pechos de pezones puyúos como lechosas verdes y la cintura rolliza recogida bajo la falda. Incluso ya vieja, su olor a clavos y canela en rama se esparce por toda la casa cuando viene a visitarnos. Todavía mueve las piernas y las entalladuras como quien sacude un incensario. De las tres hermanas, mi tía Candela era la que reunía más atributos, y la que gozaba de más pretendientes en toda La Araira. Tenía el carácter zafio y respondón. No quería casarse, porque Lulo le parecía el más feo de los tres italianos. El asunto quedó zanjado tras una noche de bodas que duró cinco días. Así se lo escuché contar mientras batía el caramelo en la cocina.

La mañana de los tres casamientos, Antonio Núñez Núñez, padre de las hermanas, viudo, héroe del Liberalismo Amarillo y poseedor de la Cruz de Honor del Ejército, la Medalla de Santa Inés y la Estrella Federal, recorrió tres veces el camino al altar para acompañar a cada hija al encuentro con el marido correspondiente. Para honrar a sus hijos políticos, el general Núñez Núñez vistió en la ceremonia su uniforme militar de corte prusiano, incluidas las botas federicas recién lustradas para la ocasión y el casco con púa que le remataba la cabeza. Parecía una moneda de cobre bajo el sol de mediodía. Al morir, lo enterraron con la casaca imperial. El casco no

cupo en el ataúd y acabó exhibido en la alacena del comedor de nuestra casa.

—¡Aparecida, quita esos mangos de ahí! —Porcia se lleva las manos a la cabeza cuando lo ve en la mesa—. ¡Es una reliquia familiar, no un frutero!

—Que Dios tenga al general en su gloria.

Con la mano izquierda, Aparecida se alisa el delantal y con la derecha hace la señal de la santa cruz.

—Amén —contesta Porcia, recolocando el casco en el seibó.

Como regalo de aquellas nupcias, Giuseppe Della Vincenza —así era el nombre completo de nuestro padre— compró billetes en el vapor de La Veloce para visitar Arsiero, el pueblo del que había salido como aprendiz de artesano y al que volvió convertido en próspero comerciante. Dicen mis hermanas que nací loca. Pero yo lo recuerdo todo. Así lo escuché. Así me lo contaron. Así se fundó nuestra familia: gracias al matrimonio entre tres mujeres de piel negra con tres hombres que vinieron a América desde el norte de Italia.

Cada noche de cuarto creciente, Brígida recoge ocho piedras. Una por cada mujer colgada de la copa del campano. Ahí están, al final de la curva, bordadas en la noche como una desgracia. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho. Las descubrió en una de sus escapadas a la carretera para restregarse contra los pinos y hacerse con sus propias garrapatas. De cada expedición al monte, Brígida solía volver plena, hinchada y hedionda como una luna de lobos. Hasta ese día.

Brígida tuvo que acercarse al árbol para comprobar que no eran muñecos ni monigotes. Las mujeres colgaban de las ramas ingrávidas. En lugar de muertas, parecían dormidas. Ninguna de ellas llegó ahí por voluntad propia. Y, de haber sido así, debieron de tener convicción suficiente para que ninguna impidiera el ahorcamiento de las otras. «Qué va», pensó Brígida rascándose los brazos. «A esas mujeres las colocó ahí alguien». Pero cómo, si estaban a más de dos metros del suelo. Se acercó para detallarlas mejor. Cada una tenía un rasgo distintivo: la del cabello negro y largo que le cubre hasta el pubis; la del vestido celeste deshilachado que chorrea agua; la de los pies comidos por los pájaros; la de las cuencas brillantes; la de las dos cabezas; la de los dientes salidos junto a la del cabello dorado, y la del pecho arrancado a la altura del corazón. El viento suele mecerlas, pero a veces las despierta y las enfurece.

—¿Quién eres? —preguntó la primera desde lo alto de su horca.

—Brígida.

—¿Qué quieres?

—Saber la verdad.

—¿Cuál?

—¿Quién te mató a ti y a las demás?

Antes siquiera de poder contestar, la mandíbula inferior se desprendió del rostro de la muertica. Brígida se miró las manos. Pasó revista a sus propias piernas quemadas y dudó, por un minuto, si no sería una de ellas.

En la segunda visita, consiguió asestarle tres pedradas a otra. Le llovieron dientes sobre el pelo, puñados de muelas rotas que se incrustaron como un tocado en su melena enmarañada. Con el resto tuvo que emplearse a fondo.

—Viejas correosas. Malditas babiecas. Espantapájaras —las insolentaba Brígida con las uñas llenas de mugre.

Pero ellas seguían ahí, cual vestidos colgados de una percha. Las odiaba con toda su alma.

—¡Toma pedrada! ¡Vieja sucia, vieja mierda! ¡Y tú también! ¡Y a la otra! ¡Y a ti!

Perdía Brígida la cabeza buscando pedruscos más grandes con los que poder derribarlas. Estaban muertas, de eso tenía plena certeza, pero sus cuerpos respondían a los golpes. Después de los dientes, le rompió la ceja a una. De su frente manaba una sangre oscura y espesa, esa miasma casi negra que devora los calzones sucios. Resucitada por el daño, la tercera de las ocho mujeres alborotó el aire moviendo las piernas.

—¿Quién eres? —preguntó dando coces desde su horca.

—Puedes llamarme Brígida.

—¡Bájame de aquí!

Brígida cogió una piedra y la arrojó con más fuerza todavía.

—¡Que me…!

El pedrusco le reventó un ojo a la muerta.

—¡Descuélgate tú, si puedes!

—¡Ya no puedo ver! ¡Ya no veo! —La mujer sacudió sus pies comidos por los pájaros—. ¡Dime si es ya de día! ¡Dímelo!

Brígida se dio la vuelta y echó a correr. Desde entonces, se marcha al campano con los bolsillos llenos de guijarros para defenderse. A ella nadie la protegió, así que no velará por nadie. Que se cuiden las espantapájaras, ya que están requetemuertas. Para caridad la suya. Y ninguna más. Eso ella lo sabe muy bien. A Brígida la rescataron de una casa en llamas. La consiguieron porque

lloró con fuerza, porque sus gritos la desgarraban por dentro, incluso más que las quemaduras. La trajo al asilo Nuestra Señora de las Angustias un forzudo que vivía cerca de Onoto. Venía pasando el hombre por ahí cuando la casa empezó a arder y tumbó la puerta hasta dar con ella. Así lo contó aquel sujeto en la prefectura y así quedó reflejado en el informe municipal. «Pobrecita Brígida», susurraban a su paso las vírgenes y las santas del hospicio. Llegó a El Guarapo con el cuerpo cubierto de cicatrices y una orden firmada por el párroco de La Araira. Fue una recogida. Por eso aprendió a hacerse la mosquita muerta. No hubo verdad que las internas del Nuestra Señora de las Angustias no le revelaran: los clavos de Cristo, las tijeras de podar, el veneno de las avispas, los moribundos del manzano y los gusanos de las guayabas. La sangre de todos los meses, las cochinadas con las que vienen los niños al mundo y también a mirarse sin ropa en el espejo. Todo lo que Brígida sabe de la vida y de la muerte se lo enseñaron ellas. Que, cuanto más calor, más rápido se desprenden las frutas de los árboles. Que las culebras hacen nidos bajo la hojarasca y los alacranes llevan a sus crías sobre el costado; también que aguardan en la tibieza de los colchones y las esquinas de las almohadas. Ellas le contaron que los niños nacen muertos y que a veces las madres los devoran, para evitar que se los traguen las alimañas. Todo eso Brígida lo sabe de memoria. Se lo repitieron una vez, y otra, y otra, y otra, como un padrenuestro marcha atrás.

Incluso en lo que a su origen respecta, Brígida lo cree a pies juntillas. «Llegó quemadita, la muy desgraciada». Por eso la quieren: para cobrarle la comida que habrían echado a la basura y que le sirvieron en un plato para tener algo que reprocharle. A ella, que la quisieron como a una hija o a un perro, que la cuidaron como si no estuviera estropeada. A ella, a la que dan lo que no concederían a sí mismas. Ellas, que le dejaron su basura sin pedir nada a cambio, a ellas les debe las verdades. De su mano conoció la fatiga, las vírgenes de dedos amputados y los cristos manchados de grasa y cera. También la ropa sucia y el hedor de las heridas infectadas. Brígida siempre tiene hambre, nació con ella pegada al nombre. Por eso Mendito, su gitano, que le olisquea las axilas, coge para ella los

mangos de la plaza. Los derriba con una vara de madera y se los esconde a toda prisa en la bragueta. «Apura, Santita, que hoy comemos rico», le dice su Mendito, que le habla suavecito, lentico y al oído. «Mango maduro, Santita». Como en El Guarapo toda fruta se ablanda entre las manos, el gitano le arranca la piel y se la ofrece entera. «¿Me deja chuparle el culito, Santita?». Ella le suelta un pescozón, pero se deja luego. Al gitano, a su Mendito, le da lo que él le pida. Es su novio, su chulo. A Brígida le gusta comer con las manos, lamerse los dedos y espantar las avispas mientras sorbe los gajos. Le gustan los dedos de Mendito, también comer los mamones que manchan y los titiaros maduros. Prefiere las naranjas de Mendito al pan del asilo. Le gusta el gitano como le gustan los nísperos a punto de pudrirse. Prefiere el olor a la cerrazón de su sexo y su vapor de entrepierna sabrosa. El gitano huele a vivo, no como los viejos que se mueren hediondos a orines. Por mucho que Brígida los friegue, siguen oliendo a bilis, a muerte. Mendito no. El gitano es bello, porque suda y la ensucia. Porque le da de comer con las manos y le soba las piernas quemadas. Se las derrite a lametazos. Cuando las internas le pegan y la mandan a lavar las sábanas, cuando la obligan a que todo esté limpio, reluciente, impecable, Brígida piensa en moscas. Ellas viven, como mucho, un día. A ella le queda la vida entera para revolcarse en la mierda. Se le va el día arrancando boñiga de las baldosas. Se le mete bajo las uñas y en el alma. Ella, que nació bella antes del incendio, sabe lo que pesa una piel cuando se estropea como la suya: cuarteada, sucia, muerta. Por eso, cuando Mendito saca su violín, le empapa el oído de aguardiente, le mete la barbilla entre los muslos y le habla de caciques guaraníes o poetas como él, gitanos, entonces ella olvida, por un instante, que esas piernas quemadas son suyas. Cree, por primera vez, que le nacen escamas, que es una ninfa de esas que él le muestra en las estampas, dizque italianas, que guarda en el estuche de su violín. Cuando las internas gritan, Brígida cierra los ojos y sorbe. Piensa en el almíbar y en el vuelo de los insectos que viven apenas unas horas.

Brígida nació durante la fiebre del oro negro, cuando a la caña de azúcar la desbancó el petróleo. Ella, el progreso y la sífilis llegaron

juntos al asilo Nuestra Señora de las Angustias, una casa de beneficencia de El Guarapo a la que iban a parar los quemados, lisiados, leprosos, huérfanos y desfavorecidos de toda la cordillera Central, también los arruinados de los ingenios y cuanto aventurero y buscavidas cruzara La Araira en dirección al norte. A la zona la llamaban El Guarapo porque en los alrededores se preparaba jugo de caña y ron con papelón. Empezó como un asentamiento espontáneo habitado por los temporeros de los ingenios de Las Angustias y los contratados a destajo por las compañías ferroviarias. Fueron incorporándose luego a la zona los porteadores guyaneses, así como los obreros, camioneros y comerciantes que viajaban desde el Alto Apure para trabajar en la Nacional Minera, la primera compañía que recibió las concesiones de explotación de petróleo. El país, aún bajo el mando del Benemérito y Padre de la Patria, permitió a las compañías extranjeras explorar, perforar y extraer crudo a cambio de altas sumas de dinero. El territorio entero nadaba en aceite. Por cada pozo petrolero surgió un nuevo campamento. Los holandeses y los americanos crearon dispensarios con sus propios médicos y cooperativas para abastecerse. Alrededor de cada explotación nacieron, también, billares, cantinas y bares, un cinturón al que iba a parar todo cuanto debía permanecer oculto: el juego, el alcohol, la prostitución y, con ellos, la enfermedad, la miseria y el despojo.

Hasta allí llegó Brígida, tal y como estaba identificada en el certificado de nacimiento: sin apellido alguno, ni materno ni paterno. A la niña le bastó el nombre, que afloró en su personalidad cual penitencia. Brígida, como la santa, comenzó a experimentar visiones y epifanías desde muy pronto. Decía ver arder los árboles de mango, a las vírgenes llorar sangre y a los cristos bajar de sus cruces de madera. Así lo refirieron las internas que la vieron reventar una ventana a puñetazos y comer trozos de pared con los dientes. Brígida era bruta. Tenía los ojos verdes y una mirada siempre a punto del espanto. Todo tipo de quemaduras le recubría el cuerpo. Las piernas y los brazos estaban repletos de chirlos y alforzas. La piel lucía estrujada y rugosa, en ocasiones rosada y con enormes lunares ulcerados. Temía a la lumbre y al fuego. No podía ver

encendida una hornilla ni oler leña quemada porque empezaba a mordisquearse las uñas y berrear. Podía pasar varios días sin dormir ni probar bocado. Le daba por mirarse al espejo y rascarse las piernas hasta hacerse sangre. Se le iba el día frotando los muebles con un trapo. De todas las internas, ella era la más antigua. Todo el que entraba en el asilo Nuestra Señora de las Angustias de El Guarapo sabía su fecha de llegada, como mucho su edad, pero muy pocos su origen, bien porque lo ignoraban o porque era mucho más útil olvidarlo: bastardos, locos, moribundos, rechazados. Los más pequeños eran dados en adopción, los varones que llegaban a la adolescencia sin ser elegidos por alguna familia volvían a la calle como mozos de carga o albañiles, y las hembras como Brígida, ya aptas para concebir, acababan como internas. Si eran lo suficientemente listas y dóciles, podían mejorar su situación como sirvientas. Así se ganó Brígida el techo y la comida: arrancando la miseria ajena de los azulejos. Consiguió su lugar en el mundo a punta de acumular mugre bajo las uñas y raspones en las rodillas. Pocas veces completaba los recados con éxito. Era olvidadiza y ante cualquier movimiento brusco reaccionaba como el animal acostumbrado a la paliza, tiraba a morder y soltaba patadas de burra. Era la salvaje del caserío y la oscura maravilla por la que Antonio Mendoza, el gitano, habría cortado las cuerdas de todos los pianos del mundo.

Antonio Mendoza —Mendito para la parroquia de El Guarapo— era un andalusí de penacho ensortijado y ojos negros. Según él, descendiente del hombre que fundó el pueblo más grande de Granada y que ejerció luego de constituyente de la ciudad de Buenos Aires, llegó a América buscando riqueza, fama y aventuras. Los caminos hicieron de él músico, feriante, poeta y sinvergüenza. Tras dos escalas, una en Río de Janeiro y otra en Montevideo, se abrió paso en Argentina con la comitiva del poeta Federico García Lorca, entonces en gira porteña de sus *Bodas de sangre*. Fue su fiel escudero durante los seis meses que Mendito se despachó entre Corrientes y la calle Florida, apurando cafés en el Tortoni, cenando entre actrices de risa fácil, tocando *El ciruja*, hablando en lunfardo y asistiendo a Lorca en lo que necesitara mientras concedía entrevistas

recién levantado, en pijama, con el rostro enjabonado y una navaja Gillette en la mano.

—Se afeitaba y contestaba al mismo tiempo, Santita. ¿Puede creerlo?

Brígida no entendía nada de lo que Mendito explicaba. Le parecían cuentos chinos, inventos suyos, tomaduras de pelo.

—«Vivimos revolcaos en un merengue y en un mismo lodo todos manoseaos…». Eso lo canté con Federico en Río de la Plata, acompañando con el violín y a veces con piano.

—¿También? —preguntaba Brígida, haciéndose la tonta, para escuchar sus cuentos.

Mendito se aclaraba la garganta y se erguía.

—Solo cuando el maestro así me lo pedía.

—¿Y por qué no tocas el piano ahora, Mendito?

—Hace falta tener uno, mi Santita. Y este gitano de los caminos apenas tiene para agasajarla a usted.

—El cura dice que te robaste las cuerdas del de la iglesia.

—El prior levanta falso testimonio. —Mendito soltó una risita—. Solo corté un par de ellas, para hacerle a usted un brazalete a juego con sus ojazos.

En El Guarapo lo tomaban por redicho y pinturero, pero a Mendito eso le daba igual. Él se había hecho en los caminos, mostrándose artista en cada tenderete donde lo dejaran asomarse. La víspera de la vuelta de Lorca a España, en la primavera del 34, el poeta se despidió con una función de *Los títeres de cachiporra*. «Si hubiese visto, Santita: el teatro lleno, los aplausos, la cartelería. ¡Federico estaba eufórico!». A manera de agradecimiento, el poeta dejó un abultado sobre con dinero para que sus amigos y colaboradores lo gastaran en juergas. Mendito dio buena cuenta del donativo. Vivió revolcao, como en el tango, hasta fundir por completo sus emolumentos. Descartó regresar a Andalucía. A sus diecisiete, en aquel entonces, sabía todo del arte de engatusar a coristas, pianistas y poetas. Conocía el secreto para explotar petardos y meter la mano bajo faldas ajenas. Desde que abandonó su ciudad, se ganó la vida tocando el violín que un comerciante de telas y dátiles le había dejado en pago por descargar fardos de

algodón en el mercado de la Alcaicería. Su vida cabía en las cuatro cuerdas de esa caja de madera en la que resonaban sus astucias y descalabros. Con ella había conseguido cruzar el océano y atravesar el continente de teatro en teatro, de compañía en compañía.

—Antonio Mendoza, Mendito, para servirle. —Al presentarse, se acomodaba los tirabuzones y remataba—: Especialista en toda clase de asuntos.

El andalusí llegó a El Guarapo atraído por la fiebre del petróleo. Por todo el Mato Grosso corría la leyenda de una ciudad tocada por la riqueza, un sitio en el que, durante tres días y tres noches, un pozo profundo escupió petróleo sin parar hasta convertir en potentados a los herederos y en burgueses a los campesinos. Tras algunos reveses, Mendito llegó a Puerto Ayacucho contratado por un circo de rumanos que intentaban establecerse en la cuenca del Orinoco. Temeroso de la enfermedad del fuego pénfigo, que le llenaba a la gente el cuerpo de llagas y úlceras, se marchó buscando las plantaciones de azúcar de la cordillera Central. En aquellas tierras, el sudor nublaba la mente y un vapor de aguardiente empañaba los cristales. Hasta allí quería llegar él y hasta allí llegó. Viviría a gusto, sería amado y amaría, hasta que le durara la mecha. Acompañaba con su instrumento las penas y jolgorios del municipio, incluso alguna vez llegó a interpretar pequeñas piezas para la radio regional, que transmitía la misa, el boletín informativo y las radionovelas. No descartaba formar una banda municipal de músicos errantes que presidiera todos los festejos de la ciudad y que él dirigiría con un machete en lugar de una batuta.

—Y usted, Brígida, me mirará como a un héroe.

El músico alzaba los brazos al cielo, con la botella en la mano.

—¡No más cocuy, Mendito! —contestaba Brígida, borracha—. ¡Ayayay, me voy ya!

—¿Es así como respondes a mis regalos, Santita? ¿Diciéndome no todo el rato? Quédese aquí con su gitano. Le he traído un regalito.

Brígida amaba las baratijas. Se le hacía la boca agua nada más verlas. Mendito, conocedor del alma humana y negociante de cualquier deseo que a bien tuviera su interna favorita —cortejaba a

varias huérfanas a la vez, y a cada una como si fuera la única—, robaba para su amada de turno cualquier bisutería o barra de labios. Una mantilla o una pandereta. En el caso de Brígida, los agasajos tenían una única condición: que su Santita cruzara las vías del tren para recibirlo de su mano. Sin visita no había obsequio. Por eso acababan casi siempre en los matorrales, en un caserón abandonado junto al río que Mendito transformó en refugio. Tenía una cama, dos chinchorros, una cocina de leña, también una guarura que él usaba como trompeta cuando recibía visitas. De ahí salía Brígida tarareando. De vuelta a El Guarapo dejaba de ser la reina del rancho del andalusí y volvía a tener las piernas quemadas, pero al menos llevaba un pintalabios robado en el bolsillo. En el asilo la esperaban la superiora y sus ayudantas, dispuestas a exprimir de ella hasta el último céntimo de caridad.

—Cuando cumpla los dieciocho, me iré de aquí —decía, en voz muy alta, mientras limpiaba en la capilla el manto de la Dolorosa, refunfuñando para sus adentros.

—Deja de quejarte —respondía la superiora desde la sacristía—. Malagradecida, desconsiderada, egoísta. ¿Dónde vas con esas ínfulas? La Virgen te va a castigar, por necia.

—La Virgen no castiga. —Brígida remojaba el trapo en el barreño y lo escurría, apretándolo.

—Ah, ¿no? —remataba la superiora—. ¿No te has visto las piernas? Eso no viene solo. Algo habrás hecho.

Cuando se reúnen a limpiar las palanganas y las bacinillas, dicen las internas que la superiora las odia a todas por igual. Que si les da de comer es para que sigan limpiando el asilo y el colegio, para que le zurzan los hábitos y le salen las lentejas. Entonces ella se pregunta si realmente lo suyo es una penitencia, si alguien le está haciendo pagar.

—Mendito… —pregunta, cuando van al río.

—Diga, Santita. —El muchacho le levanta la falda.

—¿Tú crees que tengo escamas?

Mendito le dice que apenas oye, que si puede preguntárselo otra vez, pero más de cerca. Ella entorna los ojos y suspira.

—Te he preguntado si tengo escamas, Mendito.

Él la roza con sus dedos pálidos, le repasa el cuerpo con la lengua, se demora en todos sus orificios: los hoyuelos del rostro, la meseta de la clavícula, el ombligo, los oídos, la entrepierna. La tumba boca abajo, le separa las nalgas, lame su anillo y se abraza a sus caderas. Ella se deja, y solo cuando él ya la ha probado entera, varias veces y en distinto orden, el gitano contesta.

—¡Claro que tiene escamas! ¡Más que todas las serpientes y ondinas juntas! Las tiene usted azules, doradas y verdes. Las tiene duras como hojuelas ricas y saladas solo para mí, ¡Santita!

A Brígida le gusta cómo habla Mendito, y no sabe si es por su acento o sus inventos, pero sospecha que la camela, que tanta zalamería no puede acercarse a la verdad.

—¿No cree usted al gitano?

Ella niega con la cabeza.

—¡Pues espere y verá! Soy juglar de sus escamas.

El gitano abre el estuche de su violín y saca del doble fondo un espejo pequeño del tamaño de una polvera y lo planta frente al rostro de Brígida.

—¿Ve a esa reina que está ahí? ¡Esa es usted! ¡Mi serpiente emplumada, mi diosa y mi musa!

Brígida niega con la cabeza, otra vez.

—¡Coja el espejo y mire! Si está usted para el amor formada, qué formada —exagera el gitano sus aspavientos—, muy bien formada, ¡exquisitamente formada, diría yo!

Aunque está desnuda por completo, Brígida solo se cubre el rostro.

—¿No cree usted al gitano?

Él le aparta las manos de las mejillas y le peina con los dedos el cabello sucio. Ella se mira en ese trozo de vidrio, pero no alcanza a distinguir nada. Él insiste: que se quede con el espejo, que se mire el día entero, que se dé besitos pensando en él.

—¡Ese espejo es suyo, es un regalo de su gitano y prueba de su belleza! ¡Si es usted una sirena de dos colas atrapada en este pueblo y en este río!

Mendito le cuenta las cosas de otra manera. A Brígida le gusta tumbarse a su lado a escuchar el río, porque la vida no le parece tan

fea como la cuentan las internas. Cuando Mendito se marcha y la deja compuesta con sus collares y guirnaldas, Brígida alza la mirada y el mundo se le viene encima. Ahí están, otra vez, las ocho mujeres colgadas del pescuezo. Cuando las mira siente que le escuece, que el pellejo se le estira como una melcocha y que la cara se le cae a trozos sobre los zapatos. Ahí están las muerticas, ensartadas, ocho cadáveres de pelo largo, hembras claveteadas a un martirio, adosadas al campano, para que todo aquel que quiera averiguarlo sepa cómo se deshacen las uñas y a qué huele la carne cuando alguien intenta escapar de una casa en llamas. Entonces recuerda por qué las busca y qué le han hecho, así que agarra más piedras y tira con fuerza una, dos, tres, cuatro veces. Cinco, seis, siete. ¡Ocho!

Apenas puedo distinguir nada desde la ventana. No sé si en el Cadillac viajan dos o tres personas. Hace mucho que nadie viene a vernos. Ni siquiera Heracles Venturi, que antes se pasaba el día entero en el salón dándole cuerda al reloj de pared. ¿Será él quien ha venido? Pero si aquí no lo quiere nadie ya. Yo no le guardo rencor. Él llevó a enterrar a la niña. Lo prometió.

—¿Qué haces en la ventana? —Mi hermana Vicenta llega taconeando—. ¿Estás esperando al alemán?

La ignoro.

—Ese ya no vuelve.

Enciende su cigarrillo sin preguntar si me molesta. Da una calada y expulsa el humo con fuerza por todo el salón.

—Yo no estoy esperando a nadie. ¿Tú sí? —Me enfurecen sus antipatías—. ¿Sabes quién está afuera?

Vicenta da otra calada y frunce el ceño, pero no me contesta.

—Fíjate bien. —Descorro la cortina—. En ese auto. ¿Lo ves?

Mi hermana se encoge de hombros.

—¿Porcia ha mandado a llamar a Heracles?

—¿A ese? —La mueca de asco de Vicenta es exagerada—. Ojalá esté bien lejos. En el infierno, a ser posible.

Heracles Venturi. Si hasta parece que he invocado un fantasma. Fue la mano derecha de nuestro padre. El día del entierro, abandonó el cementerio de último. Yo misma lo vi despedirse de su tumba, cabizbajo. Lucía más grande, más hombre, más triste. Había en él algo genuino: el amor que profesaba a nuestra familia y que nuestro padre retribuyó sin remilgos. Quiso ganarse la vida boxeando. Dijo haber matado rapaces con sus manos, partirse nudillos contra bloques de hielo y derribar de golpe, uno por uno, a quienes intentaron ser más listos que él. Lo recuerdo como un moreno

macizo, de ojos pardos, piel cobriza y pelo azabache. «Ha muerto el último buen hombre de este pueblo», le dijo a mi madre en el camposanto. Pero no obtuvo respuesta, como si fuera él también un espectro. A él confió nuestro padre sus negocios más importantes. De sus años de púgil, Venturi conservaba una estampa rocosa. El cuerpo no le cabía en la ropa. La espalda siempre a punto de deshilacharle las camisas. Sus manos parecían de atlante: lentas, grandes, minuciosas. Hablaba con precisión, como si una campana bien calibrada aún marcara el ritmo de sus ideas. Se le iba el día eligiendo las herramientas, entre ellas, varios juegos de llaves con los que resucitar todos los relojes de pared del pueblo. Ese había sido su verdadero oficio en Mesina, el puerto de Sicilia del que zarpó con treinta años. Quienes querían difamarlo decían que allí había dejado una familia de tres niños huérfanos luego de que él mismo hubiese asesinado a puñetazos a su mujer en un arrebato de celos. La primera vez que la tía Candela repitió la historia frente a nosotros, mi padre apoyó los cubiertos en el plato.

—Que no vuelva yo a escuchar esa cizaña.

Se levantó de la mesa y nos dejó con la palabra en la boca.

—Confía demasiado en ese hombre…

—Candela, ¿es que no has oído? —El tío Lulo enterró los ojos en el plato.

—Papá lo respeta —intervino Porcia.

Yo misma la escuché, boquiabierta. Ninguna de nosotras se habría atrevido a hablar.

—Tú te callas —zanjó el tío.

Además de relojero, Heracles Venturi había trabajado en barcos de arrastre. Sabía de mecánica y era capaz de poner en marcha la linotipia de La Araira con los ojos cerrados. Nuestro padre le encomendó traer desde Bolonia la mejor imprenta para componer el etiquetado de sus botellas. En menos de un año, confeccionaron un marbete para la cosecha especial de los importadores británicos. Para cumplir con los encargos, Venturi contrató dos aprendices. El negocio de etiquetado y embotellado avanzó sin tropiezos hasta la muerte de Fulgencio, el hijo mayor de Julius, el socio de nuestro padre. El chico murió aplastado por una plancha. La noticia corrió

como la pólvora por toda La Araira. Porcia iba a casarse con él a finales de año.

—¿No te dije yo que el Heracles ese tiene algo oscuro? —Candela puso los brazos en jarra—. Un accidente, dice. ¿Y quién sabe si dice la verdad?

—Guarda, Candela —una vez más, Lulo riñó a su mujer—. ¡Por Dios, para!

—¿Lo que dicen de Sicilia no te hace sospechar?

—¿Viajaste tú hasta allí para comprobarlo?

Lulo se dio la vuelta, dirigiéndose a mí.

—Nazarena, déjanos solos.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

De camino a la puerta escuché a Bendita, entre cuchicheos.

—¿Quién le contará a Porcia lo que pasó? —preguntó al tío Lulo.

Ninguno de los tres se atrevió a decir palabra.

De Heracles Venturi sabíamos lo justo. Que bebía leche para espantar los males del plomo y que todas las mañanas golpeaba sacos rellenos de arena. Que era noble y tenaz, alguien capaz de librarse de un castigo cumpliendo doce más. Al menos así hablaban de él los hombres de nuestra familia. Cuando papá se marchaba a las campañas de ron y él venía a dar cuerda al reloj, Aparecida se ofuscaba. Repartía escobazos a diestra y siniestra, para meterle prisas.

—Ese hombre es raro —murmuraba mientras lavaba las sábanas a palos—. ¿Cómo es que no tiene mujer ni hijos a su edad?

—¡Tú tampoco los tienes! —contestaron a la vez las Morochas.

—¡Qué van a saber las dos! ¡Fuera de aquí!

Una misma casa no podía tener dos guardianes. Y, si bien Aparecida no entendía de números, se batía el cobre entre la mugre de las Vicentas. Heracles podía ser más fuerte, incluso más inteligente y mejor educado, pero no más leal que ella. Y, sin embargo, por confusas y extrañas que parecieran sus acciones, Venturi conseguía salir favorecido frente a quienes dudaban de sus actos.

—Papá confía en él —insistió Bendita—. Fue un accidente, él mismo se lo explicó a Porcia bajo el granado.

—No fue así. —Aparecida metió su cuchara—. Su papá le dijo a Porcia que el asunto no tenía remedio. Que el muchacho ya había estirado la pata. Pero que él tenía muy claro que ninguna hija suya se iba a echar a llorar por nadie, estuviera vivo o muerto. La obligó a ponerse un vestido de manga larga, fueron a dar el pésame y todo lo de la boda se mandó a guardar.

—¿Todo? —preguntaron, a la vez, las Morochas.

Aparecida asintió.

—El vestido que iba a usar Porcia se lo puso Vicenta para su boda —remató la Negra—. Por eso el matrimonio salió como salió.

Tras la muerte de nuestro padre, Heracles y Porcia se hicieron omnipresentes en cada rincón de la casa, como si intentaran conquistarla cada uno por su lado. Ella por derecho propio, Heracles por costumbre. Muchas personas más intentaron meterse en nuestra vida, unos para dar el pésame, otros para sacar provecho. Un edecán del Benemérito se presentó en la casa con la intención de comprarla. Yo misma vi a mi madre recibirlo, sentada en la mesa de reuniones, como si conociera cada papel y cada pluma de aquel escritorio. Para estar muerta, parecía más bien resucitada.

—Dígale al Benemérito que no es tiempo de vender ni comprar —contestó ella sin alzar siquiera la ceja—. La casa se queda como está.

El tío Lulo asintió sin pronunciar palabra. Incómodo por tener que sostener esta conversación con la viuda, el emisario se dirigió al hermano de mi padre:

—Eso dice ahora, que es la dueña de todo. Cuando esté muerta, hablaremos sus hijas y yo.

Y caminó hasta la puerta sin despedirse.

Todas las noches que siguieron a la visita del edecán, mamá escuchó pasos junto al río. «¿Quién anda ahí?». Poseída por el insomnio, se calzaba los botines y salía al patio con el machete en la mano y una lámpara de gasoil en la otra. «¿Quién anda ahí?». Solo obtenía por respuesta el aleteo de las torcazas al abandonar el

gallinero. De pie, sola en medio de la noche, raspaba la hoja de su machete contra el suelo. «¿Quién anda ahí?».

—Será algún desgraciado dispuesto a robar las morocotas que el general Núñez Núñez sepultó al pie del zaguán —musitó Porcia, que ya entonces se creía jefa de todo.

Aparecida negó con la cabeza, apenada por ver así a nuestra madre.

—Inocenta se va a volver loca de tanto dar vueltas.

—¿Volverse? —contestó Porcia—. Desde que nació Nazarena le falta un tornillo.

Como si tuviese un pie en el más allá, mi madre se volvió incapaz de distinguir el mundo de los vivos del de los muertos. A sus cuarenta años, parecía el más longevo de los árboles del valle, apenas la cáscara de un castaño comido por las termitas. Alguien capaz de escuchar el crujido de un hueso entre las mandíbulas de un perro, el roce de una serpiente en un chinchorro o el sonido de un botón cuando se arranca de golpe. Entonces salía de la cama, cogía el machete y recorría el pasillo. «¿Quién anda ahí?». En una ocasión, mientras yo barría el patio, la vi cruzar poseída por una energía inusual. Alzó la lámpara de aceite y avanzó sin bajar el chuzo. Tenía la piel más cobriza que de costumbre y los ojos turbios como un río negro. Las dos alianzas de oro, la suya y la de mi padre, relucían en sus dedos al apretar la empuñadura.

—¿Quién anda ahí?

Una sombra se abrió paso entre los helechos.

—Inocenta, baja el machete.

—Atrás, atrás. —Blandió el chuzo—. ¡No me cambies las monedas de sitio! ¡Sé que eres tú, Judas!

—Inocenta, soy Heracles. ¿No me reconoces?

—¡Eres Judas! ¡Nos venderás por unas monedas!

Heracles Venturi alzó los brazos, en señal de paz.

—¡Atrás! ¡Esta casa no se vende a nadie!

Los ladrones nunca dejaron de venir a robar en la mente de mi madre, que mantiene siempre a mano el machete y el quinqué. Todavía, cuando barro de madrugada, la escucho blandir el chuzo y

encender la mecha para montar guardia. Mamá no se fía, ni siquiera de la luz del sol, mucho menos de su sombra.

Han apagado el motor. En el interior del Cadillac hay alguien más junto al conductor. La rama del semeruco me impide verlo, pero está. Es un hombre y fuma. Ha sacado una mano por la ventanilla con un cigarrillo encendido. Una nube de zamuros cruza el cielo. Seguro están matando animales en la finca junto al río. Habrá carroña para todos. Ajeno al vuelo de la rapiña, el piloto fija la mirada en el volante. No me han visto. Pero yo sí a ellos. Erguido sobre la grupa de su caballo, un hombre cruza en dirección a la yeguada de Eufrasia. Los mira de reojo y pasa de largo, al trote, haciendo sonar los cascos contra el asfalto. El animal es tan negro como Taíno, el caballo que mató a mi padre y que mis tíos sacrificaron sin miramientos.

—Acérquenlo más —ordenó Lulo sin separar el rostro de la mirilla.

Los dos peones tiraron de la cuerda. El animal avanzó resistiéndose, abriendo y cerrando los ollares y golpeando la tierra con la pezuña.

—Así, leeeento, muy despacio, despacio.

Lulo chasqueó la lengua y bajó el arma, otra vez.

—Quizá habría que vendarle los ojos —dirigiéndose al tío Renato.

—Acaba ya —zanjó este, harto de tanta parafernalia.

Lulo apoyó la escopeta contra su hombro, pegó la mejilla a la culata, retiró el seguro y apretó el gatillo. La bala atravesó el tórax. Taíno cayó empujado por la fuerza del disparo. Movía las patas sin orden. Parecía el corcel de un tiovivo, cabalgando en su mismo sitio sin llegar a ninguna parte. Lulo abrió el cerrojo, cargó de nuevo y disparó un segundo proyectil que le reventó el corazón al instante. Trepada sobre la tapia del corral, vi a Taíno agonizar. Su respiración era fuerte y pesada. Tenía los ojos en blanco, pero aún sacudía las

patas delanteras. Murió de un espasmo brusco. Un último trote desprovisto de toda belleza.

—¡Traigan al otro! —ordenó Lulo a la cuadrilla.

—¿Ahora? —Renato se llevó las manos a la cabeza—. ¿No ves que está a punto de llover?

—Por eso mismo.

Los mataron a todos. Solo la yegua sobrevivió. La salvaron sus coces y Eufrasia. Para recuperarla, la criadora devolvió a mis tíos los dos mil reales que mi padre pagó por ella. Si no pudo quedarse con Taíno, al menos le quedaba su hija, aquella yegua que atraía a los murciélagos las noches de luna llena. La primera vez que trepé a su grupa, obtuve otro corazón. El olor a cuero de las riendas, la sensación de habitar una bestia y ser capaz de echar a correr sobre ella me asignaron un nuevo lugar en el mundo. Tuve de pronto cuatro patas, una crin larga y áspera a la que sujetarme, y un cuerpo vivo latiendo entre mis piernas.

Vi morir a papá y a Taíno. Los enterré a ambos. De aquella yegua recibí más amor que de todas mis hermanas. Me habría gustado nacer caballo, pero nací Nazarena. Me resigné a vivir con las patadas de mi imaginación. Me acostumbré a los gritos de Porcia, a la mirada ausente de mamá y a los espíritus que Aparecida escucha en sus ollas de caldo hirviendo. Aprendí a vivir sobre mis piernas, ansiando ser una bestia yo también.

Ya no oigo el trote del potro desde la calle. Apenas los chasquidos del motor del Cadillac enfriándose. Habrá llegado ya el jinete donde la yeguada de Eufrasia. No está lejos. Puedo verla desde la ventana de mi habitación. Es un solar bien podado, con una casona tan grande como la nuestra. Aquí, en La Araira, las bestias son necesarias para el trabajo y la lidia, el festejo favorito del Benemérito, a quienes todos siempre quieren agasajar con un buen purasangre.

—¡Nazarena, quítate ya de esa ventana! ¡No haces más que mirar!

Aparecida cruza el salón con las sábanas sucias en una cesta. Eustoquio la sigue con los sacos de naranjas sobre la espalda.

—Al fin, lo estoy esperando para quemar las ramas secas.

El jardinero no me escucha. Ni siquiera se gira a mirarme.

—¿Sabe algo del tigre? —pregunta, indolente, a Aparecida.

—Lo que todo el mundo…, que anda suelto por ahí —contesta la Negra, santiguándose—. Voy a guardar las gallinas, por si acaso.

—¿Otro tigre? —pregunto.

Ninguno me contesta.

—Aparecida, te estoy hablando.

—Sí, ya te oí. Anda a cambiarte. Quítate esa bata para echarla a lavar.

Aparecida pasa de largo, dando instrucciones a Eustoquio.

—Deje las naranjas en la cocina y vaya al patio, que el monte está crecido. Tanto matorral no es bueno. Y si anda un cunaguaro suelto por ahí, menos.

La primera vez que oí hablar de un tigre, yo tenía los pies hinchados como un muerto. Me dolía el cuerpo y me sentía extraña. Llamé a Bendita, a las Morochas. Nada. Ni rastro de Aparecida, tampoco de mi mamá. Solo podía escuchar a las yeguas de Eufrasia relinchar a lo lejos. Ellas fueron las únicas que contestaron mis ruegos. Las oía muy adentro, cerca e intensamente, como el dolor en el vientre. Me puse los botines y salí al Camino Real. Un pinchazo en el bajo vientre me impedía ir más rápido. No encontré ni un alma hasta la yeguada. Cuanto más cerca, más fuerte el alboroto de los animales. Mi vientre estaba a punto de estallar. Me froté para calmar el dolor. Escuché un disparo. Al minuto, otro más. Cuando llegué, olía a pólvora. Eufrasia tenía aún el rifle entre las manos. A sus pies había un animal. No era un tigre, ni siquiera un jaguar. Solo un gato grande. Un trofeo de trapo. Del lomo manaba una sangre aún viva. Las garras, incluso en la agonía, parecían hechas de cerámica. A mí me dolía el vientre y me apretaba con fuerza para aliviarme.

—¡Nazarena!

Eufrasia clavó los ojos en la luna roja impresa en mi vestido. Se colgó la escopeta al hombro y, en cuclillas, me habló como si yo también me desangrara.

—¿Te duele?

Asentí. Señalé al animal abatido. «Nazarena, ¿dónde estás?». «¡Nazarena, ven aquí!». Aparecida cruzó el portón de la yeguada

dando voces.

—¿Dónde te habías metido? ¡Te estoy buscando desde hace media hora!

A punto estuvo de tirarme de los pelos, pero de la impresión se contuvo.

—¡Ave María!

Se santiguó varias veces.

—Ahí está el tigre, Ave María. ¡El tigre!

—Lo mató Eufrasia de dos disparos. ¡Yo misma los escuché!

—¡Nazarena, ven aquí ya mismo! —Aparecida volvió en sí.

Eufrasia me cogió de la mano.

—¿Saben sus hermanas que Nazarena ya sangra?

La Negra me haló de un zarpazo y me llevó a casa tirándome del brazo. «¡Ya estás grandecita para dar tanta guerra, Nazarena!». Atravesamos el zaguán en silencio. Me quité la ropa en el lavandero y entré al cuarto de baño envuelta en una toalla. Me sumergí en la bañera. Al contacto con mi piel, el agua se oscureció. «Sucia, Nazarena». Cuando se transforma, un cuerpo se vuelve confuso. Pierde sus límites. Desprende humores, mancha.

Pocas cosas ocurren en La Araira sin desgarros. La tierra que sostiene nuestras casas no obedece otra fuerza distinta y pocos ímpetus tiran tanto como las zarpas de las bestias. Yo, Nazarena, la séptima de las Vicentas, crecí entre animales. Como uno más. Afuera, entre el Cadillac y la carretera, se juntan las desgracias con las serpientes, y las alimañas obran a su antojo. Ansían el techo ajeno y todo lo que esté debajo. El día en que el prado de la yeguada amaneció cubierto de agujeros, Eufrasia me llevó hasta el cuartel de La Sagrada. En apenas una noche, los buscadores de entierros y morocotas habían levantado el pasto con palas y azadas hasta dejarlo inservible. «Esa gente es capaz de cavar con los dientes con tal de hallar monedas escondidas dentro de una bolsa de gusanos», rezonga mi madre cuando vaticina que vienen a robar. En los ingenios de este pueblo, hasta los muertos desatan el deseo de los vivos. De los entierros se dicen muchas cosas. Que en la sepultura —la mayoría entierra huesos de perro para despistar— el ánima del difunto resguarda las monedas de oro y plata que unos

ansían esconder y otros encontrar. Que aquel que osa poner la mano sobre aquellos metales vagará por los infiernos. Que la profanación de uno solo de esos tesoros desataría la furia y la venganza de sus espíritus custodios. Pero los ladrones y conseguidores conocen los trucos para lucrarse del más allá. Por eso hozan la tierra como jabalíes, destruyéndolo todo a su paso. En esa época empeoró, por las obras del ferrocarril. La tierra levantada alborotó la imaginación de los rateros. Venían a buscar lo que no les pertenecía. Levantado y agujereado como estaba, el pasto de Eufrasia ya no valía para vender y el poco que había quedado apenas daba para alimentar a sus animales. «¡Sinvergüenzas!», gritaba Eufrasia aquel día con la escopeta colgada en el hombro, camino a dar el parte.

En La Araira, el orden y el cumplimiento de la ley dependen de La Sagrada, hombres reclutados y entrenados para formar parte de la guardia personal del Benemérito. Así llaman a sus oficiales, por feroces e intocables. Criaturas de aspecto montaraz que visten de blanco y patrullan el pueblo a lomo de unas bestias pulgosas. Son inmisericordes y mudos. También fieles y sanguinarios. Tienen oídos y ojos en todas partes. Disparan sin remilgos y no se toman siquiera la molestia de recoger los cadáveres a su paso, para que quede bien claro a quién sirven y lo que ocurre cuando alguien desobedece a su amo. Si el General protege a alguien, ellos hacen lo mismo.

Eufrasia fue ante ellos con su mejor argumento. Los caballos del Benemérito son hijos de sus yeguas. La cuadra de equitación de la Patria proviene de su hacienda, aquí, a dos pasos de nuestra casa. Aquel día, Eufrasia avanzó cogiéndome de la mano y haciendo sonar sus botas. «Tú serás mi testigo ante esta gente». Yo no quería entrar, pero ella insistió. Echados sobre los camastros, los de La Sagrada la miraron con ojos rojos y embrutecidos. A estos sujetos los precedía su fama. Maldita la hora en que alguno se empeñara en una moza. Las raptaban hasta amancebarlas. Primero las llenaban de piojos y de bastardos después. Tenían la piel curtida y el cuerpo repleto de inmundicias. Ahí por donde pasaban, nada volvía a crecer. A ellos no les gustaban las mujeres como Eufrasia, acostumbrada a la brega y al mando. Los montaraces no querían otro patrón, preferían a las que aún podían desvestir a zarpazos. Cuando

llegamos, envuelto en una nube de anís, un hombre daba un trago largo hundiendo la lengua en la botella.

—Esta gente no me gusta, Eufrasia.

—A mí tampoco —bajó la voz—. Pero tú eres la única que puede confirmar lo que digo. Me han robado el pasto.

Vimos pasar frente a nosotras a dos hombres apaleados, cuatro ingenieros alemanes dispuestos a denunciar el robo de los cables de cobre y tres mujeres con viandas. Cuando, al fin, un indio forzudo hizo señas a Eufrasia para entrar al despacho, otro aún más grande me cogió por el brazo. Tenía las manos sucias y peguntosas.

—Deje pasar —Eufrasia lo insolentó—. Donde yo entre, ella viene conmigo.

El hombre apretó con más fuerza. Se arrimó hacia mí, con el machete colgado del cinto. Olía a mula, a establo, a sudor agrio. A mierda.

—Dígale a Eusebio Armas que aquí está la veterinaria de las yeguas del Benemérito. Déjeme pasar.

El moscón me soltó el brazo y se dirigió al despacho. De pie, rodeadas por los matones del Benemérito, esperamos. El hombretón del aguardiente no me quitaba los ojos de encima. Cuanto más enterraba la lengua en su botella, más grande y enhiesta se levantaba una carpa de tela sobre su pantalón. Un aroma a chivo me taladró la nariz. Miré mis zapatos para no vomitar. Eufrasia me cubrió con su cuerpo, para que él no pudiera ver el mío. «Te llevó como reclamo». «¡Judas!». «Fuiste moneda de cambio». Un vapor tibio de alcohol y un olor repugnante me taponaron la nariz. «Desvergonzada, ¡no vuelva usted a llevar a mi hermana para cerrar sus tratos!». «¡Judas!». «Pero si es apenas una niña». «¿Saben sus hermanas que ya sangra?». «Una voz dice… ¿Qué dice?». «Que toda piel es heno». «Nazarena, ¡dónde estás!». «Nazarena, ¡ven aquí!».

—La escopeta —exigió el del machete.

Eufrasia extendió la escopeta y se ajustó los tirantes. Entramos juntas al despacho. Nos recibió un hombre con la tripa caída y las piernas separadas como estacas. Se llamaba Eusebio Armas, Eufrasia mencionó su nombre varias veces hasta conseguir hablar con él. Era el lugarteniente del Benemérito y cabeza de La Sagrada

en La Araira. No tenía ni un solo papel sobre el escritorio. Solo una pistola y un plato de cerdo a la parrilla a medio comer.

—¿Qué la trae por aquí?

Armas soltó un esputo de chimó. Miré el disco de saliva parda sobre el suelo. «El tabaco de mascar es vicio de araucanos», le escuché decir a Aparecida para afearle a Eustoquio la manía. Quienes lo consumían decían no sentir hambre ni sed, tampoco fatiga o sueño. Era una sustancia apropiada para los trabajos arduos y largos.

—Han arrasado mis tierras —explicó Eufrasia.

Armas me miró, como quien calcula un peso a ojo.

—¿Es hija suya? —Tenía los dientes marrones.

Eufrasia negó con la cabeza.

—Es mi vecina y testigo de lo que han hecho esos delincuentes —zanjó—. El Benemérito es nuestro cliente más importante y así no hay quien alimente a los animales.

Armas abrió una caja de madera, cogió una pella y se la colocó bajo la lengua.

—Vaya tranquila. —Escupió al suelo, otra vez—. Ese pasto crece esta misma noche. Nosotros le mandamos abono. Usted no mueva ni un dedo.

Cogió un trozo de cerdo con las manos y se lo llevó a la boca.

—Tú, ¿cómo te llamas?

Me señaló con los labios cubiertos de grasa.

—Nazarena.

—Nazarena ¿qué?

—Nazarena Della Vincenza Núñez.

Eusebio Armas se limpió la boca con el dorso de la mano y se jurungó el oído con el dedo meñique.

—¿Hermana de las Vicentas?

Asentí.

El gendarme nos despidió sin ponerse de pie. Siguió comiendo las mazas de cerdo al carbón. De camino a la salida, Eufrasia se detuvo a recoger su escopeta. Erguida, en medio del pasillo, me acerqué al hombre de la botella de anís. Seguía recostado sobre la pared de bahareque, aún enhiesto. De su boca desdentada asomó

una lengua blanca y sucia. La faltaban las falanges de los dedos, la piel se le caía a jirones y una gusanera le cubría la oreja izquierda. Me detuve para que pudiese mirarme, para poder ver yo sus encías lisas, para escuchar las larvas que comían sus inmundicias. ¿Podía verse mi alma afectada de sus humores por el solo hecho de percibir su deseo? Con sus muñones, intentó tocarme los tobillos. Aquel hombre era carne de lombrices. Olía a sexo. A tumba. A muerte.

A la vida le cuesta abrirse paso en esta tierra. Cuando la yegua parió donde Eufrasia, supe que no habría paz jamás. Que cualquiera que viera la luz en esta parte del mundo estaría condenado a verla apagarse. Que aquí siempre hay alguien que vigila. De estos patios salieron los mejores entuertos, los más bellos fantasmas. Lo sé porque yo soy uno de ellos. Y la niña, mi hija, también. Para loca, Nazarena, que, sin beber como Aparecida, lo ha visto todo en esta tierra. También parir. Entonces, la yegua daba vueltas con el vientre hinchado; giraba hacia un lado y luego hacia el otro; se sobaba los costados con el hocico; caracoleaba sobre sí misma y después volvía a tumbarse, inmensa, como una montaña viva sobre la paja seca. Tenía al pueblo entero atento. Eufrasia prefería esperar lejos, arreglando el heno y dejando todo en orden antes del parto. Que se ponen nerviosas las bestias cuando están a punto y no conviene forzarlas hasta que no esté listo el asunto.

—Vete de una buena vez. Que luego viene Porcia gritando y no voy a salir yo a salvarte el pellejo —me abroncó Eufrasia.

—Me quedo hasta que salga el potrico —le dije—. A Porcia no le importa que esté yo aquí.

—Deja de meter embustes. —Eufrasia separó más paja con la horca—. Si te vas a quedar, entonces no molestes… —Los dientes de metal se atascaron entre el heno y ella empujó con más fuerza para desatascarlos—. Y haz lo que yo te diga.

Cuando sus animales parían, Eufrasia no se movía de la cuadra. No estaba para nadie. Por muy urgente que fuera, ya podían esperarla sentados. Pero esta no era cualquier yegua, esta era la del General. Por eso andaba nerviosa Eufrasia, moviendo riendas de un lado a otro, cambiando de sitio las sogas y las sillas. Tacatá-tacatá-tacatá, sonó la campana de la entrada. Eufrasia ni caso. La potra

seguía buscando acomodo en el establo. Olía fuerte. A orina. A hierba. Me gustaba ver parir animales, porque nadie les dice qué hacer. Bien o mal, salen solas las cosas y así se apañan. Si viven, comen, caminan, pastan. Si mueren, a nadie entristecen. A otra cosa y a volver a empezar. La campana sonó otra vez. Tacatá-tacatá-tacatá.

—Mira que están empeñados en entrar. —Eufrasia cogió la escopeta y aseguró la tranquilla del establo—. No te acerques. No hagas ruido. Ya regreso.

La yegua tenía la grupa hundida y los costados a reventar. Daban ganas de sobarle el pelo rojo, de lo bonito y brillante que se le veía. Me trepé a la cuadra, para verla de cerca. Mostraba un moco blanco y espeso bajo la cola. Y aquella barrigota hinchada, como si en lugar de uno esperara dos potros. La campana no volvió a sonar. Inmediatamente escuché el portón abrirse. Luego pasos. Me acomodé junto a la puerta y esperé. Eufrasia llegó acompañada de uno de los hombres del General. Armas, el que masticaba chimó.

—Aquí puede verla. —Entraron juntos donde la yegua—. Tiene agua y heno. Está atendida.

El sujeto llevaba fusil y dos cartucheras cruzadas en el pecho.

—¿Cuánto le falta? —preguntó ansioso.

—Recién está dilatando. Depende de cómo venga el potro.

Se pasó la mano por la barba.

—De aquí no nos vamos sin noticias para el Benemérito.

—Le toca esperar. —Eufrasia señaló la puerta—. A las yeguas, sobre todo a las del Benemérito, hay que dejarlas quietas.

El hombretón resopló. Se acomodó la bragueta con la mano izquierda, mirando de un lado a otro, y escupió en el suelo.

—Puede que en la noche ya haya parido —continuó Eufrasia—. Cuando eso pase, usted ve a la cría, se vuelve donde el General y le dice, de mi parte, que todo ha salido bien.

—Y mientras tanto, ¿qué hacemos mis hombres y yo para distraernos? —preguntó, mirándome.

—Vigilar. —Eufrasia se descolgó la escopeta—. Y ahora salga.

—Usted a mí no me da órdenes.

Eufrasia se encaró.

—La vida de la yegua depende de mí. —Se dio en el pecho con la mano abierta—. Usted decide si le conviene o no esperar fuera, porque yo, ahora y aquí, estoy trabajando para el General.

El coronel sacó un cigarrillo y lo encendió con una cerilla. La lumbre le chamuscó los bigotes.

—Salga —insistió Eufrasia.

—Como en una hora no me deje entrar, ¡le prendo fuego a esta pocilga, con usted y la yegua dentro! ¿Oyó?

Una nube de risotadas y mal aliento se esparció en el aire.

—¡Soldado! —El coronel se estrujó el pantalón—. ¡Encienda la candela! ¡Vamos a hacer un sancocho mientras la doctora trabaja!

El hombre chupó el cigarro.

—Nos vamos a quedar aquí. Pero, eso sí, de vez en cuando mándenos a la suya —me señaló con el dedo— para que nos tenga informados.

Eufrasia me miró y asintió. Me planté junto a ella y empujamos juntas la puerta grande del establo. Tumbada en el heno, la yegua mostró la vulva grande y roja.

—Contrae, remueve, casi expulsa. —Una y otra vez—. Pero aún no. Es demasiado pronto —explicaba Eufrasia.

Afuera, los hombres bebían. En ese instante, la potra hizo por levantarse. Eufrasia observaba y yo junto a ella. Afuera, el coronel y sus hombres siguieron bebiendo. Eufrasia esperaba. Yo los escuchaba escupir el chimó. Los espiaba, a través de las rendijas de la madera. Se frotaban contra sus fusiles. Babeaban y gritaban. Se apretaban la entrepierna y se sacudían la verga para que yo los viera, pero a ellos todo les nacía muerto. Dentro, la yegua paría. Afuera, los hombres del Benemérito celebraban lo que habría de llegar al mundo para montarlo. Impacientes, comenzaron a llamar a las puertas del establo. Una vez y otra. Y otra más.

—¿Parió ya la yegua del General?

Eufrasia se llevó los dedos a los labios.

—No conviene, ahora no. Mejor esperar a que duerman o se maten.

Pero los hombres no callaban. Berreaban y se frotaban contra el máuser. Olían a chivo, meaban la madera, cagaban en la charca. La

yegua apretaba. Contraía y pujaba. Eufrasia esperaba, yo también, a que la cría apareciera. Las patas del potro asomaban empujando, rompiendo. El hociquito restregando la bolsa que lo mantenía vivo. Echada en el establo, con las patas traseras tendidas y la cola alzada, asomaba la yegua la vida que llevaba dentro. «Ya viene, Nazarena». Afuera, los que a hierro matan no eran capaces de esperar. «Ya viene, Nazarena», susurraba Eufrasia. «Ya viene, Nazarena». Yo la vi caer sobre el heno, envuelta en una bolsa blanca y cremosa. Entre el Carmen y la Asunción, llegó a La Araira la yegua del General. Mitad niña, mitad potro. La vi salir al mundo yegua y erguirse humana. Acoplada entre una espalda blanca y una grupa negra. Era bella, siendo aún caballo, y hermosa del todo como mujer. Afuera, una nube de aguardiente descargó disparos. Eufrasia cogió la escopeta y cerró el establo con la barra de metal. «Nazarena, pégate a mí». Los hombres gritaron. Exigieron saber si la jaca del General era blanca y bella, y si podían ellos también tocarla.

—¡Abra, Eufrasia! ¡Abra esa puerta ya mismo!

—¡Que abra, ahora!

—¡Abra, vieja!

—¡Es la yegua del Benemérito! ¡No la esconda, bruja!

—¡Vamos a bautizarla!

Quebradizas aún las patas, enclenque del esfuerzo de haber llegado al mundo, la cría se puso en pie entre estruendos y voces.

—No abras, Eufrasia. No les abras la puerta.

Era preciso no mostrarla. Mejor esconderla.

—No, Eufrasia. No los dejes entrar.

Que aquellos eran zafios. No le perdonarían su belleza. Había que taparla. Que nadie la viera.

—¡Nazarena! —Eufrasia me zarandeó—. ¡Nazarena, espabila!

—¡No abras! ¡No les abras! —le supliqué.

—Son las Morochas. Vinieron a buscarte, Nazarena.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Que si entran ellas, los hombres también lo harán! Diles que se vayan. Que se vayan.

—¿Qué hombres, Nazarena?

—¿Y la yegua? —esquivé—. ¿Dónde está la yegua?

Eufrasia me miró desde un lugar muy lejano.

—¡Ya parió! —insistí—. ¡Esconde a la cría, Eufrasia!

—La yegua parió la semana pasada. Te lo conté, ¿no te acuerdas? Ya está bien. Ven conmigo. Natalia y Amelia te están esperando.

Me quedé de pie, sin saber adónde mirar ni qué hacer. Natalia y Amelia me cogieron cada una de un brazo. Nos fuimos juntas a casa. Eufrasia se quedó en el establo, dando instrucciones a sus peones. Entre el Carmen y la Asunción, llegó a La Araira la yegua del General. Mitad niña, mitad potro. Que yo la vi salir al mundo yegua y erguirse humana. Yo la vi.

Siento tres toques en la espalda.

—¿No te has cambiado aún? —Con un brazo, Vicenta sostiene a su hija y con el otro me zarandea.

Me giro, otra vez, hacia la ventana. No puedo distraerme. El copiloto del Cadillac acaba de arrojar la colilla por la ventana, tamborilea los dedos sobre la puerta y acomoda luego el retrovisor. Necesito saber qué más harán.

—Contéstame cuando te hablo, Nazarena.

—Hoy empieza la Cuaresma, Vicenta. Esta es mi bata de trabajo. No pienso quitármela.

—Ve a la habitación y alístate. No van a esperarte todo el día.

—¿A mí? ¿Quiénes me esperan? ¿Y para qué?

—¡Apúrate! —insiste mi hermana—. ¿Porcia no te ha dicho nada?

—No le he dicho nada, todavía —escucho la voz de Porcia desde la cocina.

A Vicenta se le desencaja de golpe el semblante, deja a la niña en el suelo y se pasa la mano por la frente. Porcia llega con las Morochas, sosteniendo las llaves de la despensa en la mano.

—Tú, Vicenta, que nunca haces nada, cuando te decides es para mal, ¿no?

Si mandar y ser obedecida es para Porcia un bálsamo, el grifo abierto de la vida eterna, amenazar y recriminar son casi una bendición.

—¿Quién te dio a ti vela en los asuntos de esta casa? —le reprocha a Vicenta, avanzando unos pasos.

—Vivo aquí, como todas.

—Vives arrimada —la interrumpe y señala a su hija—. No la quiero ver jugando en el comedor. Ha roto ya varias cosas.

—Se llama Segunda —Vicenta enciende un cigarrillo—, es tu sobrina y puede jugar donde desee.

—No fumes caminando. Es de putas.

—¡Va a ser eso lo que te molesta, Porcia! ¿Será eso? Que fume.

Vicenta da una calada y suelta, teatral, el humo a su alrededor.

—De puta viviría mucho mejor.

Porcia la ignora. Y aunque Vicenta hace amago de irse, permanece para irritarla.

—El reloj del comedor está atrasado. Desde que Heracles desapareció ni los relojes funcionan.

—Compórtate, Vicenta. —Porcia se gira hacia mí—. Y si tú no quieres venir con el resto de tus hermanas a poner flores en la tumba de Leda, allá tú con tu conciencia.

—¿Esos que están allá fuera van a llevarlas al cementerio? —pregunto—, ¿qué hacen aquí desde tan pronto?

Las gemelas se pelan los ojos la una a la otra. Casi ni respiran las muy cobardes. Porcia guarda las llaves en el bolsillo y solo mientras atraviesa el pasillo, ya de espaldas, contesta lo que le viene en gana.

—Eustoquio está en el patio. Ve a buscarlo y haz un ramo bonito con las flores que encuentres. —Me habla como el Dios del Antiguo Testamento.

—Porcia, contéstame.

Es inútil. Cada vez que hablo, llovizna. Me oyen y nada más. Vicenta va tras su hija y las Morochas aprovechan que Porcia se despista para jurungar las ollas de la cocina. Desde el patio huelen ya los quinchonchos y el arroz de Aparecida, que guisa con el Evangelio de fondo en la radio mientras Eustoquio arranca las hierbas sin levantar los ojos del suelo. «Tome, Nazarena», me extiende un atado de cariaquito, cayena y jazmín morado silvestre. «Vaya haciendo un montoncito». Eustoquio habla lento y bajito, pero con acento de la costa porque se casó con una oriental. Lo bautizaron Eustoquio, como al primer hijo del General, porque cuando el Benemérito llegó al Gobierno nacional se hizo costumbre llamar a los recién nacidos con el nombre del primogénito. El negro, que no es mucho mayor que Aparecida, ya pinta canas. Siega con paciencia. Se desloma. Trae sacos. Abre zanjas con la azada.

Mientras, yo separo la rosa de monte del hierbajo, añado al ramillete dos ramas de gallito y una de cayena. En la radio dan la misa de las diez. El pastor pronuncia un sermón al que Aparecida da la razón entre alabanzas. Ella lo completa repitiendo la última palabra de cada frase. «Permanecer anclados en Cristo». «¡… en Cristo!», dice. «Mantener las enseñanzas de Dios». «¡… de Dios!». «El Señor es mi pastor». «¡… mi pastor!». Hasta que el cura emplea ideas cada vez más elaboradas, y a la Negra no le queda otra sino escuchar. La voz del párroco se esparce como un aerosol por toda la casa. «Que toda carne es heno, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, y la flor se marchita, dice el profeta Isaías». El párroco hace una pausa dramática en su sermón y prosigue. «Que toda piel es heno, pasto de incendio, del deseo». Eustoquio rebusca en el galponcito. Yo recojo ramitas y Aparecida repite. «… pasto de incendio, del deseo». Esa frase la he escuchado antes. Aquí mismo junto al corral, en el cuarto de las herramientas. Estaba yo asomada a los tablones de madera, que, combados por el uso, dejan pasar la luz a través de las ranuras y permiten mirar hacia dentro. Como ahora veo a Eustoquio, entonces vi a mi hermana Leda con Héctor, el seminarista salesiano. Ella iba con él donde hiciera falta: al dispensario, a vacunar en los caseríos, a organizar una quermés, a impartir la catequesis, o los santos óleos o lo que fuera. Leda no hacía alarde de sus buenos actos, pero cada día se tomaba más en serio el bien del prójimo. Satisfecha, al fin, con una hermana decente, Porcia invitaba a casa al hermano Héctor, del que Leda apenas se separaba, como buena soldada de Dios, o de la piel que este le había dado. «He criado a mis hermanas mejor que tú», dijo Porcia a mamá, jactanciosa de su ojo beato. Y tan buen tino tuvo que acabaron los dos juntándose de verdad.

Agazapada tras la puerta los vi. Ella llevaba un vestido azul purísima arremangado en la cintura. Se le veían las piernas firmes y largas. La piel lisa y preciosa. Prendida a horcajadas, mi hermana se dejaba incrustar contra la pared por el salesiano. Cabalgaba el cuerpo de aquel chico, profunda, como se entierra en la silla un jinete al galopar. Él murmuraba en su oído palabras incomprensibles. Me asomé para escuchar mejor.

—«Una voz dice…» —susurró.

Mi hermana se dejó embestir, con los ojos cerrados. Siendo la que soy, quién iba a creerme que estaban rezando, sin nada entre medias. Pensaba que eso se hacía a solas, no moviéndose hasta herirse en el más profundo centro. Cuando el salesiano salía de su entrepierna, un estambre rojo y carnoso entraba en contacto con el aire, y volvía dentro de mi hermana, que se frotaba contra él.

—«Una voz dice…», —El salesiano la enhebraba, de pie—. ¿Recuerdas lo que sigue? ¿Te lo has aprendido?

A cada pregunta, una embestida más.

—Leda, contesta, ¿qué dice el profeta?

—«Que toda piel es heno». —El hilo de voz de mi hermana me perturbó.

—Repítelo.

—«Que toda piel es heno».

Leda pronunció las palabras entre gemidos. No me parecieron una queja de dolor ni penitencia. Encajados, uno dentro de otro, se besaron y se rugieron, frotándose hasta bruñirse. Jamás había visto a una persona desnuda, mucho menos a dos al mismo tiempo. Cuatro piernas, cuatro brazos, vellones oscuros, el temblor de la piel. No quería mirar, pero tampoco podía dejar de hacerlo. Tras los tablones, descubrí que un cuerpo es todo eso a punto de arder al contacto con otro.

Leda siguió vistiendo de azul purísima. Parecía otra en el aseado misterio de sus encuentros con Héctor. Plena de belleza, inmune a las calamidades de esta casa, mi hermana habitaba un mundo exuberante detrás de cada puerta y rincón de La Araira. Cuando iban juntos a predicar y dar atención médica a las Libertadoras —así llamaban a las prostitutas en el pueblo— hablaban tan bajo que apenas era posible entender lo que decían. A mí me entraba la risa pensando en cómo Porcia podía haberse creído aquel cuento. Pero si a Leda la hacía feliz, quién era yo para burlarme de sus alegrías. Todo transcurrió igual —del corral a la parroquia— hasta que una mañana llamaron a la puerta de casa. Escondida tras el tinajero, vi a Leda perder el color y el habla. Hasta su vestido de virgen pareció chorrear sobre las baldosas.

—Ha sido un accidente. Se ahogó en la laguna. Los vecinos de Onoto encontraron su cuerpo flotando boca abajo.

El cura que le dio la noticia era joven y educado. Leda no lo invitó a pasar.

—¿Ahogarse? ¿Cómo? ¡Si sabía nadar!

Sus gritos atrajeron a Aparecida, que se detuvo a mi lado, en silencio. Mironas de palo en la tragedia de Leda.

—Pudo ser cualquier cosa: un calambre, una corriente…

El salesiano se llevó la mano al sombrero.

—Lo despediremos a puerta cerrada. Rece por su alma.

El cura hizo la señal de la cruz y se marchó sin mirar atrás. Leda cerró la puerta y nos miró a Aparecida y a mí como si viniéramos de otro mundo. Deshecha en el disfraz de su santidad, parecía más una mujer embaucada que alguien tocado por la desgracia. Si toda piel era heno, la suya se había secado de golpe como en los versículos de Isaías. Tuvimos que encerrarla para que los gritos no llegaran a oídos de Porcia. La noticia de la muerte de Héctor y del ataque de Leda al enterarse corrió de boca en boca por toda La Araira. Las voces maledicentes se quitaban la palabra unas a otras. «Aquella no podía ser compasión cristiana, sino vicio». «Seguro estaba de meses». «Tenían algo esos dos. Al cura lo mató la culpa». «Tanta amistad con las prostitutas y pasa lo que pasa». «¡Mira qué santa!». «Quién sabe si las putas les dejaban una pieza en su caserón del Guásimo». Cuando las Morochas acudieron al mercado, se desató a su paso la retahíla de rumores sobre nuestra familia.

—Doña Amelia. —El carnicero llamó a mi hermana aparte—. Me han hecho un pedido grande de gallinas.

—¿Y a mí qué?

—Ah, nada. —El hombre se recompuso—. Porque no tendré suficientes para usted. Las mujeres del Guásimo me las han comprado casi todas.

Las gemelas se miraron, maliciosas. Agradecieron al tendero, y le encargaron lo de siempre, chuletas y carne picada.

—Ya habrá gallinas —repitieron, a la vez—. Ya las habrá.

Leda había escrito a las Libertadoras pidiendo ayuda. Desde hacía un mes ya no sangraba, les hizo saber en una nota que

Aparecida me dejó leer antes de llevársela a las prostitutas. Tras recibir la noticia, mandaron a pedir cuarenta aves. Degollarían una por día para que, cuando el niño naciera, Leda pudiera alimentarse y amamantarlo. La cuidarían, como a una más. Nadie tenía por qué saberlo. Así lo prometieron en la nota que Aparecida trajo de vuelta a la casa y que Porcia interceptó antes que Leda pudiese verla. La leyó a voz en grito, varias veces y demorándose en los apartados a su juicio más ofensivos.

—Como a una más. ¡Habrase visto semejante majadería!

Sentadas todas ante la mesa, escuchamos su sermón sin mover un músculo del rostro.

—¡Aparecida!

Leda se hundió aún más en la silla, como si esperara su turno para ser descabezada y desplumada ella también.

—¡Aparecida, ven ya mismo!

Bendita no estuvo aquí para salvar a nuestra hermana. Desde su partida a la capital de la provincia para estudiar, apenas teníamos noticia de ella. Y ninguna de nosotras era capaz de detener la furia de todas las malas bestias que vivían en el corazón de Porcia. Ni siquiera Vicenta movía un dedo para contradecirla. Se limitaba a mirar con indolencia las cosas que ocurrían en nuestra casa mientras Porcia daba rienda suelta a sus arrebatos.

—Coge las batas de Leda y un par de almohadas.

—¿Y a santo de qué? —Aparecida se sobaba la espalda—. ¿Se va de viaje?

Porcia negó con la cabeza.

—Se muda al corral.

—Pero si ahí no hay sitio.

Aparecida empezó a retorcerse el delantal.

—¿Cómo va a dormir Leda entre animales?

—Ella se apaña entre bestias. Seguro sabrá a cuál arrimarse. Ya conoce muy bien el corral.

Leda durmió y comió entre gallinas durante tres meses, pero la preñez que todos daban por cierta no se manifestó. Abierta de piernas sobre el suelo, Leda recibió la verdad. Jamás esperó ningún ser vivo o muerto.

—No está embarazada. —La matrona miró a Porcia a los ojos.

Contrariada, la mayor de las Vicentas abrió la puerta del corral e hizo una seña con la cabeza. Leda no habló. No pidió explicaciones. Como un cisne invadido por un dios sediento, salió del corral lentamente, caminó hasta el lavandero y bebió de la pila de agua. Arrastrando su machete y con la lamparita en la mano, mamá se acercó a nuestra hermana. La alumbró en silencio, le dio un beso en la frente y se alejó mascullando oraciones en dirección a su mecedora.

Aún quedan flores por recoger, pero el Cadillac sigue ahí. Me distrae. Me obceca.

—Nazarena, vuelve ya mismo y llévate las ramas secas. —Aparecida se empeña en darme órdenes. Si hasta parece que se ha contagiado de Porcia.

Camino hasta la ventana principal de la entrada de la casa. Los dos hombres siguen en el interior del auto. Uno viste traje oscuro, al otro apenas puedo distinguirlo.

—Que te pongas a recoger hierbajos te han dicho, Nazarena —me riñe Vicenta.

Otra más.

—¿Vas al cementerio tú también? —pregunto sin despegar los ojos de la cristalera.

—Mira que eres tonta. —Vicenta me observa de arriba abajo—. Te crees todo lo que te dicen.

—Van a poner flores a Leda, ¿no?

Mi hermana se mira en el espejo de la entrada, alisándose el cabello con las dos manos, sin contestarme.

—Vicenta…

—Ajá… —Sigue a lo suyo.

—¿Te acuerdas del salesiano?

Ella pega un respingo y se gira, al fin, a mirarme.

—Deja de mentar muertos, Nazarena. Te va a venir a buscar la pelona si sigues así.

—¿Y Bendita? ¿Ella cuándo viene? —alzo la voz, pero mi hermana ya se ha dado la vuelta—. ¿Es que no va a venir?

Vicenta atraviesa el pasillo hacia la cocina. En cada columna, Porcia ha mandado colgar algunas de las jaulas vacías que antes adornaban el patio. Hace mucho que ya nadie las usa. Ni siquiera

para guardar cachivaches. De esta casa van quedando los pellejos. Hasta la muerte de Leda, todo esto estuvo lleno de aves. Los cristofués cantaban y los canarios enjaulados junto al tinajero respondían trepados a sus columpios. Los azulejos saltaban de una rama a otra, picoteaban los frutos y armaban los nidos de sus crías con hebras de hilo y tallos secos.

Al morir papá, me obsesioné con el canto de las aves. Una mañana, Aparecida me mandó a vigilar la ropa tendida en el lavandero. Me dio por pensar que, si me esforzaba, que si apretaba mis manos y lo deseaba con fuerza, podría devolver las flores moradas a las ramas frondosas. Imaginé que podía regresar los botones a las flores y detener con la mente las pelusillas blancas que caían sobre la tierra como copos de algodón. Un turpial sobrevoló en ese momento mi cabeza como un rey amarillo de pecho negro y se posó sobre la rama más baja. Lo miré desde un lugar distinto, desde dentro y hacia dentro. Quería oírlo cantar. Así las flores acabarían obedeciéndome y regresarían a los tallos, lloverían hacia arriba, volarían ellas también.

Los gatos de Natalia y Amelia merodeaban entre los helechos. El de rayas intentó trepar al árbol y el otro, el negro, esperaba agazapado entre las raíces. Cogí unas piedras y las lancé para espantarlos. Los gatos corrieron hacia la cristalera y esperaron bajo el sol, inmóviles, como estatuas en la tumba de un faraón. Guardé dos más en el bolsillo, por si acaso. El turpial seguía en su rama, moviendo su cabeza negra como un juguete de cuerda. El resto de los pájaros del jardín permanecieron en silencio, súbditos ante su belleza. El carro que transportaba la caña desde el ingenio a la ciudad atravesó el camino tirado por dos mulas. Los frenazos bruscos hacían caer los cáñamos al suelo y los niños se abalanzaban para cogerlos.

—¡Nazarena! ¡Nazarena!

—¡Cállense, que van a espantar a los pájaros!

—¡Pájaros los que tienes en la cabeza! ¡Loca! ¡Estás loca!

Que se riesen, que se llevaran toda la caña, yo no me movería de mi sitio. Yo quería devolver las flores a las ramas y dar órdenes a los pájaros para que cantaran cuando yo así lo deseara. Segura de mi

fe, cerré los ojos y le pedí al Sagrado Corazón que me concediera trocitos de su poder. «Por tu preciosa sangre, Señor, que cante el turpial». «Por tu preciosa sangre, Señor, dame el poder». Recé. «Por tu preciosa sangre, Señor…». Rogué tan dentro de mí que apenas alcanzo a recordar cuánto tiempo me mantuve bajo el árbol.

Los gritos de Aparecida me sacaron de mis oraciones.

—¡Nazarena!

Abrí los ojos, sobresaltada.

—¿Cantó el turpial, Aparecida? ¿Cantó? ¿Lo escuchaste?

—¡Nazarena, espabila! —Me sujetó del brazo con fuerza—. ¡Mira!

Sobre la sábana blanca, con el pico roto y un ojo herido, el turpial temblaba. Había dejado de ser el rey de la rama y el más bello de todos los pájaros de La Araira.

—¡Te dije que cuidaras la ropa!

Aparecida clavó los ojos en mi vestido.

—¿Qué tienes ahí?

Rebuscó en los bolsillos y sacó las dos piedras.

—¡Nazarena! —Me zarandeó, gritando—. ¿Qué es esto?

Sentí que la sangre me hervía, que el milagro invertido de mis oraciones había acabado en desgracia.

—Yo no he sido. Yo no.

—¡A saber si el pájaro tiene pulgas o garrapatas! ¡Tendré que lavarlo todo otra vez!

Aparecida tiró el turpial al suelo, cogió las piedras y se marchó dando voces. El viento sacudió la jacaranda. Sus flores moradas cayeron sobre el amasijo de plumas amarillas en el que quedó convertido el pájaro de mis deseos. Ninguno de los dos voló, ni las flores de vuelta a sus tallos ni el pájaro de vuelta a su nido. Bendita vino a buscarme con las piedras en la mano. Me miró, negando con la cabeza. Envolvió el pájaro en un pañuelo y se marchó sin decir nada. Al otro lado, encaramados en lo alto de la verja, los niños reían y chupaban la caña recién cortada. Lloré bajo el árbol. Sentí ganas de arrancarme los dientes y el vestido. Me eché al suelo y me restregué sobre la tierra como las yeguas de Eufrasia. «Por tu preciosa sangre, Señor…».

También cuando murió Leda pasaron cosas con los pájaros. Las jaulas estaban abiertas y desperdigadas por el suelo. Los canarios, los loros, las guacamayas, los periquitos… Todos los pájaros de las Morochas habían desaparecido. En su lugar, encontré un reguero de sangre y plumas. Ni las sillas del jardín, tampoco los rosales, el limonero ni las macetas sufrieron daño alguno. Solo las rejas abiertas sin aparente esfuerzo y los barrotes combados por la fuerza del golpe al caer, como si hubiese bastado arrojarlas para reventar los seguros. Difícil que un gato fuese capaz de descolgar las más altas o incluso doblar los parales. En aquel estropicio había algo tan humano como salvaje, una destrucción selectiva, caprichosa, mostrenca.

«Aparecida», la llamé. La puerta de su habitación estaba mal cerrada. Encontré la cama hecha. Las sábanas, sin una sola arruga, y el camisón de dormir, sobre la colcha. El escapulario colgado del cabecero y el velón encendido. «Aparecida, ¿dónde te metiste?». El mesón de la cocina estaba limpio. La loza, recién secada, y la casa, quieta, como si algo estuviera a punto de hacerla estallar en pedazos. Regresé al patio, buscando a la Negra, a las Morochas, a quien fuera. Nada. Las jaulas seguían en el mismo sitio, vacías. Escuché sonidos en dirección al corral. Era Aparecida, que hacía la señal de la cruz, una y otra vez. Tenía los ojos hinchados y desorbitados. «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo». La llamé. No me contestó. No me escuchaba. «Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús». La zarandeé, pero solo conseguí ponerla más nerviosa. Aceleró el ritmo y siguió rezando a toda prisa. «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén». Tenía los ojos nublados de miedo y el rostro tieso de quienes acaban de ver un espanto. Un aguaitacamino voló bajo junto a los techos de caña. Era la hora de la cacería y de vigilar los huevos escondidos en la hojarasca. Aparecida se giró hacia la puerta del corral, como quien aguarda un ataque, y se acercó a mí, susurrando.

—Llama a Porcia, Nazarena.

—¿Qué pasó en el patio? Las jaulas están rotas y vacías. ¿Quién se ha llevado los pájaros?

—Shhh. Baja la voz. —Miró atrás, otra vez—. Que nadie te siga. Apúrate.

La luz de las lámparas de gas hacía parecer serpientes a los helechos, y a la pesada mecedora, una silueta abatida. Atravesé el corredor y golpeé con los nudillos la puerta de la habitación de Porcia. Una, dos, tres veces.

—Soy yo, Nazarena. —Llamé, otra vez—. Porcia, despierta.

Abrió, malencarada.

—¿Qué quieres?

—La Negra dice que vayas al patio. Está muy asustada.

—Lo que estará es muy borracha, seguro. A ver qué es lo que pasa.

Cerró su habitación con un portazo.

—Porcia, no hagas ruido.

—Cállate, Nazarena.

La seguí, cabizbaja, por todo el pasillo. Aparecida seguía en el mismo lugar, ausente, convertida ella también en una jaula vacía. Señaló la puerta del corral. Porcia miró el suelo y dio un repaso a los muros con la mirada. Yo tampoco encontré nada distinto. Ni una huella ni una mancha sobre la cal limpia. Avancé unos pasos detrás de Porcia, con un fanal en la mano. Porcia parecía, ahora sí, preocupada.

—¿Qué pasa?

—Míralo por ti misma. —Aparecida señaló el corral—. Asómate.

Porcia se cerró la bata.

—Ve tú adelante, Nazarena. ¡Alumbra bien!

El camino desde el patio hasta el corral estaba cubierto de plumas y guano. Olía a gallinero. A jaula inmunda. Tenía que alumbrar hacia abajo y hacia delante. A mis pies y al frente. Apenas podía distinguir lo que pisaba. El suelo lucía húmedo y viscoso. Bajo el halo de luz apareció primero el cuerpo del guacamayo azul. Le faltaba la cabeza. Unos pocos pasos después, los dos loros de Natalia y Amelia aparecieron también decapitados. La lámpara

resbaló y cayó sobre un pico arrancado que los bachacos arrastraban hacia su nido.

—¡Porcia! ¿Qué es esto? ¿Lo ves?

Bajo el sombrajo del corral, arropados con un paño, los dos canarios, también sin cabeza, eran devorados por las avispas. Sus cuerpos parecían rellenos de estambre. Al canario más pequeño los insectos le convirtieron el pecho en un cráter rojo. Su corazón diminuto brillaba bajo la luz de keroseno. Si hasta del hoyo de su pecho salían hormigas.

—¡Nazarena, espabila! —La voz de Porcia devolvió al corral su aspecto sucio y estropeado—. ¡Gírate! ¡Ilumina el tanque! ¡Hay demasiada agua en el suelo!

Una charca parda se abrió ante nosotras. Agua sucia derramada sobre el piso de tierra. Agua estancada que las lluvias hacían crecer hasta rebasar el muro. En el centro, con el camisón blanco abombado, el cuerpo de Leda flotaba boca abajo, ahogado en su sopa de ramas y cabezas de pajaritos arrancadas a mordiscos. A mi hermana la vi muerta, pero no muriendo. Prefirió ahogarse a seguir viva entre nosotras. «Las que se ahogan con el camisón puesto nunca salen del purgatorio». En La Araira murmuraban. «Puede incluso que no acaben de estar vivas ni tampoco muertas». Hablaban. Y hablaban. Y hablaban. «Atrapadas del otro lado, las ahogadas y las monstruas emergen desde superficies insospechadas». Mala suerte. Mal de ojo. Mal asunto. Mal fario. Mala madre. Mala hija. «El espejo, la fuente, el vaso, el río, la charca». Las vocecillas podían salir de cualquier parte. Las vírgenes, las ánimas, las viejas, los curiosos, el cura. Bendita llegó a tiempo para el entierro. Lo celebramos a puerta cerrada. El cura no fue, ni falta que nos hacía. «Meapilas malnacido», murmuró nuestra madre. Enterramos a Leda en el nicho que correspondía a Inocenta Núñez Núñez en el panteón familiar. La arreglamos Aparecida, Bendita y yo. El pelo recogido en una trenza. Una bata blanca sencilla. Sin zapatos, metida en su caja de madera. Echaron tierra sobre ella y la taparon con una placa de cemento, en la tumba donde también descansaban nuestro padre y sus dos hijos recién nacidos muertos. Volvimos a casa por el Camino Real. Nadie en el pueblo se acercó.

Solo las Libertadoras vinieron, vestidas de negro, y dejaron un ramo de cayenas rojas prendido de la ventana. Para acallar los cuchicheos —que si el suicidio, que si la tragedia, que si esa casa es rara, que cómo pasan tantas cosas terribles, que si la madre algo habrá hecho en otra vida que lo está pagando en esta—, Porcia mandó a cubrir el estanque e hizo quemar la tierra del corral con keroseno. Qué tonta, Porcia, como si algo pudiese volver a crecer en este solar sembrado de pájaros muertos.

Una jaula abierta pende de la rama del campano. Sus barrotes están oxidados. Dentro no canta ningún pájaro y un columpio vacío chirría empujado por el viento. Brígida se trepa y de un zarpazo la arranca. Conoce esa jaula. La ha visto. La recuerda. En ocasiones, a Brígida se le hace confuso el mundo. Piensa que se repite; que ocurre dos veces. En otro tiempo. En otro lugar. Incluso aquí, bajo el campano, hasta las sombras parecen familia.

Un viento frío le eriza el pellejo, le levanta cada poro de la piel. Brígida coge la jaula con las dos manos y examina las barras herrumbrosas. Es grande y acampanada. Está hecha para encerrar, para mantener en cautiverio, para retener al que está dentro y proteger a los que están fuera. Su forma y tamaño dependen del recluso. Brígida siente que su cuerpo también se ha hecho jaula, que el pellejo quemado es una gayola que la recubre y precinta. No quiere vivir dentro de sí misma, como el pájaro no quiere cantar entre barrotes. Pero lo hace porque no conoce nada más. No tiene adónde ir. Ahí, bajo el campano, no la va a conseguir nadie. Ni las internas ni las monjas, tampoco los enfermos que le piden agua a cada rato y se pegan a ella para que les limpie las llagas. Su vida tiene cerrojo. A diferencia de los animales de compañía, que alguien pudiese encerrar por afición o deleite, Brígida no canta, tampoco se trepa como los periquitos. Sin embargo, no es del todo humana la habitación de su cabeza. Es hija y nieta de alguien, lo sabe. En algún lugar nació. Y, sin embargo, nadie la busca, nadie la recuerda, al menos no en este mundo. Tiene por certeza sus cicatrices y por parentesco ocho mujeres colgadas de un árbol. Le ha dado por pensar que ellas tienen algo que ver con su vida. Se le parecen y se le aparecen. Piensa muchas cosas Brígida frente al campano mientras sujeta la jaula. Escucha pasos rápidos y el crujido de las

hojas cuando las pisan las alimañas. Seguro andan por ahí las iguanas. Si consigue atrapar una, la meterá en la jaula y se la llevará a Mendito. «Ahí hay una». Puede verla, agazapada en la hojarasca. La iguana se toma su tiempo. Brígida la observa, vuelve a dejar la jaula en el suelo, abre la puerta y espera. Sin recompensa, el animal no entrará. Acabará por marcharse. Brígida suspira, resignada. No vendrá el lagarto si no le ofrece algo. Bajo la copa del campano, aguarda una señal, un signo, cualquier cosa que pueda ella ofrecer como señuelo. Nada, ni moscas. Espera un rato, escondida. Caen unas gotas. Primero una, después otra, y otra más. Alza la vista. No encuentra de dónde provienen, pero se estampan en el centro de la jaula. El animal se acerca, ahora sí, y olisquea. Crujen las ramas, tiemblan las tamujas. La iguana muestra su cresta. Anticipa con el cuerpo la humedad a la que se aproxima. Las gotas caen más deprisa, el lagarto se confía y al fin entra. Cruza la puerta herrumbrosa, lentamente. Tan grande es su cuerpo que sobresale la cola. Disfruta la iguana del goteo, cada vez más intenso, que cae con energía. Alza la mirada Brígida y ve dos piernas balancearse. Es otra muertica, que riega la tierra orinando desde su horca. Hoy solo está ella. Ninguna más la acompaña. Se aleja unos pasos y, cuanta más distancia toma del árbol, más grueso es el chorro que mana de entre las piernas. Pasa de hilo a caño, a grifo abierto. Apenas puede verle el rostro, porque una melena abundante le esconde la cara por completo. Debería coger piedras y lanzárselas, para que despierte de una buena vez y le diga qué quiere, por qué la persiguen ella y sus parientas, qué buscan apareciéndose como una penitencia. Quiere Brígida hacerle daño como ellas se lo hacen, quiere arrancar piedras bajo la tierra si es preciso, para sacarlas de su cabeza. Y aunque lo desea con todas sus fuerzas, no lo consigue. Lleva la muertica un vestido color azul virgen del que chorrea una lluvia que solo existe entre sus piernas. La iguana permanece en la jaula. Da marcha atrás Brígida, esperando cualquier cosa, la peor posible, pero nada ocurre: no despierta la muertica, no abandona la iguana su celda, no se abre en dos la tierra ni acuden los zamuros a sobrevolar el campano. Brígida retrocede sin dar la espalda. No atina siquiera a hablar ni a rebelarse, tampoco a gritar ni a maldecir, algo muy potente sale de

esa virgen que mea, y no son orines lo que la empapa y la paraliza, es una tristeza, algo parecido a la desolación. Brígida quiere marcharse, dejar atrás El Guarapo, y la vida si hiciera falta, para que no la alcancen sus muerticas. Justo cuando está a punto de echar a correr, esta vez sí a toda velocidad, se da de bruces contra un hombre forzudo. No sabe ella si está muerto él también, si acaso la sigue o la ha visto merodear por ahí, buscando lo que no es suyo ni se le ha perdido.

—¿Estás bien? —le pregunta—. Si hasta parece que has visto un fantasma.

Brígida niega con la cabeza.

—No ¿qué? —insiste él—. ¿No estás bien? ¿No has visto un fantasma? No ¿qué?

Brígida mira hacia atrás. La mujer ha desaparecido y la iguana también.

El hombre mira en dirección al campano.

—¿Viene alguien persiguiéndote?

Ella niega, otra vez. El forzudo está viejo, pero aún tiene vigor. Su mirada es añeja y hosca.

—¿Aún vives con las internas?

—Siempre he vivido ahí —contesta, tajante—. ¿Por qué tendría que haberme ido?

Brígida se pone en marcha sin despedirse. Regresa a El Guarapo andando, dándose de cuando en cuando la vuelta para buscar a las muerticas, pero no ve a ninguna. Solo la silueta de ese hombre avanzando en dirección contraria a la suya, quién sabe si él está vivo o muerto. A mitad de camino cae en la cuenta. ¡La jaula! Se la dejó ahí, a los pies del árbol. Pero a Brígida el tiempo no le sobra. Tiene que volver, cuanto antes. Hoy las internas limpiarán el patio y quemarán los hierbajos. Ha de estar a tiempo, para que no la castiguen por llegar tarde y la obliguen a ella a encender el bidón de gasolina para prenderles fuego a los panales del techo. Eso sí que no. Brígida puede vaciar las letrinas, limpiar escupideras, duchar a los enfermos, consolar a los infelices, matar serpientes con creolina, deshojar el plátano… De poder, puede ejecutar cualquier tarea menos esa, justo esa: quemar nidos de avispas.

Llega Brígida a El Guarapo temblando como un papel y pide ayuda a su gitano, que a esa hora merodea por la plaza buscando a quién timar.

—No quiero que me obliguen a quemar el avispero —se queja.

—Enséñeme dónde están las avispas esas.

Aunque su gitano la cubra de alhajas, aunque robe para ella una polvera o le abra los labios con los dedos llenos de tierra y grasa, Brígida sigue inquieta. La candela le come la piel, le prende los huesos, le quema los dientes. Para calmarse, piensa en el río, pero entonces le viene otra vez el ahogo.

—¡Santita, tranquila! Confíe usted en el gitano. Me conozco todos los trucos.

Brígida está asustada. Cree que tiene el diablo en el cuerpo.

—Ay, que se me sale la lengua. Que no puedo más. ¡Mírame la lengua, Mendito!

El gitano la mira mientras saca del bolsillo sus tumbarranchos, pero antes la besa. Le atornilla la lengua en la boca, la taladra hasta la garganta. Luego canta, a todo pulmón:

—¡Lengua viperina, Santita! ¡Lengua impertinente! ¡Mire cómo se mueve, que eso a mí me entretiene!

Mendito se echa a reír. Se recuesta sobre Brígida.

—Enséñeme dónde está el avispero. ¿Por aquí abajo? —Le toca entre las piernas.

—Saca la mano, gitano. Esto es serio, muy serio.

Brígida se acomoda el vestido, se cubre el pubis y rezonga. El muchacho se arregla los rizos y se sube la bragueta.

—Entonces enséñeme de una vez dónde está el avispero. Que yo le quito esa preocupación. ¡Soy un mago, un artista!

Brígida corre al patio de las internas y señala con el índice un panal en la esquina del techo. Mendito cuenta varias pipas de arcilla. Quince, acaso veinte. Juntas forman un nido enorme. A saber cuántos huevos hay ahí dentro.

—Pero si son nidos de alfareras, las culonas.

Brígida chista.

—Cállate, Mendito. Te va a oír la superiora.

—Ni que fuera Dios, que todo lo ve y todo lo oye.

—Cállate. Esa es su ventana.

A Mendito se le encienden los ojos de puro gusto.

—¿Duerme ahí?

Brígida asiente.

—¿Y por dónde se sube? —El gitano la mira, malicioso.

—¿No querrás darle cocuy a ella también? —Brígida tuerce el gesto.

—El cocuy es solo para usted. Lléveme hasta allá arriba, que en el camino le voy contando.

—A mí no me metas cuentos chinos.

—Lo que le voy a meter es otra cosa… ¡Si es que tengo en la mente el gran teatro del mundo, Santita!

—¿Qué teatro del mundo, gitano?

—¿No lo oye, Santita? ¡Bum! ¡Bum! ¡Hasta aquí me llega la pólvora! —Mendito se saca varios petardos del bolsillo—. ¡Que comience la función! ¡Porropopón! ¡Porropopón! ¡Popón! ¡Popón!

Con el mecate de subir y bajar al arcángel del pesebre, Mendito formó racimos de cartuchos de pólvora. Le tomó tiempo preparar su plan, pero consiguió sacar del aprieto a Brígida, que ya no tendría más nunca que limpiar los nidos prendiéndoles fuego. Colgado del tejado, justo entre la ventana de la superiora y el avispero, cada día fue añadiendo un tumbarrancho nuevo. Los empató todos con una mecha larga que dejó caer al suelo y la guardó escondida hasta el día del Corpus, la fecha en la que todos en El Guarapo salen a bailar vestidos de diablos.

—Eso está hecho, mi Santita. Cuando salgan los diablos, le prendemos fuego al avispero. Y listo.

—Fuego no, Mendito —repitió ella, poseída—. ¡Eso sí que no!

—Cálmese, princesa. Déjelo todo en mis manos. Yo la voy a sacar a usted de este mal trance.

Durante tres días se juntaban los demonios de Orituco, Patanemo, Tinaquillo y San Millán para ofrecer culto al Santísimo Sacramento. A veces se les unían los de los pueblos vecinos: Yare, Ocumare y Tumeremo. Acababan todos hediondos a alcohol, restregándose en honor al Santísimo. Mendito se llevó su violín a cuestas y se apostó en la esquina del patio de las internas.

—Irazuzta, preciosa —impostó voz de galán—. Ven aquí, que te voy a contar una cosa.

La chica, una rubia gruesa y pechugona, se hizo la loca.

—No te hagas la dura, Irazuzta. Ven acá.

—Ni lo sueñes. Si Brígida me ve hablando contigo, me lleva por los pelos.

—Le va a partir la boca como lo hizo con Úrsula —remató una interna coja y metiche—. ¡Al novio de Brígida ni con el pensamiento!

—¡Qué dices, mujer! —las embaucó Mendito—. Si estoy buscando quien me ayude. Estoy preparando una sorpresa para mi Brígida.

Las niñas se miraron, recelosas.

—A cambio de un favor, les puedo regalar una cosita. —Mendito sacó una chapa del bolsillo y la frotó contra el pantalón—. Miren bien lo que tengo aquí. Un fuerte de plata.

Se abalanzaron las mozas sobre la moneda.

—¡Tranquilas! —Escondió rápido la hojalata—. ¡Primero hay que ayudar al gitano!

Las muchachas se cruzaron de brazos, a la espera de instrucciones. A la plaza comenzaban a llegar los monigotes con la cara pintada, gente cubierta con máscaras de diablo y cuernos de toro, también las mujeres disfrazadas como burriquitas y los hombres vestidos de negrita, con la bemba pintada de rojo. Olía a merecumbé, comino y aguardiente. A sudor y a cuero de tambor.

—Cuando los diablos de Tinaquillo empiecen a bailar —Mendito arrancó con las instrucciones—, ustedes suben donde la superiora. Saben cómo llegar, ¿verdad?

Asintieron las dos, sin quitar los ojos de la moneda.

—Muy bien, así me gusta. —Mendito bajó la voz, para imprimirle dramatismo—. Suban con mucho cuidado, que nadie las vea. Llegan allá arriba, cierran con seguro la puerta y bajan corriendo. Asegúrense, claro, de que la mujer esté ahí.

—¡Primero danos la moneda! —se adelantó la coja, que además de fea era avariciosa.

—Cuando bajen. —Mendito hizo una pausa y levantó el dedo—. ¡La que llegue primero se queda el fuerte!

Las internas se inspeccionaron la una a la otra. Nada más poner un pie en la plaza los diablos de Tinaquillo, las dos echaron a correr escaleras arriba. Después de mirarles un buen rato el culo, Mendito se deslizó entre las comparsas y encendió la mecha con una cerilla. El fuego prendió con fuerza y recorrió el mecate en un santiamén. Le dieron duro los tamboreros al repique, tanto que, cuando estalló el primer petardo, la gente apenas notó el ruido. Mendito sacó el violín del estuche y, nada más tocar dos compases de *Los cuatro muleros*, voló en pedazos la primera mitad del panal. Llovieron trozos de arcilla sobre la multitud bailona, que más pendiente andaba de la zumbadera que de la colmena en llamas. Tardaron algo más las avispas en llegar a las habitaciones de la superiora. Se juntaron hasta formar una nube oscura, alborotada por el fuego, el humo y el ruido. Mendito se relamía pensando en el aguijón clavándose en la carne fofa de la monja, que seguro le daba también lingotazo al vino de consagrar. Cuanto más perversa su ensoñación con el sufrimiento ajeno, mejor tocaba el gitano, productor y hacedor de cualquier forma de belleza. Él, estaba seguro, era un maestro del engaño, el urdidor de la fantasía y el caos.

—¡El gran teatro del mundo! —gritaba mientras deslizaba el arco sobre el violín con energía.

No fueron tan listas las secuaces. Cerraron la puerta sin seguro y la superiora logró salir. Hinchada, pero aún en buen estado, llegó dando gritos entre los diablos danzantes, que la aplaudían sin pensar en las cicatrices de la destocada monja, que sacudía los brazos repletos de picadas. Mendito guardó el fuerte de plata —el trozo de hojalata— en el bolsillo y se marchó sin llamar la atención. Que la coja y la gorda arrearan. So tontas. Su Brígida ya no tendría que quemar el panal. Él, por su Santita, lo que hiciera falta.

—Está todo arreglado, Santita. —Mendito se sacudió las manos en el pantalón—. Ya mi reina no tendrá ni que oler el keroseno. Ya no hay avisperos ni nada que se le parezca.

—¿Qué has hecho? —Brígida se abalanzó.

—Magia, Santita. Pura magia.

Para embaucar no hacía falta más que ingenio y a Mendito le sobraba. Era un ladronzuelo rápido. Tenía buena memoria y prestaba

atención a todo, por pequeño que fuese el detalle. De entre los mozos de El Guarapo, él era el único que se tomaba en serio los desvelos de Brígida. No había llegado a contarle a él lo del campano, pero sí otras cosas: el olor de las ampollas cuando explotaron, las cataplasmas que le ponían las monjas sobre las quemaduras, la fecha de cumpleaños que le inventaron.

—Y de la casa de la que te sacaron, ¿recuerdas algo? —le preguntó Mendito la primera vez que le vio las piernas quemadas.

Brígida sacudió la cabeza. Mentirosa. Sí que se acordaba. No había día en que no viniera a su mente el corredor en llamas, repleto de jaulas vacías y mujeres gritando. El ruido de la madera del techo viniéndose abajo. El olor a chamusquina. El picor en los ojos.

—Mejor cuéntame tú algo, Mendito —le cambió, brusca, el tema —. Saca el violín, anda. Háblame de Buenos Aires y de tu amigo el poeta. ¡O mejor! Háblame de tu familia…, ¿no te queda nadie allá?

—Mi familia es usted, Santita. Y la cruz de mayo cuando la visten con claveles, los pájaros cuando cantan, este rancho y estos matorrales.

Mentía él también. Pegadito a su memoria seguía el canto del ruiseñor.

—¿Sabe usted cómo me llamaba mi abuelo, Santita?

Ella se encogió de hombros.

—Ruiseñor, porque yo no paraba de tocar el violín.

—¿Vive todavía?

—Ya no. —Sujetó el mástil con su izquierda y con la derecha deslizó el arco—. Yo mismo lo rasuré antes de morir.

—El Ruiseñor. —Sonrió.

Para aquel hombre que regentó el café Pasajes, al que acudían a diario músicos y artistas, su libérrimo nieto era idéntico al ave cantora: fuerte, dotado de una gama impresionante de silbidos y gorjeos y, además, inquieto a todas horas, incluida la noche. Con Mendito no existía el silencio. En la caja de madera de su violín, cree Brígida, caben todos los pájaros del mundo. Por eso, cuando Mendito ensaya sus trinos e interpreta sus valses, a ella le entran ganas de bailar en un campo sembrado de flores. Brígida quiere a Mendito porque él le presta sus recuerdos. Él está hecho de la tierra

que a ella le falta. Brígida solo atesora el hoyo de la verdad de su cuerpo: piernas chamuscadas, la memoria borrosa del fuego, la fruta agria de las internas y la jaula vacía de su nombre. No tiene Brígida memoria anterior a sus cicatrices. Y si la tiene, es poca y fea. Lo más parecido a un recuerdo propio es el aroma a vinagre con el que las internas le empapaban el cabello para matarle los piojos.

—Vente a vivir con el gitano, Santita.

—Ni hablar.

Mendito apura sus desvelos de parranda en parranda, a medrar empieza muy pronto en el día y sueña sus disparates hasta muy tarde en la noche. Canta Mendito en el centro de la plaza mientras el diablo se casa y llueve con sol. Templa el gitano las cuerdas de su violín, las hace cantar con la yema de sus dedos. Incluso cuando se ha ido, Mendito la acompaña. Lo prefiere así, él por su cuenta y ella por la suya. Aunque a veces se lo piensa y se pregunta si no estaría más segura a su lado. Si no dejaría de ver cosas donde no las hay. Una noche, al cruzar hacia el campano, hedionda a cocuy, encontró la jaula olvidada al pie del árbol. Estaba vacía. Escuchó un ruiseñor. Pensó Brígida que Mendito la seguía para burlarse de ella. Cuanto más se acercaba al árbol, más nítido el canto.

—Deja ya, Mendito. Sé que eres tú —gritó Brígida pensando que él contestaría, pero el gorjeo siguió—. Para ya, Ruiseñor.

Entonces, un cañonazo de luna dejó a la vista una rama de la que colgaba una mujer de dos cabezas. Atada de pies, con ambos cráneos colgando de un mismo pescuezo, la réplica de una mordisqueaba a la otra, luchando hasta despedazarse los rostros y deshilacharse las bocas. Se quitaban la palabra. Se desheredaban la una a la otra. Habitaban un mismo cuerpo. «Dios te salve, Brígida, plena eres en la desgracia», le recitaban las dos cabezas. Cuatro ojos de turquesa y pirita, encajados en la piel oscura y pellejuda, refulgieron como insectos desde lo alto del árbol. Aquella noche Brígida no llevaba piedras en los bolsillos. Cogió la jaula vacía y echó a correr en dirección a los matorrales, de vuelta con Mendito. De la vida que la precede, Brígida apenas conoce la fragua. Algo que ardía muy atrás, incluso antes que sus recuerdos. Llegó al rancho sin decir palabra, dejó la jaula fuera. Adentro, el gitano dormía, borracho de

tanto aguardiente. Lo miró roncar y alzar las manos. Estaba inquieto, como quien atraviesa una pesadilla.

Esa noche, Mendito soñó con una mujer de seis pechos tumbada junto a una jaula abierta. Pegadas a su cuerpo, seis onzas negras se amamantaban de ella hasta hacerla gritar de placer. Sorbían los pezones rígidos como garfios y sus lenguas recorrían las aureolas oscuras encendidas sobre la piel. Tenía el cabello recogido con un moño en lo alto de la cabeza y se dejaba lamer con los brazos extendidos, ahuecando la axila en cada estremecimiento. En lo más profundo de su pesadilla, el violinista de bravura estaba enjaulado en un cuerpo humano, deseoso de saltar a la camada como uno más de sus hambrientos hermanos.

—¡Brígida! —gritó el andaluz al despertarse.

Espabiló Mendito y se asomó a toda prisa hacia los matorrales. En lugar de la nodriza, Brígida yacía tumbada junto a la jaula, al menos una muy parecida a la de sus fantasías.

—Palpito entre dos vidas, Santita. Apenas distingo lo que vivo de lo que sueño.

Brígida lo miró, sin entender nada.

—¿De dónde sacó esta jaula, Santita?

—Se la robé a un forzudo bajo el campano —mintió.

—¿Forzudo? ¿Cuál forzudo, Santita? ¡No dé sustos a este gitano!

Brígida se pavoneó, coqueta.

—No me cambie por otro, Santita. Dígame de una vez, ¿quién es ese forzudo del que me habla?

—Yo tampoco lo sé, Mendito. Pero él sí que sabe quién soy yo.

Los dos hombres bajan al fin del Cadillac. Uno se acerca a la casa. El otro permanece apoyado sobre el capó. Mi cuerpo entero tiembla bajo el camisón. A quién buscan. Qué quieren. El que espera es alto. Lleva sombrero negro y traje también oscuro. El que se mueve lo hace lentamente. No muestra intención de entrar, tan solo se desplaza. Quizá los ha citado Porcia, pero ella no se asoma todavía. Lleva rato en el despacho, haciendo cuentas, cuadrando facturas. Se la pasa mandando. A Porcia no la conocen en el pueblo por ser la mayor de la familia, sino por su capacidad para comerciar. Puede que sean abogados y los haya llamado para contratar sus servicios. Mi hermana es un dios iracundo, capaz de crear y destruir con la misma virulencia. Inventa y dispone sin consultar a nadie. Fue ella quien gestionó la concesión de venta de sellos postales de La Araira. Fue ella quien puso en marcha un reservado para invitados en el comedor principal de la casa. A Porcia, como al general Núñez Núñez, le gusta la pompa. La enterrarán, seguro, con sus abrecartas y sus cucharas soperas. Maldita Porcia, demonio, Belcebú. Por idea suya, nuestra casa se convirtió en el único lugar del valle donde podían alojarse los comerciantes con buenas referencias. Se le ocurrió a mi hermana tras la muerte de papá. Como apenas comíamos juntas y mamá estaba siempre enclaustrada en sus delirios, pocas veces usábamos el comedor de veinte asientos que nuestro padre encargó en vida. Así que ella decidió darle uso y sacar provecho económico cuando conviniese, pero sin faltar jamás a sus estrictas reglas. Hasta no hace mucho recibíamos invitados como signo de estatus. Además de la desgracia, con nosotras solo podían mezclarse aquellos a quienes Porcia concediera la venia. Ninguno de esos hombres que aguardan junto al Cadillac tiene la percha que ella exigiría para dejarlos entrar en casa como huéspedes. Parecen más

bien empleados. Gente que espera una instrucción específica. Huele a la hoguera que Eustoquio ha hecho en el patio con las ramas del tamarindo. Arden bien los árboles cuando ya están secos. Por eso queman los ingenios antes de las lluvias. El vendedor de ojos llegó a La Araira un día como este. Justo en el segundo incendio de mayo. Aquel hombre no se parecía a nadie que yo hubiese visto antes. Vestía un chaleco de paño suave y gafas ligeras encajadas bajo las cejas. Era alto y delgado; el cabello rubio y ligeramente sucio; los ojos azules y una piel blanca impresa de lunares por el sol. Quienes lo vieron atravesar el Camino Real aseguran que avanzó como el fuego. Que apenas miró a los lados y llamó tres veces con los nudillos. «Parecía un ministro». «¡No, no! ¡Tenía el aspecto de un comerciante de clavos y especias!». Le atribuyeron el porte de los ingenieros y topógrafos. «Yo, que lo vi con estos ojos, te lo juro, era rubio como una melcocha». «Si hasta parece que viene de Angostura». Llamó a la puerta tres veces. Se plantó ante el zaguán con ropa limpia y fresca, ajeno al fuego que todo lo devoraba. Emergió de la nada, como expulsado desde nuestras entrañas o imaginado en mis sueños más profundos. En casa de las Vicentas, una piel como la suya solo podía invitar a la esclavitud o la locura. Incluso a las dos.

—¿Porcia Della Vincenza?

Negué con la cabeza.

—¿Quién la busca?

—Klaus Krugman.

Se quitó el sombrero e inclinó la cabeza. Un fuerte olor a colonia me taladró la nariz.

—Me han dicho que, en esta casa, a los visitantes con credenciales y recomendaciones les alquilan una habitación.

Extendió un papel firmado por la Guipuzcoana con fecha de esa semana. Hablaba con el mismo acento áspero de los ingenieros del ferrocarril. Su boca era un carnaval. Duplicaba las eres por erres y transformaba la ese en zeta. Acaso porque los vendía, sus ojos parecían arrancados de una estatua. Eran grandes y azules, profundos como si dentro de ellos nadaran ballenas.

—No está. Solo ella puede darle detalles sobre las habitaciones.

El hombre asintió.

—¿Y usted…?

Negué con la cabeza.

—¿No tiene nombre?

—Soy Nazarena, su hermana.

—Entiendo. —Esbozó una media sonrisa—. ¿Y qué podemos hacer?

—Usted, esperarla aquí. —Señalé los muebles del zaguán—. Yo mandaré llamarla.

Klaus Krugman, cristalero, optometrista y comercial de Wetzlar y Zeiss —como se presentó él—, se alisó las arrugas del traje con la mano. Una hebra de caña chamuscada aterrizó sobre su frente. Cuando intentó limpiarla, la ceniza dibujó una mancha entre las cejas. El valle se deshacía ante su presencia. La respiración de aquel sujeto agitaba las hogueras. Prendía los cáñamos, encendía de amarillo los guayacanes. Ahí, sentado en el sofá de las Vicentas, el vendedor de ojos adelantó la llegada del fuego al valle.

Cada vez que los productores de ron prenden candela a la caña inservible, La Araira se vuelve un guiñapo. El polvillo negro tizna las cortinas y al pueblo entero lo recorre el vapor del papelón que las mujeres ponen a hervir en calderos renegridos por el uso. Los restos del cáñamo quemado cubren las macetas y las lagartijas corren a los zaguanes para refugiarse de las llamas. La Araira vive una semana entera cercada por un viento sofocante. Todo arde dentro y fuera de nosotros. Aquel domingo, el del incendio, el mismo en el que el vendedor de ojos bajó en la estación de tren buscando un lugar para pasar la noche, supe que nuestra vida no sería la misma. Que algo mucho peor que el fuego se nos echaba encima.

—¿Es usted vendedor? —Porcia removió el café con la cucharita.

—Podría decirse que sí.

—¿Es o no vendedor?

—Lo soy.

—¿Y qué vende, entonces?

Krugman sacó una caja de madera de su maletín y con un gesto teatral la colocó sobre la mesa.

—Ojos. Yo vendo ojos.

El agente comercial de los cristales de roca de San Ildefonso y representante de los fabricantes de microscopios Wetzlar y Zeiss retiró el paño de terciopelo y descubrió ante nosotras un artilugio de cuero, bronce y espejo.

—Guarde eso, señor Krugman. Puede romperse.

—Es una versión mejorada del monocular. Está hecho para resistir a cualquier cosa y su cristal, mucho más preciso, asegura mayor nitidez. Con esto, los ingenieros pueden mirar al detalle el trazado de las vías del tren desde muy lejos, con un campo visual de más de mil metros.

Natalia y Amelia se abalanzaron para probarlo. Krugman las instruyó en la forma de usarlo. Se asomaron a la ventana para comprobar sus prestaciones.

—¡Mira, Amelia! ¡Si hasta puedo tocar el molino de agua!

—¡Dame, yo también quiero verlo! —Intentó arrebatárselo.

—Silencio todas —bramó Porcia—. Sean educadas.

Se removió en su silla, muerta de ganas ella también de mirar a través del monóculo.

—¿Quiere probar? —Krugman se dirigió a mí.

—Ya está bien de tanto aparato —interrumpió mi hermana mayor —. Estamos hablando de cosas serias.

Un silencio incómodo y rocoso se instaló en la sala. Las Morochas dieron un paso atrás y Krugman se ajustó las gafas.

—¿Estas cosas le dan para vivir? —Porcia señaló su maletín y el monóculo.

—A mí y a las compañías para las que trabajo.

—Usted es alemán, ¿cierto?

Soltó una risa desagradable y altiva. Mi hermana alzó la ceja, ofendida.

—No me malinterprete. Me conocen como buen pagador y alguien serio con los contratos.

Krugman abonó el precio de tres días. Durmió en la primera de las doce habitaciones de la casa, la que tenía una salida independiente al zaguán. En esos días apenas habló. Tampoco comió en casa. Entró y salió con sus maletines en la mano, despertando a su paso habladurías, como si en lugar de comerciante ejerciera de

brujo. «Es un farsante». «Trapacero». Los hombres le prodigaban su envidia y desprecio, y las mujeres suspiraban a su paso, dispuestas a hacerse pasar por ciegas si él podía recetarles un cristal graduado. La última de sus tres noches, Krugman se asomó al patio. Me lo encontré encajando el monóculo en su ojo izquierdo, mirando al cielo.

—¿Qué hace?

Se giró, haciéndose el sorprendido.

—Observo estrellas.

Me encogí de hombros.

—Parecen gotitas de leche.

Extendió el monóculo.

—Por eso la llaman Vía Láctea. ¿Quieres mirar?

Me acoplé el telescopio en el ojo izquierdo y cerré el derecho.

—En realidad son cuerpos de fuego y gas. Pero a los literatos les gusta decir que es un camino de leche derramado del pecho de una diosa.

Devolví el monóculo.

—Quédatelo —insistió—. Esta casa me ha dado suerte. ¡He colocado veinte de estos entre los ingleses y los alemanes!

Negué con la cabeza.

—No puedo aceptarlo.

Me miró y soltó una risita antipática.

—¿No te dejan tus hermanas?

—¿Tiene que hacer eso siempre?

—¿Qué?

—Burlarse.

—¿Yo?

—Sabrá de cristales, pero de educación entiende poco.

Me di la vuelta y crucé el patio. Me tumbé en la cama, a esperar a que me entrara el sueño. Olía a jazmín, dentro y fuera de la habitación. Pensé en Krugman. En su traje color hueso. En sus manos lisas y sus dedos sin cicatrices. Las arrugas alrededor de sus ojos lo hacían parecer mayor que mis hermanas. ¿Qué edad tendría? ¿Era cano todo su cabello o solo en las sienes? ¿A qué olía? Salí al corredor y avancé hasta su puerta. Rocé la madera sin barnizar,

toqué el tablón y apreté el pomo con la mano derecha. ¿Estaría abierta? ¿Habría pasado la llave? ¿Dormiría acaso? Pegué el oído, pero un sonido de pasos apresurados me espantó. Eché a correr y me escondí tras la columna. Distinguí en la oscuridad la silueta de espaldas anchas de Heracles Venturi. ¿Otra vez aquí? Entre la puerta de Krugman y los asuntos de Venturi, elegí a Venturi. El relojero avanzó sin titubear hasta el final del corredor. Frente a la puerta del lavandero, sacó una llave del bolsillo. Justo cuando iba a meterla en la cerradura, un macetero de barro cayó al suelo. Venturi se giró, tenso. Movía su cabeza en todas direcciones, intentando reconocer de dónde provenía el ruido. Entonces estalló otro. Y otro más.

—Ten más cuidado. —Vicenta emergió de entre la oscuridad—. Tanto escándalo no conviene a estas horas.

Venturi permaneció quieto, como si en lugar de Vicenta lo olisqueara un león. A punto estaba ella de arrojar al suelo una maceta más cuando él la sujetó por el brazo.

—Haz el favor.

—Esta es mi casa y puedo hacer lo que me dé la gana. —Vicenta bajó la voz—. ¿Le tienes miedo a Porcia?

—Los asuntos con tu hermana no son tu problema…

—¡Por supuesto que son mi problema! ¿Cuál es tu empeño con el registro de la casa? —Ella lo cogió del brazo—. Te he escuchado convencer a Porcia de no sé qué con las escrituras. ¿Qué quieres? ¿Por qué se lo cuentas a ella y no a mí?

Venturi apretó la mandíbula.

—No entiendes ni lo que escuchas. —Zafó el brazo, violento.

—Porcia de tonta no tiene un pelo. Si es capaz de robarnos a nosotras, ¡a ti también!

Vicenta arrojó la maceta contra la pared y se marchó apartando la tierra a patadas. Venturi se agachó a recoger los jarrones despedazados y escondió sus restos entre los matorrales. Se sacudió las manos en los pantalones y, entonces sí, giró la llave de la puerta, entró y volvió a cerrar. Porcia llegó poco después, mirando en todas direcciones, procurando no ser vista. Avanzó en silencio. Esperé, en vano, a que terminara su reunión. Saldrían por la puerta del corral, la de atrás, para no levantar sospechas. Aquella misma noche, de

vuelta a mi habitación, vi a Krugman. Cruzó el zaguán con el maletín en una mano y el monóculo en otra. Atravesó el comedor sin dar aviso y abrió una puerta tras otra siguiendo el camino de clavos de olor que yo misma le dejé para encontrarme. Deteniéndose a cogerlos, se los llevó a la boca y los masticó con fuerza. Al contacto con los dientes y la lengua, los aceites encendieron su saliva. Lo recibí como mis hermanas a sus amantes. Pero el vendedor de ojos, a diferencia de aquellos hombres de carne y hueso, estaba hecho de un material rasposo y brillante. Al recorrerlos con la mirada, se descosieron los botones de mi ropa y cayeron al suelo. Me habló como lo hacen en sueños las vírgenes y los muertos: sin mover los labios ni abrir la boca. Me miró de arriba abajo y se hundió en mi entrepierna. Si a mis hermanas las embestían, a mí me despellejaban. Si ellas soltaban gemidos quedos, yo chillaba como un animal ensartado, me deshacía de furia y dolor. Amanecí bañada en sangre, yo misma hecha un guiñapo. Solo Aparecida lo vio marcharse. Aún no había salido el sol cuando el vendedor de ojos recogió la habitación, entregó las llaves y se fue a la estación del ferrocarril sin desayunar. Dejó una nota, que Porcia leyó con desdén. Al pie de mi cama encontré una caja y un sobre de papel membretado. «Para Nazarena, de Krugman». Era el monóculo. Los clavos ensalivados, aún negros en las baldosas de arcilla, desprendían vapores. Me asomé al patio. Estaba cubierto por una manta de pájaros muertos. Atravesé el jardín y avancé hasta su habitación. La estancia olía a un perfume fuerte. En las sábanas, aún tibias, se intuía el paso del cuerpo de Krugman por nuestra casa. A mi piel lisa la recorría ahora una línea de sangre. Olía de otra forma, manaba de ella el aroma de una herida al frotarse contra una navaja. Yo, Nazarena, la séptima de las ocho Vicentas, tenía un cuerpo nuevo para usar a mi antojo. Sabía lo que nadie. Estaba rota, ahora sí, por dentro y por fuera. A toda prisa, recogí sus sábanas y las mías e hice con ellas una bola de tela. Abrí el chorro para mojarla y froté luego la pastilla de jabón contra la sangre seca. Solo así se borran las manchas vivas, frotando con empeño, restregándolas hasta hacerlas desaparecer.

—¡Nazarena! ¿Dónde estás?

Hundí mis brazos en la batea y fregué las sábanas sucias. Las jaloné y golpeé, como lo hacía Aparecida con la ropa cuando la limpiaba a palos, como las lavanderas nocturnas que espantan a los viajeros en los moriches. Azoté los trapos hasta sudar por el esfuerzo.

—¡Contesta, Nazarena! ¿Dónde te has metido?

Yo seguía a lo mío. Palo que palo, hasta dejarlas bien limpias. La Negra siguió gritando, pero yo ni caso.

—¿Qué haces?

Me sacudió, sujetándome los hombros.

—¿Es que acaso no ves? —contesté, alzando la voz—. Pues lavando.

La criada me miró, como si fuese yo un espanto.

—Estoy haciendo como tú: primero jabón mojado sobre la mancha seca y después restregar. ¡Así, negra, así!

—¡Qué mancha ni qué mancha! ¡Dame acá!

Cogió las fundas y las extendió al sol.

—Hay sangre en las sábanas…, ¿no la ves, Aparecida?

El viento azotó el algodón hasta hacerlo sonar. La sábana brilló, inmaculada, ante nuestros ojos.

—¡Pero si está limpia, Nazarena!

—Claro, negra. Fui yo quien la dejó así. ¿No lo ves?

Cuando Aparecida intentó quitármela de las manos, la sábana cayó al suelo. Su sonido de cuerpo mojado retumbó como una bofetada y la alfombra de pájaros muertos levantó el vuelo sobre nuestras cabezas.

Krugman regresó a La Araira ese mismo año, en agosto, el mes más lluvioso. Ahí donde había provocado incendios a su paso, el vendedor de ojos reverdecía ahora el valle con su humor nuboso y vago. Era frío, metálico, vidrioso, como un instrumento más de su catálogo.

—Esto que ve aquí —Krugman señaló el cristal con su dedo índice— es una lente de aumento.

Porcia lo miró con recelo.

—Acerque el ojo, acérquelo —insistió él.

Mi hermana se asomó de mala gana.

—¿Lo ve?

—¡Cristo! ¡Quite eso de ahí!

—Es una cría. No tema. Está muerta.

—¡Retire eso!

Krugman se encogió de hombros.

—¡Nosotras sí queremos! —Natalia y Amelia se abalanzaron—. ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

Se quitaban la palabra, empujándose. Formaron tal alboroto que hasta Vicenta se arrimó al salón.

—¡Si se ve el aguijón! —Amelia dio un respingo.

—¡A ver! ¡A ver! —Natalia la apartó con la cadera—. ¡Anda! ¡Pero si es un alacrán! ¡Es inmenso!

—La lente hace que se vea así. A simple vista, no lo percibirías.

El vendedor de ojos retiró la platina, envolvió a la cría muerta en un pañuelo y dejó el aparato sobre la mesa.

—El microscopio hace visible lo que pasa desapercibido al ojo humano —empezó Krugman con su cháchara—. Su óptica permite apreciar bacterias, microorganismos, detalles de tejidos… Se vende muy bien.

Porcia recuperó el interés cuando escuchó hablar de dinero.

—Este instrumento —señaló, histriónico— podría servir a un productor de caña para detectar el tipo de plaga que afecta a su plantación, pero también para el análisis de cualquier tipo de muestra…

—¿A quién piensa venderlo?

—A todo aquel que quiera y pueda comprarlo: ingenieros, médicos, investigadores, inversores…

Heracles Venturi interrumpió la visita y se abrió paso haciendo sonar sus llaves, saludó esquivo y se dispuso a dar cuerda al reloj.

—¿Y piensa usted llamar la atención aquí en La Araira con eso? —Porcia miraba de reojo a Venturi.

—No lo pienso, lo despierto. —Krugman se puso de pie, como un maestro de ceremonia—. He venido a entregar varios encargos.

Venturi seguía a lo suyo, rebuscando llaves y apretando mecanismos, pero estaba atento a Krugman. Lo estudiaba incluso con más interés que yo.

—Esta es la mejor versión hasta ahora en el mercado. —El alemán sujetaba el objeto desde su base, como una reliquia—. No hay nada tan preciso como esto.

Comparadas con las de Venturi, Krugman tenía las manos pequeñas y los dedos delgados, con uñas pulcras y recortadas. La piel lisa, como si nunca hubiese lijado una madera o apretado un tornillo. Nada que ver con esas manazas encallecidas de Heracles, que ejecutaba sus movimientos cada vez más bruscos hasta tapar con el sonido de las tuercas la voz del alemán. Krugman se aclaraba la garganta a cada tanto, exigiendo silencio, pero Venturi ni caso.

—Ya que va a quedarse más tiempo —Porcia interrumpió—, quiero presentarle al señor Heracles Venturi, socio de la familia…

—El que le aprieta las cuerdas al alacrán de nuestra hermana —murmuró Vicenta desde la puerta.

Sin darse por enterado, Heracles Venturi estrechó la mano de Krugman con vigor.

—Lo verá a menudo por La Araira —continuó mi hermana—. Es el responsable de los ingenios. No existe asunto de intendencia que Heracles no conozca.

—Alguna cosa se le irá de las manos, ¿no? —Soltó una risita y extendió una pequeña cartulina—. Klaus Krugman, encantado.

Heracles leyó la tarjeta con desdén.

—¿Vive en Dresde?

—No. Es la sede central de la compañía para la que trabajo.

—¿Se queda aquí o visita más ciudades de la zona?

—Vengo de la Costa Oriental. Cada vez hay más campos petroleros. Se venden muy bien los monóculos entre los ingenieros.

—¿Le parecería bien, señor Krugman, que compráramos nosotras uno de esos? —preguntó Porcia, más risueña que de costumbre.

—¿Un microscopio? —El alemán intentó disimular su sorpresa—. El conocimiento jamás es inútil, señora. Con este cristal podría ver y estudiar no ya pequeños insectos, también los pétalos de las flores del jardín, hebras de su cabello o cualquier material orgánico. ¡Sin duda podría hacerle buen precio!

—Listo… —Heracles cerró la caja del reloj—, solo había que subir la pesa. Ya está en hora. Un placer saludarlo, Krugman.

Venturi se marchó haciendo sonar sus botas. Porcia lo siguió con la mirada y retomó su interrogatorio, que el alemán completó dócil y afable, sin atender a las impertinencias de Vicenta, empeñada en preguntar dónde podía conseguir más alacranes para escondérselos a Porcia en las mantillas. «No entiendo por qué te pones así, Porcia. Es solo un chiste».

Krugman prolongó su estancia mucho más de lo que inicialmente contrató. El ambiente en casa era tenso y pesado. Porcia y Vicenta discutían a diario con más saña y por cualquier cosa. La más cruenta de sus reyertas ocurrió mientras yo rociaba las ramas secas con keroseno en el patio. Vicenta, que se dedicó a perseguir a Porcia por toda la casa hasta llegar a la pérgola, le exigió, apuntándola con el cigarrillo humeante, una explicación completa sobre las escrituras de la casa. Nuestra hermana mayor se negó a escucharla y, para abrirse paso, la empujó de un manotazo. El cigarrillo encendido fue a parar al trapo empapado de gasoil con el que yo frotaba el suelo. La estopa prendió enseguida y el fuego me pilló las mangas del vestido. Cuanto más sacudía los brazos, más avivaba la llama. Ni Vicenta ni Porcia vieron lo que pasaba y sus gritos eran de tal magnitud que

tapaban mis llamadas de auxilio. Si Porcia no hubiera mandado a sellar el estanque, yo podría haber metido los brazos en agua. Pero no hubo manera. La candela me abrasó parte de las muñecas y me dejó las manos cubiertas de ampollas. «Todo esto es obra de Judas, que ha venido a buscar las monedas. ¡Culpables ustedes que le abren la puerta!», nuestra madre parecía más agitada y febril en esos días. Aparecida me curó con unas cataplasmas que me mantuvieron inmóvil. Se me iba el día junto al tinajero, viendo pasar a los pájaros. Krugman se detuvo a mi lado. Miró mis manos envueltas en vendas.

—¿Arde?

Asentí.

—¡Cómo no le va a arder! —gritó mi madre mientras cruzaba el pasillo. Inocenta Núñez Núñez se perdió dejando a su paso un penetrante olor a gasoil.

Una hélice de moscas sacudió el aire. El vendedor de ojos guardó silencio. Quise decirle todo. Preguntarlo todo. Saberlo todo. Cuánto tiempo iba a quedarse. Cuándo se marcharía, si es que pensaba hacerlo. Pero me quedé ahí, con las manos en alto, vendadas, inmóviles, mudas. Casi de piedra.

—Nunca le pude agradecer el monóculo ni la tarjeta que dejó para mí —le dije.

Él me miró sin entender. Le hice saber lo de la nota y la caja con el monóculo.

—Lo dejó usted para mí, a los pies de la cama, la mañana en que se marchó de casa.

No recordaba él nada. Al menos no me lo pareció. Yo sí. En mi memoria permanecía todo intacto. Él me preguntó por nuestra madre. Le expliqué que estaba muerta por dentro:

—Yo la maté al nacer.

Krugman no atendió a mis palabras. No se sorprendió ni cambió de lugar la mirada. No alzó la ceja ni tendió la mano. Me interesé por su edad. Dijo tener treinta años. También que hablaba español, inglés, francés e italiano. Que le gustaban los clavos de olor, pero eso ya lo sabía yo. Quise saber por qué había llegado a esta casa. Lo escuché sin moverme. Con las manos tiesas. Quise saber si tenía

hijos. Si lo esperaban. Si era él quien yo pensaba. Si quería quedarse, aunque fuese unos meses. Si existía en verdad ante mis ojos como a mí me lo parecía. La brisa empujó los jazmines. Entró como un soplo en cada costura de mi cabeza. Ensanchó y descosió lo ya atado. Krugman cogió un mango del árbol y le arrancó la piel con una navaja. Limpió la hoja de metal con su lengua y la guardó enseguida en el bolsillo. Me acercó el mango a la boca. Mordí yo primero, él después. Retiró más cáscara. Volvió a ofrecerme. Algunas hebras se quedaron en mis comisuras. Me limpié usando la parte del brazo que no cubría la venda. Krugman sacó un pañuelo de tela y me limpió la boca. Agradecí bajando la cabeza, como una virgen lisiada.

El mango era grande y gordo. Estaba bien hinchado de carne. Con los dientes, Krugman retiró la corteza justa para sostenerlo sin mancharse. Al morder su parte, un chorretón de jugo dulce le mojó el dorso de la mano. Olió de pronto a azúcar y tierra mojada. A vida. El vendedor de ojos chupó su mitad hasta dejar blanca la semilla. Acercó a mi boca la otra mitad. Desgarré con los incisivos, sorbí hasta peinar y limpiar la tumuza. Las ventanas de mi nariz se cubrieron de pulpa. Krugman sostuvo para que yo pudiera seguir comiendo. La melaza caía sobre el vello rubio de sus nudillos. Y cuanto más lenta se deslizaba, más espesa me parecía. Repasé la punta del mango con los labios y recorrí después con mi lengua la palma de su mano. La piel le sabía a metal y a colonia, a dinero. Sorbí la muñeca y subí dando lametadas hasta alcanzar su dedo pulgar. Con las manos en alto, vendadas todas mis ampollas con gasas blancas, chupeteé el resto de sus dedos. Ni Krugman retiró la mano ni yo recogí mi lengua, la dejé crecer fuera de mi boca. La froté para sacarle brillo a esa piel blanca, sin callos, extendida ante mí como una sábana. El dedo índice pringado de azúcar se me ofreció como un tallo de caña dulce, una pausa de carne rica y preciosa que podía coger con los labios incluso mejor que con mis dedos. Él se dejó sorber. Cuando estuvo ya limpio del todo, arrancó el resto de la piel amarilla y apretó el mango con fuerza hasta exprimir y hacerme beber de su mano el caldo dulce de buena entraña.

No hablamos. Cuando aquel hombre me dio de comer y beber de su mano y de su piel, sentí que se me empapaban de sudor la espalda y la frente. Convertidas en muñones de tela, inmóviles por las quemaduras, mis manos me dieron labios nuevos y suaves. Con ellos sorbí sin mesura, sin importar cuánto de aquella tarde duraría en mi memoria o se imprimiría en mi cuerpo. Chupé de Krugman todo lo que él quiso darme. Liso, seco al fin el mango y limpio como una piedra de río, el vendedor de ojos apartó la fruta, abrió una rendija con el filo de la navaja y la empujó dentro de la tierra. Lo vi hundir las manos y empujar sus nudillos sobre el abono. Krugman sembró en silencio y caminó después hasta el tinajero, para lavarse las manos en la pila. Frotó sus dedos con paciencia y se acercó hacia mí. Como yo no podía, desabotonó él mi blusa blanca, la retiró con cuidado de no rozar los esparadrapos con las mangas y la miró a trasluz. En el pecho, junto al bolsillo, la blusa tenía una mancha viva, amarilla como la yema de un huevo. Cogió de nuevo la prenda, la sumergió en el agua y estrujó hasta aflojar el sucio del paño. La extendió para asegurarse de que ya estaba limpia y la colgó en la silla de metal junto al limonero. Su ropa impoluta, blanca como una diana, brillaba bajo el sol de La Araira. Quise mirarlo hasta quedar ciega, bruta ante tanta belleza.

Krugman caminó hasta la pila. Hizo un cuenco con las manos y vino hasta mí, para lavarme las mejillas con cuidado. Las frotó varias veces hasta dejarlas limpias. Con un pañuelo me secó la cara y con el dedo índice ajustó los tirantes del corpiño sobre mis hombros. Examinó luego mi camisa y se sentó a mi lado. Esperó hasta que secara por completo. No habló. No se movió. No me tocó. No me rozó. Aguardó, junto a mí, viendo caer la pelusilla blanca desde la rama más alta y roja del bucare sobre la tierra apisonada de nuestra casa.

El atado de cariaquito y jazmín morado está listo. En el patio aún huele a las hojas quemadas y los hombres del Cadillac fuman de espaldas a la ventana de la casa. Han venido hasta aquí por algo y no me enteraré hasta que lleguen todas mis hermanas. Porque llegarán. Lo harán Bendita y Carmen juntas. Y así podré al fin enterarme. Las Vicentas son longevas y resistentes como los odios. Pero cuando la muerte y la enfermedad se oponen a los designios y deseos de Porcia, dueña y señora de toda desgracia y dolor que puede causarse a otro ser humano, cobran vida los planes más drásticos e inesperados. Me temo lo peor. Así pergeñó Porcia el enlace de Bendita con Michele Bramante, dueño del aserradero de La Araira y proveedor de madera para las barricas del ingenio de Palo Negro, un negocio nuevo que mis tíos Renato y Lulo llevaban con la ayuda de Heracles Venturi. Porcia preparó una comida en honor a Bramante, sirvió el mejor ron de nuestros alambiques y se instaló entre mi hermana y su pretendiente. No paró hasta conseguir una próxima visita. Michele, que le saca a Bendita diez años, tenía aspecto gelatinoso, aunque era educado y prudente, una mole sin atributos.

—¿Qué te parece Bramante? —Porcia no daba tregua. Día y noche se buscaba alguna excusa para que nuestra hermana descubriera algo nuevo de aquel hombre.

—Es amable. —Bendita daba rodeos—. Amigo de Heracles, ¿cierto?

Porcia asintió.

—A nosotras sí nos gusta. —Natalia y Amelia pelaban vainas de tamarindo en la ventana.

—Hasta donde sé —Vicenta sacó un cigarrillo de su pitillera de plata—, ni Bendita es contrahecha ni tiene ningún defecto. ¿Por qué

hay que casarla con el primer sapo que pase?

Porcia respiró fuerte. Vicenta aprovechó para hacer sangre.

—¿Y a santo de qué Heracles se ha hecho el casamentero en este asunto?

—Vela por nosotras —dijo Natalia.

—Sí, eso. Vela por nosotras —insistió Amelia.

—¿Por nosotras? —Vicenta alzó la voz—. Será por Porcia.

Mi hermana mayor la cortó en el acto.

—Quien vela por todas soy yo. Sin mí esta casa se habría venido abajo.

Vicenta se puso de pie, insolente, y abroncó a Porcia.

—A la hermana que no puedas casar para quitártela de encima, la vas a volver loca, ¿verdad? Mejor nos envenenas y listo.

Cuando Bramante regresó de su viaje por las minas de carbón de las que era concesionario y principal explotador, celebraron la ceremonia religiosa en una capilla que el italiano mandó a construir. Heracles Venturi ejerció de maestro de obras e ingeniero del nuevo templo. Una vez que Nuestra Señora de San Miguel estuvo lista, y en señal de respeto por los primeros diez años de mando del Benemérito y Padre de la Patria, los tíos Lulo y Renato tuvieron a bien invitar al General y a su familia. Al acabar la boda, el Benemérito saludó a la pareja desde un carro tirado por caballos que desapareció en la polvareda de La Araira. Nos bendijo como al ganado. Ese día, bajo el campano junto a la iglesia, nos hicieron una foto a las ocho hermanas juntas. Bendita iba preciosa, de blanco, así salió en la foto: bella e infeliz. Nos ordenaron por edad. Porcia sonríe con un porte gallináceo; a su izquierda, con el gesto torcido, aparecen Vicenta y Leda; también las gemelas, Natalia y Amelia, embutidas en un vestido de raso que las hacía ver aún más gruesas. A mamá, que iba de negro, la sentaron en una silla de madera. Carmen y yo posamos sentadas sobre una manta blanca, a los pies de la novia. Yo llevo un peinado de ondas, y mi hermana menor, una diadema de perlas. Comparadas con las fotos de boda de nuestras tías y mi mamá, mis hermanas y yo parecemos un aquelarre. Una versión estropeada del futuro. El tiempo entre nuestros vivos y nuestros muertos comenzaba a ensancharse. La segunda generación

de los Vincenza había dejado de ser italiana para transformarse en algo mucho más duradero. Eran los creadores y poseedores de un mundo nuevo que obedecía sus propias reglas y leyes. Y con eso bastaba para hacerlo girar a su alrededor. No era mejor, aunque tampoco mucho peor que el de los llegados desde el Véneto. Mis primos eran zafios, y mis primas, tontas. El tío Renato había mandado a tres de ellos a estudiar a Italia. Lulo, el de la prole más copiosa, decidió enseñarlos a trabajar el campo y los ingenios. Los dos mayores, Giuseppe y Macario, se sabían de memoria el orden de los trapiches. Sus hijas acabaron colocadas en matrimonios cenizos como el que Bendita se vio forzada a contraer.

—¿Por qué aceptaste?

—¿Acaso podía decir que no? —Bendita cerró el equipaje y me miró—. Aprende a cuidarte, Nazarena. Cuanto más rápido, mejor.

Al marcharse de La Araira, Bendita nos dejó a merced de la jauría familiar. Sin Bendita, cada una permaneció atada al castigo que mi hermana Porcia o la vida nos había impuesto y que ninguna de nosotras era capaz de revertir. Nos resignamos a la casa y sus fantasmas. Krugman no escribió ni dio señales, aunque yo sabía, muy dentro de mí, que acabaría manifestándose. Si era nuestra casa el motivo de tanta pelea, estaba claro que el asunto no pararía hasta destruirla o quemarla. Si no actuábamos a tiempo, las paredes se desplomarían sobre nosotras. Nos estaba consumiendo, devorándonos desde dentro, empujándonos y haciéndonos tropezar, embistiendo contra nosotras. La casa nos odiaba, como si en lugar de columnas tuviese entrañas. Para distraer la furia del caserón, nos juntábamos para realizar tareas simples y repetitivas. Las Morochas desmenuzaban en silencio la carne para la cena. La cocina de leña esparcía los vapores por toda la casa: el sofrito de cebolla, las hojas de laurel, el ají dulce que despertaba las papilas, el perfume del papelón al hervir en el caldero. Todos los jueves, los días de venta de carne en La Araira, Aparecida aliñaba las caraotas santiguándose. «Si es que huele a noche de San Juan». Y añadía un puñito más de comino. El humo de los calderos lo inundaba todo con el aroma amargo y picante que desprenden las semillas al molerlas y al que huele la piel de los hombres al golpear los cueros de los tambores en

las fiestas sanjuaneras. A comino huelen los hombres del cacao cuando bailan al santo y aprietan la cintura con sus negras para fregarse la piel hasta sacarse brillo. No hay señal de la cruz capaz de distraer la mente cuando esa música avanza como un incendio por las laderas del valle. No hay santo ni bautista que apacigüe lo que Aparecida siente cuando añade especias a su memoria, como si alguien volviera a ponerle la mano en la cintura.

—¡No le eches más comino! —Amelia manoteó—. ¡Huele a merecumbé!

—Merecumbé te voy a dar yo a ti. ¡Esa carne está gruesa! ¡Méchala más fina!

Resucitada de sus recuerdos de comino y tambor, Aparecida se ponía mandona. Daba largos tragos a la botella de aguardiente y comenzaba a perorar.

—Solo a mandarriazos la ropa olvida el sucio del cuerpo. Solo entre calderos se nubla la mente.

Cada día, la Negra bebía más.

—¡Nazarena, bate bien ese guiso! ¡Que yo te vea mover esos brazos!

—¡Qué escándalo! —Natalia se subió a la silla—. ¡Así no se puede trabajar!

—¡Nazarena, bate eso bien! ¡Como sigas así te pongo a cortar cebolla!

Carmen se quedó en silencio, mirando el techo, mientras las demás trabajábamos.

—¿Cuándo va a volver Bendita? —preguntó, poniendo cara de santa.

—Bendita ya no vive en esta casa. —Aparecida se echó el vapor de las ollas en el rostro—. Formará con su marido una familia propia. Vivirán en una casa muy grande, más grande que esta.

—¿Y cuándo me puedo ir yo?

—Cuando tengas edad.

—O un marido. —Amelia se metió en la boca un trozo de carne mechada—. ¡Hummmmmm, pero qué bueno está!

—No hace falta casarse para dejar la casa —intervine—. ¡Qué ideas le meten en la cabeza!

—¡No le hagas caso a Nazarena! —Natalia chasqueó la lengua—. También te puedes meter a monja.

—O a puta… —Amelia zampó un trozo más de carne.

—Límpiate esa boca con lejía. —Aparecida hizo otra señal de la cruz y siguió dándole paleta al guiso.

Amelia rio con su voz de trueno. Carmen parecía completamente ausente del bochinche, hasta que se hizo un silencio largo.

—¿Te gustaría ser puta, Carmen? —preguntó Natalia.

Mi hermana menor negó con la cabeza. Porcia atravesó la puerta de la cocina.

Natalia y Amelia dejaron de mechar la carne. Aparecida se fue al patio a coger perejil. Yo me sujeté al cucharón como a un mástil. Me concentré en darle vueltas como si así pudiera abrir un túnel de escape lejos de aquellos calderos.

—¿Por qué ya no hablan como hasta hace un momento?

Porcia peinó el cabello de Carmen con los dedos y se sentó a su lado en la mesa de la cocina.

—Entonces, Carmen —Porcia se puso espléndida—, ¿te gustaría o no ser puta?

Carmen se revolvió en la silla, nerviosa, negando con la cabeza.

—Estate quieta.

De pie, en la puerta, Vicenta encendió un cigarrillo y metió ella también su cuchara en el asunto.

—Te lo explico yo mejor, Carmen. Para que te lo pienses bien antes de contestar. —Aspiró, con fuerza—. Hay dos tipos de putas: unas lo hacen por dinero, otras, por gusto.

Todo se me juntó en la cabeza. ¡Heracles! Por eso peleaban tanto la una y la otra. Vicenta estaba loca de celos de Porcia.

—Nazarena, ¿qué estás revolviendo en ese caldero?

Vicenta avanzó tres pasos y se plantó a mi lado.

—¿No contestas, Nazarena? —insistió—. ¿Qué remueves?

—El guiso…

—¿Puedo probarlo?

Vicenta me quitó el cucharón de golpe y lo hundió en la olla. Sacó un buen pocillo de caldo y lo sopló…

—Está ardiendo…, ¿verdad? —El cucharón rebosaba, humeante —. Voy a soplar.

Porcia la miró, recelosa. Cogió a Carmen entre los brazos.

—Pruébalo —sugirió Porcia, sonriendo—. A ver si te quemas la lengua y te callas de una vez.

—¿Y si me ayudas tú a soplar, Porcia?

Con el cucharón entre las manos, se acercó a la mesa.

—Pero qué bien huele. En esta casa nada sale bien, excepto lo que se cuece en la cocina.

—Cuidado, Vicenta.

Porcia apretó a Carmen contra su cuerpo, como un escudo.

—¿Tú también quieres irte de esta casa, Carmencita?

Con un cigarrillo en la mano y el cucharón rebosante en la otra, Vicenta se acercó todavía más.

—¿Te quieres ir?

—Algún día… —respondió Carmen.

Vicenta dio una calada honda.

—De aquí solo se sale loca… o muerta. —Expulsó el humo y sorbió el guiso—. ¡Hummmm!

Se relamió.

—No te recomiendo ninguna de las dos, ¿verdad, Porcia?

Vicenta dejó la cuchara sobre la mesa, besó a Carmen en la mejilla y se alejó haciendo sonar sus zapatos contra el suelo, pero mamá la interceptó antes de que saliera a la calle.

—¿Quién anda ahí? ¿Adónde vas? —Inocenta Núñez Núñez sujetaba el quinqué en la mano.

—Mamá —la abroncó Vicenta—. Es de día, apague esa mecha. El día menos pensado le prende fuego a esta casa.

Nuestra madre se quedó de pie, en medio del corredor.

—Eso es lo que está buscando Judas, ¡eso mismo! —rezongó—. A este paso, acabará consiguiéndolo.

El hombre del traje da una última calada a su cigarrillo, arroja la colilla al pavimento y se abotona la americana. Abre la puerta trasera del Cadillac y extrae un maletín de piel. No se molesta en cerrar, ya lo hace el otro mientras él da un vistazo rápido. Vienen a esta casa, qué duda cabe. Escondida tras la cortina, espero, pero en el pasillo no hay movimiento. Excepto los golpes del machete de Eustoquio al cortar el monte, no oigo nada. A esos dos los ha llamado Porcia, seguro. Así actúa ella, por su cuenta. La última vez se armó la grande cuando Bramante, el marido de Bendita, los tíos Lulo y Renato y ella se encerraron en el despacho. Yo estaba barriendo cuando Vicenta apareció fuera de sí.

—¿Qué hace Porcia con toda esa gente?

Me encogí de hombros y seguí, pero Vicenta no paraba de rumiar y mascullar.

—¿De qué hablan?

Me cogió del brazo, me arrastró hasta la vieja oficina de nuestro padre y me obligó a entrar con ella sin tocar siquiera la puerta.

—Hola a todos —saludó, a voz en grito—. ¿Quieren algo? ¿Un vaso de agua? ¿Una limonada? ¿Un café?

—Nada, gracias —contestó Porcia.

—Nosotras somos Vicenta y Nazarena, nos recordará de la boda. —Estrechó la mano de Bramante—. Somos hermanas de Bendita, y de Porcia, claro.

—Ya, ya… —Bramante saludó, descolocado.

—¿Y Bendita? —siguió Vicenta, con voz de santurrona—. ¿No viene ella a visitarnos también?

—Vicenta, tenemos que comenzar una reunión. —Porcia estaba tensa—. Por favor.

—Ah. —Vicenta dio un paso al frente—. Verdad, faltábamos nosotras. ¡Nos quedamos! ¿O quieres que vaya a buscar a las gemelas y a mamá también?

—A mamá no la molestes —zanjó Porcia—. Aquí no hace falta tanta gente. Es una conversación informal.

—¿Informal? ¿Sin nosotras? —Vicenta me puso la mano en el hombro—. Nosotras tenemos tanta voz como nuestras hermanas, ¿verdad, Nazarena?

Asentí.

—Usted me dijo que representaba la opinión de la familia. —Bramante se dirigió directamente a Porcia.

—La familia también somos nosotros —dijeron Lulo y Renato, a la vez.

—Y nosotras —agregó Vicenta, que cogió dos sillas de las que estaban libres y tomó asiento, obligándome a hacerlo a su lado.

—El señor Bramante ha venido a hacer una propuesta para comprar esta casa —resumió Porcia.

—¿Solo la casa o también los ingenios? —preguntó Lulo.

Porcia dudó, mirando a Bramante.

—La casa —ripostó el marido de Bendita—. Solo la casa.

Lulo y Renato se miraron.

—¿Es usted el único comprador? —preguntaron, de nuevo, a la vez.

—A través de una sociedad limitada.

—Entonces no es usted el único socio. —Lulo parecía receloso.

—A efectos de esta transacción, sí —contestó.

Bramante tenía los dedos gruesos y no paraba de moverlos. Sentí pena por Bendita, que tuviese que vivir con ese hombre tan desagradable.

—De concretarse la venta, el dinero irá a parar íntegro a la familia, por supuesto, y podrán quedarse a vivir en ella las hermanas y la madre de mi mujer. Solo la quiero como un regalo para ella.

Bramante emitía un pitido al acabar cada frase, un resoplo de asma que le daba el aspecto de un inmenso puerco atascado en el sillón.

—¿Bendita lo sabe? —Vicenta se aclaró la garganta.

—¿El qué? —Bramante se secó el sudor de la frente.

—Que usted comprará la casa.

—No, no —Porcia interrumpió—. Es una sorpresa, ¿verdad, Bramante?

—Sí, eso. Una sorpresa.

—¿Y cuánto ofrece? —soltó Lulo.

—Lo que ustedes pidan. —Bramante se alisó el chaleco—. Siempre que mis finanzas puedan afrontarlo.

—No entiendo —insistió Renato—, pero si la casa no está a la venta.

Bramante miró a Porcia. El tío Renato sacó unos papeles de un sobre.

—Al morir nuestro hermano, recibimos una oferta importante que Inocenta, nuestra cuñada, rechazará bajo cualquier circunstancia hasta el día de su muerte.

Renato extendió el papel.

—Así lo expresa este documento.

Porcia miró el folio, incrédula.

—No conocía ese papel. —Nuestra hermana estaba desencajada.

—Hicimos saber a Inocenta que respetaríamos su voluntad y que haríamos todo lo que estuviese en nuestras manos para hacerla cumplir.

Bramante asintió.

—Es una pena. —Tamborileó sus dedos—. Pensaba remodelarla con ayuda de su socio, Heracles Venturi. Tiene talento para la construcción.

Renato se removió en su silla.

—Heracles no es socio —apostilló—. Nuestro hermano sentía por él un afecto genuino, que él corresponde hacia nosotros.

Lulo le quitó la palabra:

—Todo lo que nuestro hermano poseyó en vida está a nombre de su mujer, Inocenta. Cuando ella fallezca, el patrimonio se repartirá a partes iguales entre sus herederos, en este caso, sus hijas y sus nietos.

—Solo somos administradores —zanjó Renato—. Si quiere comprar la casa, tendrá que pedírselo usted directamente a

Inocenta.

Porcia dio un respingo.

—¿Para qué vender la casa? —Vicenta se inclinó sobre la mesa—. ¿Por qué razón? ¿Falta dinero, Porcia?

Bramante se puso de pie. Tenía las mejillas rosadas y las axilas empapadas.

—Me disculpo por estar tan mal informado. Quizá Porcia no me ha dado todos los detalles. He querido agasajar a Bendita, sin saber nada de esto.

Caminó hacia la puerta y dio por terminada la reunión. Nuestra hermana lo acompañó y, aunque insistió para que se quedara a comer, Bramante declinó la invitación. Los vi hablar en el zaguán. Porcia estaba nerviosa. Se tocaba el rostro. Se alisaba el pelo. Frotaba sus manos. Parecía, al fin, humana.

¿Los del Cadillac querrán comprar la casa también? ¿Habrán venido a que Porcia se la enseñe? Me asomo, otra vez. Por más que intento, no consigo adivinar qué hace esa gente aquí ni qué quiere.

—Despégate del cristal. —Natalia me tira del brazo.

—Hay mucho que hacer. —Y Amelia del otro.

—Pero mucho. ¿Qué mosca te ha picado? —Natalia me mira, angustiada—. Llevas toda la mañana ahí, mirando quién sabe qué.

—Sí, eso, quién sabe qué. Ven con nosotras —tercia Amelia—, vamos juntas al lavandero.

Al lavandero no. Ahí las cosas acaban peor. Mal asunto los trapos sucios. Yo me quedo aquí, guardando la casa de las alimañas. A la cocina tampoco voy, que está todo sucio aún. Eustoquio ha podado la mala hierba y el polvo está por todas partes. A mí déjenme tranquila. Quiero estar cuando llamen a la puerta. Ya no me fío de ninguna. Mientras estuvo aquí, Krugman me resguardó. Cuando Porcia me persiguió con las cerillas para quemarme los pies, él me dejó pasar a su habitación. La noche en que Venturi me descubrió espiándolo tras la cancela, fui a esconderme bajo las cortinas del alemán. Si Bendita venía a visitarnos y yo lloraba porque quería que se quedara, Krugman quitaba el cerrojo para que yo apenas tuviese que empujar. «No hagas ruido», me reprendía. Yo me acercaba, para sentir su olor a colonia y escuchar su respiración. Cuando

empecé a dormir a los pies de su cama, él se resistió a mi presencia. La primera vez, me levantó y me sacó al pasillo. «Buenas noches». Cerró la puerta y siguió apuntando en una libreta con su pluma. Regresé al día siguiente, con un paño entre las manos. Me puse a lustrar los pomos y a sacar brillo a las bisagras de las puertas. «No limpies. Me pones nerrrvioso». Las erres eran peores cuando las pronunciaba en una frase corta. Letras rasposas, ásperas, secas. Órdenes más que palabras. Yo cruzaba la habitación de un lado a otro. Examinaba los arcones y asomaba la vista en cuanta carpeta estuviera abierta. «Quédate quieta». Entonces volvía a tumbarme en el suelo, junto a su cama. Me estiraba como las serpientes cuando miden a sus presas. En una ocasión, el vendedor siguió trabajando hasta bien entrada la noche. El viento sopló, como si estuviese a punto de llover papelón con limón.

—¿Amanece ya?

—En un rato… —Krugman bostezó—. Será mejor que te vayas.

Salí de su habitación y me quedé de pie en medio del patio, esperando a que el cielo levantara su oscura tapa. Sentí que los grillos caminaban sobre mi cabeza. Que yo misma tenía patas y hacía ruidos. Que cavaba dentro de mí una madriguera. Que era un monstruo. Que no había luz que me rescatara. Sentí frío. El camisón no me abrigaba. No calzaba zapatos. Tan solo tenía el suelo bajo mis pies y tierra entre las uñas. Regresé a mi habitación. Me tumbé en mi cama. El Sagrado Corazón, arponeado por la lanzada y sujeto por las espinas, me miró. Tenía las manos extendidas. Sus cinco llagas, abiertas en el pecho, absorbiéndome. La lluvia se desató sobre La Araira y cubrió el patio. El postigo batiente producía un ruido continuo, como si la casa hubiera despertado enfurecida por el aguacero. Con las palmas extendidas hacia el techo, esperé yo también un desenlace. Una rendija de luz se abrió en la penumbra, un hilillo de aire sacudió la tibieza. Sentí chirriar las bisagras. Alguien estaba dentro. Un nuevo relámpago descargó con fuerza, pero enseguida volvió la penumbra, que es donde mejor se acomodan los deseos y se mira de memoria. Bien es verdad que en lo oscuro se ofrecen en apariencia los apetitos, que alguien los imita. Que hablan, se mueven y respiran como si fueran ciertos. Esperé, tendida,

buscando con la yema de los dedos una mano, un rostro, una espalda. Me mantuve quieta, en negra espera, deseando sentir. Pero una nueva descarga entre nubes dejó el engaño a la vista. Extendida sobre mi cuerpo, la cabeza erguida como dragón, una serpiente reptaba sobre el pecho. Cuando quise quitármela, hizo lazo en mi cintura y me apretó hasta hacer sonar mis huesos entre sus anillos. Cerré los ojos con fuerza, con tal de que al abrirlos ya fuese de día en el cielo de la habitación. El trueno sonó mucho después, dentro de mi cabeza, hondo y hueco como una explosión.

—Nazarena, cálmate. —Krugman me zarandeó—. Deja de moverte.

—¡Ten cuidado! Una serpiente quiere comerme el corazón. ¡Intenta poner huevos dentro de mí!

El vendedor de ojos suspiró, exhausto.

—Te digo que una culebra ha hecho un ovillo, aquí. —Me señalé el pecho—. No miento.

—No hay ninguna serpiente. No la hay. Solo yo.

Un nuevo relámpago iluminó la madrugada. Me agarré con fuerza al alemán. «Por tu preciosa sangre, Señor». El estruendo retumbó hasta hacer temblar los cristales de las ventanas. Pesadas gotas de lluvia se desplomaron sobre los aleros. Olía a tierra mojada. Por eso yo no me fío de esta casa. Nada es lo que debe. Las noches que siguieron a la tormenta, Krugman llegó muy tarde. Cruzaba el pasillo en silencio, con el sombrero aún puesto, pasaba frente a mi habitación sin detenerse y se metía en la suya a poner por escrito las cuentas del día. Yo me deslizaba hasta su puerta. Las veces que me dejó entrar, me subí a la cama y esperé hasta que acabara de emborronar sus cuadernos. Solo al terminar, apagaba la luz, se tendía a mi lado y me dejaba olerle la piel. Su respiración tibia me hacía sudar bajo la sábana, entonces yo me quitaba el camisón, lo dejaba caer al suelo y aguardaba a que él se levantara a recogerlo. A veces me hacía una trenza o solo peinaba mi cabello con las manos, después volvía a su lado de la cama y me daba la espalda. Otras, se acoplaba en silencio entre mis piernas, abriéndose paso con los dedos primero y empujando con la pelvis después. Luego me apartaba para limpiarse, en ocasiones me ayudaba a vestirme y

abría la puerta en silencio, para que yo saliera sin hacer ruido. Entonces yo me escurría entre las columnas y desaparecía sin dejar rastro.

Jamás concilié el sueño tras aquellas visitas. Tanto el rechazo como el interés de Krugman provocaban en mí el descalabro y la euforia. Cualquiera que fuese el desenlace, no podía sustraerme a su influjo. Para entender, si es que había algo que pudiese yo colegir de aquello, barría el patio hasta dejarlo reluciente y me metía bajo la regadera durante una hora a esperar a que se hiciera de día. No había momento en el que no vinieran a mi mente los ojos de Krugman; el cuerpo, siempre a punto de romperse; el pelo grueso, casi dorado y encanecido; la piel blanca, interrumpida por lunares. Todo lo que no podía retener permanecía incrustado en mi cabeza como una astilla. Comer, ponerme de pie, esperar, todo era lento, como si mi vida transcurriese debajo del agua. Sumergida en el océano de Krugman, los gritos de mis hermanas llegaban a mí como filtrados en sueños. Aparecida comenzó a vigilarme. Olía mi ropa. Abría la puerta de mi habitación en la noche para cerciorarse de que dormía y me preparaba espaguetis con caraotas.

—Cómete el plato entero, Nazarena. Estás flaca, fea, enferma.

—Parece agua negra. Me da asco.

—¡Negra te voy a poner yo a ti como sigas inventándote cosas! ¡Ahora apenas comes! ¡Nunca te encuentro cuando te llamo! ¡Te metes bajo la regadera y gastas todo el tanque de agua! ¿Es que me quieres volver loca?

—No tengo hambre, no tengo sueño. Me pica la piel…

—¡Lo que a ti te pica es la conciencia! ¡Bien sucia has de tenerla con esa limpiadera todo el rato!

Comencé a añadir aguardiente al papelón con limón de Aparecida, para despistarla. Y aunque tampoco era garantía para que la Negra no me echara el ojo, la hacía dormir antes de tiempo y la dejaba muchas horas rendida como un tronco. Entonces, si tenía suerte y Krugman no me sacaba de su habitación, pasaba la noche cerquita del alemán, mientras me peinaba el pelo y deshacía los nudos del camisón, como si alguien me dictara instrucciones en sueños.

—No vengas más —me dijo mientras me recogía el pelo en una coleta—. Lo entiendes, ¿verdad?

Cogí un trozo de pelo y me lo llevé a la boca.

—Nazarena, te hice una pregunta —insistió Krugman—. ¿Entiendes lo que he dicho?

—¿Puedo quedarme ahora?

El vendedor de ojos se incorporó y consultó la hora en el reloj.

—Vete ya.

Salí envuelta en una cobija. La luna, grande y redonda, hacía parecer blancas las naranjas. Si no puedo amanecer con Krugman, entonces que no amanezca. Que se haga de noche dentro y fuera de La Araira. Que se mueran todos los pájaros y en lugar de mangos cuelguen de los árboles mujeres infelices. Ya lo dice Aparecida, en casa de las Vicentas, los hombres se marchan o se mueren.

Andaba contrariado Mendito. Tres días en silencio y cabizbajo, algo extraño para quien todo se lo toma a broma y no se complica la vida con asuntos mundanos como el dinero o el trabajo. ¡Pero si el andaluz es un artista de cabo a rabo!: inmune al desaliento, irrespetuoso de la norma y renuente a cualquier autoridad, por legítima que parezca o diga ser. Él, a quien no le incumben las desgracias sino para remediarlas o sacarles partido, caminaba esos días arrastrando los pies.

—¿Qué te pasa, gitano? —Brígida se tumbó en el chinchorro.

—De todo, Santita —suspiró Mendito con el violín entre las manos—. Ciertamente, la vida me depara quebrantos.

—¿Qué dices? —Brígida se rascó la muñeca con fuerza.

Mendito se arrimó para sobarle la piel. No intentó recostarse ni restregarse, tampoco pellizcarle los pezones. Brígida, que no daba crédito a semejantes desánimo y abatimiento, se revolvió en el chinchorro.

—A ti te pasa algo —insistió—. Ni siquiera has intentado meterme mano.

Él sacudió la cabeza de un lado al otro.

—Necesito ponerle arreglo ya mismo a este asunto.

Brígida seguía sin entender ni una palabra. Tanto misterio a santo de qué. ¿Quebrantos? La muchacha le puso la mano en la frente, pero no tenía calentura.

—¿Qué puede ser tan grave si no es fiebre ni dolor?

—Es peor que eso. —Mendito apoyó los brazos en sus rodillas—. Creo que se me movió el alma, Santita.

Brígida se echó a reír. Además de beato, Mendito se había vuelto cursi. Eso sí que no lo habría podido imaginar jamás. Brígida profirió una carcajada todavía más chillona.

—Mira que eres burra. Te estoy diciendo que no funciona el violín. Se le movió el alma, el palito de madera que tiene dentro y hace que suene.

—Entonces, ¿no estás triste? —preguntó.

—Peor que eso, Santita —exageró—. Estoy desafinado.

Brígida abrió los ojos de par en par.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Buscar a alguien que tenga un almero, reina…

—¿Un curandero?

—Es un instrumento, pero eso cuesta caro, Santita, y el gitano no tiene monedas, ni cobre, ni maravedís…

—¿Maravequé?

—Dinero, Brígida. Que no tengo dinero.

—¿Cuánto necesitas?

—Bastante —se lamentó el gitano.

—Déjalo en mis manos —resolvió, chusca—. Mañana es lunes. Nos vemos aquí, temprano en la mañana.

Brígida se presentó, puntual, con una bolsa de tela polvorienta llena de dinero. Daba alergia tocarla incluso, pero las monedas estaban intactas y los billetes también. Si hasta medallas de oro y plata había dentro y todo.

—¿De dónde sacaste tanto dinero?

—¡Fácil! —Brígida batió las pestañas—. Le rompí el brazo a una virgen.

—No te hagas la lista conmigo —se mosqueó Mendito—. Para pícaro, me sobro y me basto.

—Que sí, Mendito, que me colé en la capilla. De miserables que son, las monjas esconden dinero en las imágenes, no le dicen a nadie y se mueren sin compartirlo.

El muchacho la miraba boquiabierto.

—Pero no te pases de listo conmigo —le advirtió, serísima—. No vas a ser tú el único avispao aquí.

El andaluz se quedó en silencio, sin dar crédito a lo que la Santita había hecho.

—Coge rápido el violín y vámonos a buscar quien lo repare antes de que me arrepienta.

—Le beso la barriguita llena de parásitos que tiene usted, Santita. —Se puso de rodillas y le hundió la boca en las enaguas.

—¡Eso no es la barriga! —Brígida le soltó un pescozón—. ¡Además, yo no tengo parásitos, sinvergüenza!

Mendito se echó a reír y bailó contento.

—Porque te quiero, te quiero, amor mío… —recitó a todo pulmón, y siguió luego muy bajito, al oído de Brígida—: ¡Mira qué orilla tengo de jacintos!

—Qué jacintos ni qué nabo. Depravado. Echa para allá y vámonos de una buena vez.

Al gitano le entró un ataque de risa y fue por el violín.

—No se ofenda, Santita. —Regresó con el instrumento a cuestas —. Es un poema de Federico.

Brígida se sonrojó.

—Pues me da igual, depravado él también. Que si artista esto o lo otro. ¡Qué sabe burro de frenos!

Pusieron rumbo a La Araira, un pueblo a treinta kilómetros de El Guarapo, donde vivía y trabajaba el único fabricante de instrumentos de cuerdas de toda la cordillera Central. Si aquel cumanés del que le habían hablado era capaz de arreglar una guitarra, bien podía enderezarle a Mendito el alma de su violín. Arrejuntados en la parte trasera de un autobús de la Unión Valles Exprés, Brígida y Mendito montaban guardia y miraban a todos con recelo. Si uno dormía, el otro vigilaba. La santa bolsa no podía caer en manos de cualquiera y tampoco es que Brígida se fiara mucho del gitano, pero como se trataba de su violín, el bicho ese se lo iba a pensar dos veces antes de estafarla.

—¿Es verdad ese cuento de las vírgenes o usted cogió esa plata por su cuenta? —Mendito bajó la voz—. A mí me lo puede contar.

—Ni lo sueñes. —Brígida le arrebató la bolsa y se sentó sobre ella —. Si quieres coger aunque sea una moneda, vas a tener que ingeniártelas bien.

—Hummmm —Mendito gruñó—. Es usted una salvaje, Santita. Una bestia bruta y bella. Por usted, el gitano daría el pellejo.

El camino estaba lleno de baches y, a cada lado de la carretera, unos desgraciados prensaban caña para el jugo, que vendían en

unos vasos repletos de moscas y avispas. El conductor paró para beberse uno y, como él, la mitad de los pasajeros, la primera de todos, Brígida. A sus quince años, apenas había salido de El Guarapo, enterrada fregando suelos.

—No se lo beba tan deprisa, Santita. Eso purga.

La advertencia le entró a Brígida por un oído y le salió por el otro. A cambio, le preguntó si conocía algo de La Araira. El muchacho negó con la cabeza.

—¿Usted sí, Santita?

Brígida se puso seria.

—Fue de allí de donde me trajeron.

—¿De cuando el incendio? —Ella asintió—. Quizá le quede familia ahí. Podemos aprovechar para preguntar.

Brígida se sacudió el vestido, haciéndose la sorda.

—Te espero en el camión —contestó.

Se bajaron en la plaza del pueblo y callejearon hasta dar con el taller. El *luthier* recibió a Mendito y a Brígida en alpargatas. De él se decía que igual le acoplaba las tapas a un cuatro como le apretaba las clavijas a un violín. Se llamaba Vicente. Era un negro de pelo blanco y ojos azul catarata. Había llegado a La Araira desde el golfo de Paria veinte años atrás para ganarse la vida secando tabaco. Su taller olía a barnices, fondos de pino y cedro. También a caoba, manzanillo y pardillo. Tenía más guitarras que violines, y también mandolinas de palo indio. Ante la mirada nublada de aquel moreno bello y decrépito, Mendito abrió el estuche. Vicente examinó el violín en silencio. Cogió un arco y probó el sonido. Aflojó las cuerdas e introdujo, a través de la efe, una pinza de bronce para sujetar el alma, aquel pequeño cilindro hecho de abeto rojo y desencajado a causa de un mal golpe.

«O de alguna que otra perrería», dijo a Mendito mirándolo de arriba abajo y con un puro apagado entre los labios. «A los sonidos les da igual la madera, pero el alma, cuando está mal colocada, deja sin voz al instrumento, y sin vida a su dueño». Vicente se sacó el habano de la boca y lo sostuvo, teatral, entre los dedos índice y medio. «Eso es todo, artista». Brígida miraba a Mendito y al afinador como si hablaran chino. Pero al gitano lo traían perdido aquel sujeto

y sus instrumentos. A ella, en cambio, le podía el color de ese pueblo con olor a níspero, martinica y papelón. «El traste y las clavijas de esta guitarra son extranjeros, pero el resto lo hago con adornos criollos de manzanillo fino y caoba, el puente también lo hacemos aquí, les doy un poco de color y pego con cola fría». El viejo era lento, receloso, un cirujano de guerra para maderas de otro mundo. Una vez listo el violín, y solo después de impregnarlo de resina, Mendito frotó el arco sobre una de las cuerdas en una pasada larga. Había recuperado, al fin, la voz. El cumanés lo despidió sin pedir ni un centavo.

En la esquina con Nariño, Brígida se detuvo de golpe frente al esqueleto de una casa en ruinas. Las ventanas estaban selladas con tablones y las columnas apenas se sostenían con apliques. Los muros estaban quemados, y las puertas, bloqueadas por hileras de ladrillos. Parte de la estructura había caído al suelo. Entre los cascotes crecieron matojos y hierbajos. Bañado por la luz del sol, un árbol cargado de granadas atrajo la mirada de Brígida, que saltó la verja sin pensárselo. Necesitaba meterse en ese malezal, tocar sus frutos y olerlos. Algunas granadas estaban abiertas, los pájaros les habían arrancado la piel a picotazos. Eran redondas, pequeñas y suaves. Cogió una para sí y la olió.

—¡Santita! —Mendito saltó la reja él también—. ¡Vamos a celebrar con música!

Ella lo miró sin contestar. Mendito se hizo él también con una granada y la abrió por la mitad. Sacó varios granos y se los dio a Brígida. Ella comió en silencio, con los ojos cerrados. El gitano la miró largo rato, la encontró distinta, pero cómo iba a ser otra, si llevaba el vestido de siempre. ¿De dónde había sacado Brígida toda esa belleza que antes no le había visto? Apoyó las manos sobre sus hombros, por si ella echaba a volar y lo dejaba solo. Masticaba Santita como si nada fuera más importante en el mundo que el sabor que esos granos desprendían dentro de su boca. A Mendito le habría gustado tocarle el cabello, peinarlo y alisarlo, pero la vio tan hermosa que no quiso distraerla. Brígida abrió los párpados de golpe y lo miró con unos ojos inmensos, profundos, lejanos. Lo miró desde

un lugar en que él jamás había estado y desde donde ella era mucho más hermosa de lo que había sido jamás.

—Conozco este lugar —dijo.

Por primera vez, su gitano no rio. En esa casa sepultada bajo cenizas no podía haber pasado nada bueno. Los dos lo sabían y por eso comían en silencio. De la pérgola colgaban varias jaulas vacías. Cavados entre montoncitos de tierra y hollín, tres limoneros mostraban sus retoños, y cuatro naranjos, sus ramas cargadas. Brígida miró alrededor. Buscó una rama a la cual treparse para ver mejor el solar, hasta que consiguió un bordillo y se asomó al malezal y al corral, un inmenso vertedero de piedras y chamizas. Recorrió Brígida un largo pasillo que acababa en un lavandero. La casa entera estaba en ruinas y de lo que había sido un lujoso juego de comedor quedaban muebles consumidos por el fuego, el agua y el viento.

—Brígida, ¡mire esto! —gritó Mendito.

—¿Qué cosa?

En una mano el muchacho sostenía un machete, y en la otra, un casco prusiano herrumbroso.

—¡Santita! ¡Un uniforme de guerra!

—¿Y eso para qué sirve?

—Con este machete puedo dirigir cientos de músicos. ¡Qué digo cientos! ¡Miles! ¡Una banda militar! ¡Una filarmónica imperial!

Brígida hundió las uñas en la piel de otra granada y le arrancó trozos de carne con los dedos. El mundo susurraba y ella podía escucharlo. Una hoja desprendiéndose, un camaleón agazapado, una aldaba oxidada. Brígida avanzó con la fruta en las manos. Sus pasos la condujeron a una cocina de leña hecha añicos, a un lavandero repleto de botellas y a un corral con un estanque cubierto de cemento. En el suelo vio trozos de tela quemados, maceteros de arcilla rotos, una virgen de las Angustias de cemento. El jugo de la granada se deslizó hasta el suelo, dejando a su paso un rastro rojo que atraía a las hormigas. Mendito tocaba el violín. Podía escucharlo, a lo lejos, como si en lugar de desde otra casa tocara desde otra vida. Los muros, cuarteados como la piel de sus piernas, mostraban baldosas y ladrillos rotos. Avanzó Brígida, acompañada por el eco de Mendito, cogida solo del sonido de su violín como quien se sujeta a

un hilo o una cuerda para no perder el camino de vuelta. Siguió tocando el gitano al tiempo que Brígida recorría el caserón, hasta llegar a una pieza pequeña, acondicionada apenas con un catre, un hornillo y una lámpara de aceite. No parecía una habitación, ni siquiera una pieza, más bien tenía el aspecto de la celda de un sereno, la sencillez de una tienda de campaña y la eficacia de un puesto de vigilancia. Estaba del todo apartada, escondida en las entrañas de una casona que vivió tiempos mejores. Colgada en la pared, a manera de protección sobre la sencilla cama, identificó Brígida una foto de familia. Sin soltar la granada que le teñía las manos de rojo, se acercó a mirar. De pie, ocho mujeres ataviadas con miriñaques y elegantes faldones. Repasó una a una a las retratadas. Le recordaron a sus muertecas. Cada una era hermosa a su manera, pero las estropeaba algo por dentro. No sabía Brígida qué, pero era capaz de percibirlo: tenían algo roto por dentro.

—¡Santita! ¡Que me la como enterita! —Mendito llegó de improviso—. ¡Va usted dejando un caminito de granos para que su gitano la encuentre!

Le chupó la boca a Brígida, le rozó la entrepierna con las manos y le rebuscó en el escote una semilla que pudiera recoger con la lengua. Ella se dejó. Quiso distraerse, pero la foto absorbió toda su atención.

—¿Qué mira la diosa de mi sexo con tanta atención? —Se acercó a la pared y cogió la foto con las dos manos—. ¿Es esto lo que distrae a mi Santita?

El muchacho examinó con atención la imagen.

—¡Coño, Santita! ¡Pero si es usted! —Apuntó con el índice a una de las mujeres—. ¡Fíjese bien! ¡Es idéntica!

Se parecía, y mucho. Esa señora desgarbada, de mirada saturnina y ojos hundidos, tenía sus mismos rasgos: el rostro afilado, las orejas prominentes, bolsas de insomnio y la boca cerrada de una esclava.

—¡Es usted, Santita! ¿Esta mujer será familia suya?

Un ventarrón sacudió las puertas y agitó las copas de los árboles. El cielo se cubrió de nubes de agua y volaron por los aires las hojas secas del limonero. Brígida soltó la granada y se limpió las manos en

el vestido. Cogió el retrato y lo examinó a fondo. Se parecían, sí. Pesadas gotas de agua se estrellaron contra la arena y desde lo alto de las ramas cayeron los mangos, las guanábanas y las parchitas. Golpearon el suelo con fuerza y estallaron sobre el cemento.

—¿Quién anda ahí? —escucharon una voz al final del pasillo—. ¿Quién ha venido a robar a las Vicentas?

Era el forzudo.

—¡Espabila, Mendito! ¡Nos vamos! —Brígida cogió la foto y echó a correr hacia el muro—. ¡Encarámate!

El gitano cogió el estuche del violín y fue detrás de su Santita, que ya trepaba la pared como una iguana. Escaló él también impulsándose con los brazos y saltó. Una vez del otro lado, fue tras su moza, que ya iba en dirección a la estación de autobuses. Corrieron como ladrones hasta alcanzar la dársena. Mendito jadeaba, Brígida también. Tenía el vestido manchado y las uñas teñidas de rojo, pero la foto estaba intacta.

—¿Quién era el hombre de esa casa? —preguntó Mendito.

—El forzudo. —El resuello apenas la dejó hablar.

—¿Y ese quién es?

—Lo mismo quisiera saber yo.

—Falta fregar esas baldosas. —Vicenta va de un lado a otro del pasillo—. A la víbora de la mar, por aquí podrán pasar —canta con el cigarrillo colgado del labio.

—Los de adelante corren mucho y los de atrás se quedarán, se quedarán, se quedarán… —le contesta Amelia con un puñado de papelón en la boca.

Aparecida está en la cocina, preparando su torta Bejarana. Hace mucho que no la comemos.

—¿Quién viene? ¿Por qué tanto afán?

La Morocha cierra de golpe la cortina que da a la calle y me embauca con sus zalamerías.

—Qué preguntas haces, Nazarena. ¿Es que no te acuerdas?

Hoy es Miércoles de Ceniza. Es lo único que sé. Vicenta pasa a mi lado, empujándome. Natalia se acerca, sigilosa.

—Hoy vienen Carmen y Bendita, para cantar el cumpleaños a Segunda —susurra.

Pero eso no puede ser, si la niña de Vicenta cumplió hace un mes y hoy empieza la Cuaresma.

—Pero lo vamos a celebrar hoy.

No es posible, porque toca penitencia.

—A la víbora de la mar, por aquí podrán pasar. Los de adelante corren mucho y los de atrás se quedarán, se quedarán, se quedarán… —las Morochas repiten la copla.

No puedo ver el Cadillac, pero sé que está ahí. Mis hermanas, más insensatas que de costumbre, siguen con su alharaca:

—A la víbora de la mar, por aquí podrán pasar. Los de adelante corren mucho y los de atrás se quedarán, se quedarán.

—¡Qué canción más tonta! —rezonga Porcia, que cruza el pasillo ajustándose la falda—. No tiene sentido.

—Es que tú no tuviste infancia. —Amelia me coge de la mano—. Ven conmigo a la cocina, Nazarena.

—Yo también voy. —Se incorpora Natalia—. Quiero comer más papelón antes de que lleguen Carmen y Bendita.

Porcia viste bien. Está peinada de medio lado y con ondas de agua. Seguro va a reunirse con los hombres del Cadillac. Estarán a punto de entrar.

—¿Por qué estás tan arreglada? —pregunta Vicenta.

—¡Discuten después! —tercia Amelia—. Vamos, que se hace tarde.

—Tarde ¿para qué?

Nadie me contesta.

Porcia camina sin mirarnos. «A la víbora de la mar, por aquí podrán pasar… Los de adelante corren mucho y los de atrás se quedarán, se quedarán, se quedarán…». Las Morochas me meten a empujones en la cocina. De pie ante la mesa, Aparecida quita la piel a los plátanos recién horneados. Ralla el queso blanco y el pan. Separa la canela y la pimienta guayabita, y machaca las semillas de ajonjolí para usarlas más adelante. Está concentrada. O molesta. Huele a Krugman. Es la media docena de clavos a punto de hervir en la olla de papelón. Los clavos de Krugman no son poca penitencia. Mis hermanas se llevan la contraria. Sentada en su mecedora junto al corredor, Inocenta Núñez Núñez alza la voz.

—Que nadie hable de mi marido ni de mis hijas —dice con las manos cruzadas sobre el regazo.

Sus palabras malsuenan. Las pronuncia una mente estropeada. Al escucharlas, Natalia y Amelia callan. Eustoquio detiene la siega y Aparecida levanta la mirada del caldero.

—Esta casa es mi tumba y a nadie más que a mis hijas corresponde resguardarla.

Porcia avanza hacia nosotras y se mantiene de pie junto a mi madre.

—Así es, mamá, y solo yo la guardo.

No le falta razón. Porcia es capaz de cualquier cosa para hacer cumplir su palabra y aplicarla sobre nosotras como un castigo. Tras la partida de Krugman, clausuró el cuarto de huéspedes, cerró el

comedor a los extraños, despojó a Heracles de sus atribuciones y vetó su entrada en la casa. Oscura tenemos el alma de aquellos años. A la gata de las Morochas, la Sultana, le ahogó las crías en un barreño y a mi hija le deseó y le procuró la muerte.

—¿Por qué ya no cantan la cancioncita de la víbora? —Porcia se asoma a la olla de caramelo—. Bate eso más, Aparecida. Y date prisa.

Nada más darse la vuelta, la Negra echa un chorrito de aguardiente a su vaso y bebe de golpe.

—Nazarena. —Porcia se dirige ahora a mí—. No te vayas muy lejos, tengo que hablar contigo.

—¿Y los hombres de afuera? —pregunto—. Los del Cadillac. ¿Quiénes son?

—Tú no aprendes, Nazarena. Ni con sangre te entra la letra.

Pues yo creo que sí. Que la letra quedó bien impresa. Nada de lo que hizo mi hermana en esos días amaina ni se mitiga, sigue ocurriendo con la misma intensidad. Cuando cae sobre nosotras, la mano de Porcia es siempre un puño.

—Terminen esto rápido. —Sus instrucciones incluyen a las demás —. En un rato hay que estar en el salón.

Aparecida saca los clavos del melao y los deja sobre la tabla de madera. Expuestos a la vista y al olfato, rasgan la piel y reabren lo ya atado. Krugman se marchó sin avisar. No dejó una nota. Tampoco yo la busqué. Las lluvias amainaron, Heracles abandonó el pueblo y Carmen se marchó a vivir con Bendita. Perdí la regla, también el apetito. Todo me daba asco, y no por el olor a gasoil que inundó la casa durante semanas. Algo mucho más fuerte empujaba las arcadas y me dejaba luego durmiendo la tarde entera, como si en lugar de barrer hubiese arrancado el cemento del suelo. Natalia y Amelia me llevaron al Guásimo, con la matrona de sus ahijados. Era una morena alta y de brazos gruesos. Cuando llegamos, estaba en la calle, fumando con la candela hacia dentro. Apagó su cigarro con la suela de la alpargata y me hizo una seña para que entrara. Se lavó hasta los codos con agua y jabón, y me tumbó en una mesa baja.

—Abre las piernas.

Natalia y Amelia permanecieron en silencio mientras ella palpaba.

—Tiene el cuello blando —murmuró, dudosa.

Auscultó un poco más. Me tocó la cintura, pegó el oído al vientre y me tomó el pulso.

—Está de unos cuatro meses.

Volvimos a casa sin cruzar palabra. Bendita intentó llevarme con ella. ¿A santo de qué tenía yo que esconderme? En ese pueblo, la mitad eran ilegítimos, y la otra mitad, postizos. La noticia se esparciría como un incendio y sería un escándalo hasta que llegara otro más grande.

—¿Ya le dijiste?

—¿A quién?

—¡Al alemán, Nazarena! —Amelia mordió un trozo de panela.

Negué con la cabeza.

—Hay que escribirle. Porcia tiene la dirección guardada.

—Ni se te ocurra —zanjé.

Cuando se enteró, Aparecida se santiguó tres días seguidos. Para tranquilizarse, le dio por echarse más aguardiente de la cuenta y acabó delatándome en una de sus borracheras, que es lo que esperábamos todas que ocurriera. Que Porcia enfureciera era lo normal. Tan solo quise que me permitiese llevar el embarazo en la casa, con mis hermanas, que intercederían por mí para dejarme dar a luz en La Araira. Porque lo harían, ¿verdad? Me dejarían permanecer en casa, ¿cierto? No fue así. Porcia entró en mi habitación, me sacó de la cama tirándome de los cabellos y me arrastró hasta la regadera del lavandero. Me vació encima un bote de lejía y me fregó el pelo como lo habría hecho con el cuello de una camisa.

—¡Ven aquí! —Empujó mi cabeza con fuerza, sacudiéndola como si quisiera arrancarla—. ¡Con que eso fue lo que pasó! ¡Ya sabía yo!

Me restregó con rabia. Me tiró del pelo y me zarandeó bajo el chorro de agua. El olor agrio del detergente me abrasó la garganta. De haber sido otro, mi cuerpo no habría resistido a la lejía. Pero estoy hecha de un cuero seco. Me cubre un pelo hecho para ser arrancado. Huelo a yegua, a paliza.

—¿De cuánto estás? —Me haló con más fuerza—. ¡Dímelo!

Me cubrí la cabeza con los codos.

—¡A mí tú no me engañas! ¡Aparecida cree que estás de cuatro meses!

Volvió a golpearme, más fuerte, con las dos manos esta vez.

—¿Fue con Heracles?

Negué con la cabeza. Pero ella siguió.

—Entonces, ¿con quién?

Me restregó con más lejía. Me ardían los ojos. Apenas podía respirar.

—No te lo habrás hecho tú sola, ¿no?

—No es tu problema. —Me zafé—. ¡Quédate quieta!

—¡Mañana mismo te vas de aquí!

Porcia se levantó.

—¡Te voy a lavar la boca con jabón!

Cogió una de las escobas de cerdas duras contra la pared, pero al sacarla del montón dos más cayeron al suelo. Entre las botellas de keroseno aparecieron cientos de cucarachas. Negras, marrones, rojizas. Algunas tenían alas y planeaban como langostas de medio kilo. Otras se esparcieron como una corriente gruesa. Cuanto más nos resistíamos, más se abalanzaban sobre nosotras, rebuscándonos la melena, metiéndose en nuestras faldas y rascándonos la piel con sus patas rasposas. Al pisarlas expulsaban unas larvas blancas. Apreté bien los labios y esperé quieta. Si conseguía no sentirlas, acabarían marchándose. Porcia dejó de abofetear y golpearme. Estaba poseída. Tan histérica que se arrancó el vestido y lo tiró al suelo, pero las cucarachas se trepaban y caminaban sobre su piel blanca llena de hoyuelos.

—¡Quítamelas, Nazarena! —Porcia intentaba sacudírselas con las manos—. ¡Quítamelas de encima!

Me hice a un lado y esperé, en silencio. Que cada una cargue su cruz, Porcia.

Nuestra hermana mayor quiso sellar las puertas y las ventanas para que nadie me viera, para esconder la deshonra, y gritó a mis hermanas cuando intentaron disuadirla.

—Ni las víboras echan a sus hijos. —Mamá atravesó el patio y se dirigió a mí, señalándome con el dedo—. Ni las víboras, ¿me oíste?

Tenía la lámpara en la mano y se sorbía los mocos.

—Vete de aquí, Nazarena.

Bendita, que la escuchó a mi lado, corrió a mi habitación. Metió en una maleta dos vestidos, ocho mudas, un par de pantuflas y mi peine de nácar con cerdas gruesas.

—¿Quieres llevar algo más?

Negué con la cabeza. Aparecida intentó venir conmigo, pero Porcia se opuso. Si ponía un pie fuera de la casa, acabaría lejos para siempre. La convencí para que desistiera y dejara de llorar por los rincones. Segunda y Vicenta, también mamá y las Morochas seguirían en casa. No podía dejarlas solas. Bendita podía acogerme hasta que todo se calmara.

Bendita vivía con su marido, Bramante, más allá del Guásimo, en una casona entre la laguna de Onoto y Las Angustias, el primer ingenio de nuestro padre, en el que todavía Heracles Venturi trabajaba como administrador. Era un lugar discreto, rodeado de campanos y junto a un río caudaloso donde paraban a beber los animales. De noche, cantaban las ranas su canción de agua dulce y le daban paso a la noche y la lluvia. Hasta allí llegué con una luna redonda que acabó percutiendo el cielo. De tan blanca, taladraba las ventanas con su luz y lo dejaba todo a la vista: las sábanas arrugadas, la rama mecida por el viento, el nido de avispas empotrado en la viga, los pies fríos, las piernas gruesas, la nariz ensanchándose. Yo entendía mi cuerpo como el lugar en el que crecía un hijo, porque crecía, dentro de mí y conmigo, pero sobrellevaba malamente sus sobresaltos. ¿Estaría comiéndome por dentro como devoré yo a mi madre?

En la pared de mi habitación, Bendita hizo colgar el Sagrado Corazón y un disco de alpaca repujado con la imagen de Nuestra Señora de las Angustias, Virgen y madre doliente del Redentor. De las dolorosas, Bendita eligió a la más suplicante y sufridora, a la más Vicenta de todas las Vicentas. Derrumbada antes que viva, las lágrimas comiéndole las mejillas como perlas de ácido. Cada mañana me detenía a contar sus siete puñales clavados a futuro en el corazón. ¿Quién la sujetó con cuchillos a semejante dolor? ¿Para qué quería Bendita ponerme delante de semejante sufrimiento? Al tercer día, la descolgué y la guardé en un cajón.

—Krugman no vive en la dirección que le dio a Porcia. —Bendita se sentó a mi lado en la cama—. Han devuelto ya tres cartas.

—Te dije que no le escribieras.

—Lo hicieron las Morochas primero, después lo hice yo… —Me cepilló el cabello, con suavidad.

—¿Y qué le decían? ¿Que tenía que hacerse cargo de una mujer que vive en un pueblo entre las estaciones de El Consejo y El Guarapo?

Bendita dejó el peine sobre la cama.

—Una mujer embarazada, Nazarena. ¿Tengo que explicártelo?

—Son ustedes las que necesitan una explicación, yo no.

Bendita suspiró y pasó revista a la habitación con la mirada.

—¿Y la Dolorosa? ¿Dónde está?

Mi hermana caminó hasta la cómoda, extrajo del cajón el óvalo de alpaca, lo colgó de nuevo en la pared y salió de la habitación sin decir nada. Bendita quería un embarazo más que yo. Cuando cogí la virgen para esconderla de nuevo, sentí un estremecimiento. La cría buscaba su lugar en un cuerpo en el que yo misma jamás encontré acomodo. Me sujeté el vientre, queriendo aquietarlo. Si yo era la jaula de esa criatura, ¿me querría al liberarse?, ¿desearía alguna vez entrar de nuevo, aunque el mundo fuera más amplio y cómodo que mis entrañas?, ¿brilla el sol en una cueva de carne y sangre?, ¿nacería hombre o mujer?, ¿caballo o yegua?, ¿vivo o muerto?, ¿qué ojos tendría?, ¿humanos o de vidrio?

Nació niña y nació muerta. Hecha de poquita cosa. Aún era de noche cuando asomó la cabeza, pero el cordón enredado alrededor del cuello le impedía salir.

—Hay doble vuelta —murmuró Amelia.

Cuanto más empeño ponía la partera en deshacer el circular, más se apretaba el nudo. Con ayuda de mi hermana, intentó darle la vuelta con las manos, pero apenas consiguió hacer girar su cuerpecito.

—Ha sacado un hombro.

Bendita permaneció a mi lado, en silencio, mientras las Morochas se relevaban escoltando a la matrona.

—Tiene más de una vuelta —insistió Amelia.

—Hay que girarlo desde dentro y así no puedo.

El cordón se había deslizado por delante y oprimía al bebé.

—¿Qué pasa? —insistí.

Iba mostrándose el día a medida que la niña se asfixiaba.

—No tiene pulso. —La partera se limpió la frente con el brazo—. Hay que cortar para poder sacarlo.

Extrajo un cuerpo diminuto y sucio, cubierto de una gruesa capa blanca y grasienta. Alrededor de la nuca tenía el cordón retorcido y, sobre el rostro pequeño, unos labios oscuros.

—Quiero verla más cerca.

Amelia cogió a la niña. La tuve en brazos muy poco.

—Déjala aquí, Amelia. No te la lleves, Bendita. No la dejes ahí sola, ponla aquí, encima de mí. —Me dolía el cuerpo—. Bendita, que me des a la niña. Que quiero verla.

Los párpados pesados no daban tregua, pero yo quería permanecer despierta. ¿Y si se tratara de un error?

—Dame a la niña, Bendita. Devuélvemela. Deja que yo la tenga.

Las palabras salían de mi boca sin obrar ningún efecto. Mis hermanas la cubrieron con la manta. Poquita carne, poquito pelo y poquita piel. Así pasó la niña por mi cuerpo rumbo hacia la muerte. Un nacimiento sin vida.

—¿Estás segura, Amelia? No te la lleves, Bendita. A ver si respira. Dame a la niña, Amelia, ¡dámela! Ponla aquí, encima de mí. Va a pasar frío.

Amelia volvió con la criatura en brazos.

—Despídete de ella, Nazarena. —Me la acercó, otra vez—. Dale un beso y déjala irse de una vez.

Colgada de mí, ahorcada al saltar desde mi vientre, la niña llegó al mundo para no verlo. Devoré a mi madre y estrangulé a mi hija. Barriendo preparé su tumba y barriendo seguí buscándola. La niña estuvo muy cerca. Vino y se fue. A punto estuvo, creo, de vivir entre nosotras. Se la llevaron. No volví a verla. Dicen que murió. Que está muerta.

Heracles Venturi se ofreció a cavar una pequeña fosa junto al río. Me lo contaron mis hermanas. Que fue a ayudar. Bendita me prometió que cuidaría de la niña, que le pondría flores, que jamás la

dejaría sola. Le pedí que le diera nombre. Que inscribiera una placa, Brígida, y su fecha de nacimiento y muerte. Que quedara registro. Que alguien pudiese buscarla. Bendita asintió y me abrazó. No me dejaron verla antes del entierro. No acudí al hoyo ni deposité flores en su cuna. Volví a casa con las Morochas. Volví sin la niña y sin pelo en las pestañas. Porcia pasó de largo al verme cruzar el pasillo. Vicenta y Segunda me miraron, desde el patio, tendiendo la ropa blanca junto al granado. La mata estaba cargada y, al estallar una de las granadas contra el suelo, sus pepitas teñían de rojo la tierra. Olía a caña quemada, a hora de la plaga, a caldo de gallina. Aparecida me miró desde la puerta de la cocina. Se santiguó tres veces y volvió dentro para encender la leña. Desde entonces no salgo de casa y poca gente viene a vernos. Aquí, todos los días son Miércoles de Ceniza.

El hombre trajeado entra en la casa. El otro permanece fuera junto al Cadillac. Porcia lo acompaña mientras cruzan el zaguán. Mi hermana habla de mí como si yo no estuviese delante. «Sí, ella está aquí. Ahora la verá». Lo conduce al salón. Yo los sigo, como un fantasma. El reloj de cuerda ya no da la hora. Porcia no me ofrece una silla, tampoco me invita a sentarme. Ellos sí toman asiento. El hombre hace preguntas sin dirigirse a mí. Nadie pronuncia mi nombre, ni siquiera mis hermanas.

—¿Desde cuándo no come?

—Tres días.

El sujeto apunta en una libreta de piel. Viste un traje gris, camisa almidonada con gemelos y una corbata oscura. Sus zapatos de cordón brillan. Lleva el bigote bien recortado y el cabello peinado hacia atrás. Huele a lavanda y linimento.

—¿En qué consiste su dieta habitual?

—Poco, últimamente casi nada.

—¿Duerme?

—Cuando deja de comer, deja de dormir.

—¿Qué hace en todo el tiempo que queda del día?

—Barrer.

—¿Y qué más?

—Se friega las manos con limón. Se ducha varias veces. Vigila y murmura. Ve cosas y personas que no existen.

—¿Es agresiva? ¿Se hace daño a sí misma?

Porcia niega con la cabeza.

El sujeto abre el maletín. Al fin se gira a mirarme.

—Extienda el brazo, por favor —me indica mientras saca un estetoscopio y un aparato largo de plástico.

—¿Para qué? —pregunto.

—Obedece, Nazarena —rezonga Porcia.

En mi brazo derecho coloca un brazalete de hule que infla con una pequeña válvula. Me aprieta un poco. Una vez desinflado, apunta en la libreta dos cifras. Luego me ausculta con el estetoscopio. Me pide que respire. Primero coger aire, luego soltarlo. El hombre pasa revista a sus apuntes.

—¿Qué es lo que le preocupa de su hermana?

—Pues que no duerme, no come, hace cosas extrañas… —Porcia suspira—. Mírele las manos. Están en carne viva.

—¿Ha pasado algo, en los últimos tiempos, que pudo haber alterado su conducta? ¿Cambios bruscos, discusiones, disgustos?

—Murió la niña —digo—, pero nadie lo ha confirmado.

—¿Ve? —Porcia me interrumpe—. No para de repetir ese tipo de cosas. Una niña que no existe, alguien que está a punto de llegar, algo sobre unos pájaros…

—¿He tenido hijos o embarazos anteriores?

—No —contesta Porcia.

—Sí —contesto yo.

Porcia niega con la cabeza y hace girar su dedo índice sobre la sien.

—Que sí —insisto—. He dado a luz a una niña, pero nació muerta.

Porcia y el sujeto me ignoran. Natalia y Amelia me cogen de la mano cada una y me llevan a sentarme en el sofá. Huele a café de malla. Aparecida entra y sale con una bandeja. Va y viene, con tres tazas. A lo que yo digo, nadie hace caso. Prefieren hacerme pasar por loca antes que admitir lo que han hecho: obligarme a parir escondida.

—Esa niña no murió. Está viva.

Mis palabras son garúa. Cuando hablo, llovizna. Vicenta y su hija nos miran desde la puerta que da al patio. Las jaulas vacías junto al tinajero siguen abiertas.

—María Santísima de la Amargura —masculla Aparecida, entre tazón y tazón, y con los trozos de Bejarana servidos en la bandeja.

—¿Y la tarta no era para celebrar el cumpleaños de la niña, Aparecida?

La Negra no levanta la mirada.

—No tomo dulce, gracias —responde el sujeto dirigiéndose a Aparecida.

—Nazarena debe pasar una temporada bajo su cuidado. —Porcia ofrece una taza de café recién colado.

—Eso debe decidirlo la familia y dejarlo por escrito. —El hombre declina también el café.

—Por favor —Porcia insiste—. Mi hermana necesita descansar. En Cantarrana estará mejor que aquí. Estamos todas de acuerdo.

El agua parda del guayoyo se derrama humeante dentro de las tazas de loza blanca que Aparecida sirve mientras solloza. Eustoquio limpia de gusanos el chaguaramo.

—¿Ella es consciente de su estado? —pregunta el de la libreta.

Aparecida sirve más café en la taza. Afuera, Segunda juega con cerillas.

—Vete a la habitación y espérame ahí —le indica Vicenta.

Eustoquio sujeta el machete con firmeza y reparte un mandoblazo a la rama más alta, que cae por el peso de los gusanos. No quiero beber café. No quiero escuchar. Prefiero no saber. Han venido a buscarme, pero no iré a ninguna parte.

—Pregunten a Bendita.

—Ella no está.

—Entonces a Leda.

—Está muerta.

Aparecida llora. Las Morochas se abrazan. Vicenta fuma. Segunda enciende cerillas. Krugman se ha marchado. Papá ha muerto. Un Cadillac negro está aparcado en la calle. Brilla y deslumbra hasta convertir en noche la mañana. No me moveré de aquí. Aún queda mucho por barrer. Mis siete hermanas, amoladas como puñales. Mis siete hermanas, cosiéndome un sayo. Mis siete hermanas, enterrándome viva. Percibo a lo lejos olores que mi cuerpo ya no retiene. Estalla en mi memoria un perfume vivo que me hace sentir muerta. Intento matar las culebras que me comen el corazón en sueños. Duermo a los pies de la cama de Krugman. Doy a luz una hija muerta. Tengo las manos sucias. Aparecida cierra el grifo a toda prisa. Bajo la regadera, tiemblo. «¡Abre el grifo, Aparecida!». La

Negra me cubre los hombros con una toalla grande. Huele a mugre. Todas las casas en las que viva, incluso en sueños, dejarán pasar el polvo. Por más que frote con limón y jabón, tendré tierra bajo las uñas. Aparecida me seca, Porcia me traiciona, las Morochas lloran, Vicenta fuma, Segunda juega, Carmen se ha ido, Bendita no llega, la niña no nace, la casa se estrecha, el día se muere, yo también. Huele a keroseno. Maúlla la Sultana. Viene mamá con el machete, raspando el suelo como un fantasma. «¡Has vuelto, Judas! Lo sé, puedo olerte». Mamá alza el quinqué. Alumbra la casa al mediodía. «¡Fuera de aquí, Judas! ¡Fuera, demonio!». Suena el motor del Cadillac. ¡Toc! ¡Toc! Llaman a la puerta. Por tu preciosa sangre, Señor. «¿Adónde vas, Nazarena?». Aparecida me sujeta del brazo. «¿No lo oyes? Tengo que abrir». Me zafo. Con el pelo mojado, tiritando de frío, corro al zaguán. Es Krugman. Tiene que ser, porque él vuelve a La Araira cuando empiezan los incendios, y ya huele a la candela de los rastrojos y al humo de los ingenios. Descorro la cancela. Empujo la puerta. Pero no es él quien llama. Es Bendita, ha venido con Carmen y Heracles. Ella sostiene en brazos una niña, Carmen la sigue.

—Déjanos pasar, Nazarena.

—Nazarena —insiste Venturi.

—¿Ustedes también vinieron con los del Cadillac?

Bendita niega con la cabeza.

—Ten la bondad, Nazarena, deja pasar.

Mi hermana cruza la puerta con la criatura en brazos, Heracles la sigue. Venturi ya no parece tan fuerte, tampoco se mueve a sus anchas. En esta casa no es bienvenido y lo sabe. Bendita sujeta a la niña, aunque no hace falta llevarla. Puede caminar. O al menos está en edad de hacerlo. Tendrá unos tres años. Quizá algo más, los que tendría Brígida.

—La intuición jamás me falla. Eres Judas. —Inocenta hace aspavientos con la lámpara de petróleo en la mano. Bendita me mira. Heracles resopla.

—Inocenta —Venturi habla en voz muy baja.

—Ya no solo quiere quitarme la casa. Ahora también se la quiere quitar a mis hijas.

—He venido a acompañar a Bendita, quiere decir algo.

Mi hermana asiente. La pequeña se escurre, hace por escabullirse de sus brazos. Porcia llega al zaguán jadeando. Ha atravesado el pasillo a toda prisa.

—¿Por qué la has traído?

El hombre del traje y la libreta ya se marcha.

—Con su permiso. —Saluda al resto con la cabeza—. Llamaré para ajustar el traslado.

Ventea el humo en la calle. Huele al fuego y a la chamusquina de los ingenios.

—¡Judas! ¡Fuera de esta casa! —mamá grita, encerrada en sus odios mientras sujeta una lámpara que no necesita.

Porcia no mueve ni un músculo, tampoco mira a Heracles, que guarda silencio. Bendita apenas levanta la vista. Sostiene a la niña como un escudo. La pequeña juega con el collar, intenta arrancarlo de su cuello, balbucea. Está aburrida, tiene miedo, hambre. Quizá sed.

—Lo que tengas que decir, dilo de una vez. —Porcia señala con la mano a Venturi—. Este, que espere fuera.

Me acerco a mi hermana para fijarme en el rostro de la pequeña. Bendita la coge con fuerza. Tiene los ojos claros la criatura, verdes como las Núñez. Es rechoncha como un bojotico. Se lleva las manitas a la boca.

—¿Por qué la traes ahora? —Porcia tuerce el gesto.

—¡Yo a este no lo dejo aquí solo! —Inocenta Núñez Núñez da un golpe en el suelo—. ¡Aparecida, vigile a este hombre! ¡Viene a robar! ¡Es Judas!

—Mamá, no grite. —Bendita acomoda a la nena en brazos—. La está asustando.

—¿Y a mí qué? —Inocenta agita los brazos—. Que se asuste si le da la gana, hija mía no es. Este sinvergüenza es peligroso.

Mamá se acerca también a la niña, la ilumina con el quinqué.

—¿No te habrá preñado este viejo malnacido? —Un arrebato de rabia le oscurece el rostro—. ¡Que no me entere yo que…! ¡Que no me entere…! ¡Aparecida! ¡Aparecida, ven acá!

Sube el calor en el zaguán. Llueven trazas de ceniza sobre nosotros. El incendio ha de ser muy cerca, porque aprieta la candela en el ambiente.

—¡Aparecida! ¿Dónde estás, negra borracha? —Mamá amenaza, otra vez, con la lámpara en la mano—. ¡Eustoquio, ven tú también!

Ni Porcia ni las Morochas con sus siseos son capaces de calmar a nuestra madre. Lleva años Inocenta Núñez Núñez ardiendo por dentro. Bendita se aferra a la niña, pero la criatura se escabulle y echa a correr hacia el granado, que en esta época del año está frondoso, y el taparo tiene totumas a reventar. Bendita corre tras la criatura. Pero no hay nada que temer. El suelo está limpio. No hay culebras ni alacranes, yo misma he fregado todo con keroseno, para espantar a las alimañas.

—Quieto ahí, Judas. —Inocenta lo señala con el dedo—. Y tú, Carmen, quítate tú también. No hables con ese desgraciado.

Mamá arroja el quinqué al suelo. El cristal estalla y la mecha prende. La llama avanza veloz tras los pasitos de la niña. El humo inunda el corredor. Se hace volutas en los soportales. Arden también la madera del tinajero y el caney junto al zaguán. Pesa el aire. Salen por las ventanas las lenguas de candela. Apenas distingo a mis hermanas en la humareda. No veo a la niña. ¿Dónde está? Los gritos de Inocenta se ahogan entre toses. Las sábanas tendidas al sol arden. Al granado, la higuera y el mango los devoran las llamas. La niña había muerto, eso dijeron. La enterraron Bendita y Heracles. La enterraron. Pero adónde se ha ido ahora. Hoy es Miércoles de Ceniza. Yo llevo la cara limpia. El gasoil entra en mi pecho. La piel se calienta, mis ojos se cierran, la casa se cae. El muro blanco de jazmín se apaga en mi mente.

De vuelta al campano, Brígida se frota las manos. Cantan el turpial, el ruiseñor, el cristofué y los canarios de tejado. Los loros cruzan el cielo y las guacharacas arman alboroto en las ramas más altas del árbol. Los campaneros y las paraulatas organizan su orquesta al aire libre. Ha pasado el ganado por aquí, lo sabe Brígida porque la boñiga desperdigada atrae a las moscas. Necesita pensar Brígida. Si pudieran, las cicatrices le harían saber lo que pasó. Si existe una memoria del fuego o del ácido, podría contárselo su pellejo. Pero la piel no es de fiar y ella apenas entiende qué hace con las internas, si su familia está en otra parte o si esa foto tiene algo que ver con ella. Solo ahora que ya no tienen arreglo quiere saber Brígida qué pintan esas quemaduras.

—El fuego devoró la casa en minutos. Todos te dieron por muerta, menos yo. Fui a buscarte al patio. Por eso no te asfixiaste.

Piensa Brígida que se trata de un error. Que aquella voz proviene de su cabeza. Que sería acaso el eco de un pastor que guía sus ovejas o la conversación perdida de un paisano junto al molino de agua. Pero no es ninguna de esas, ni siquiera se trata de Mendito zascandileando y agitando los rulos mientras pellizca el violín. Esa voz existe y tiene frente a sí a quien la emite. Es el viejo forzudo quien le habla ahora bajo el campano. No son las muerticas, es él. Ha venido a buscarla.

—En la foto que te llevaste están tus tías y tu mamá. Todas murieron en el incendio, excepto una.

—¿Cómo sabe usted esas cosas? ¿Qué tiene usted que ver conmigo?

—Me llamo Heracles Venturi. Trabajé para tu familia.

—Qué va a saber usted quién es mi familia. —Sin mirarlo a la cara.

—Solo quedó viva una persona, la menor de las Vicentas.

—¿Qué Vicentas? ¿De qué habla?

—Las ocho hijas de Inocenta Núñez Núñez y Giuseppe Della Vincenza. Todas ellas vivieron en esa casona en la que estuviste el otro día, la misma de la que yo te saqué quemada como un bejuco.

Brígida pone los brazos en jarra.

—No me fío de usted.

—Yo estaba ahí el día en que ardió por los cuatro costados. Fui yo quien te sacó y te llevó a El Guarapo.

La muchacha frunce el ceño.

—Por mí mejor si no me crees.

—¿Mi familia tenía dinero?

—Perdieron bastante, pero gozaban de una buena posición.

—¿Los robó usted?

Niega con la cabeza.

—Cuidé cada centavo y cada ladrillo. Fui yo quien compró la casa después del incendio.

—¿Se acostaba usted con mi mamá? —Hizo una pausa—. ¿No vendrá a decirme ahora que es papá mío?

Heracles niega, otra vez.

—Tu mamá creyó que habías muerto al nacer, así que tu tía aprovechó para quedarse contigo y esconderte unos años. Pero la culpa la ablandó y acabó devolviéndote.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Tu madre?

Brígida asiente.

—Nazarena. Y tu tía, Bendita.

—¿Dices que queda una viva?

Heracles se santigua.

—Se colgó aquí, en este árbol. De tu familia quedan una casa quemada y tú.

—Y mi papá, porque está vivo, ¿verdad?

Venturi alza los hombros.

—No lo sé.

Brígida saca del camisón una cartulina doblada en cuatro.

—¿Cuál de todas es? —Señaló con el dedo índice—. ¿Esta?

Asintió.

—Esa es Nazarena, tu mamá y la séptima de las ocho hermanas.

Bajo la copa del campano, Brígida levanta la mirada. La brisa empuja a las muerticas. Balancea sus cuerpos como a los estambres de un árbol de pan.

—Tuya es la casa en ruinas, tuya es la tierra quemada, tuyas son estas ocho tumbas y el hueco abierto bajo tus pies.

No callan las muerticas. No callan nunca. Brígida vacía sus bolsillos de piedras, se da la vuelta y camina en dirección a El Guarapo. Quiere dejar atrás al forzudo. A las Vicentas. A las internas. A las muerticas. Al mundo entero, si hace falta.

—Apriéteme esa boquita, Santita. Póngale morritos a su gitano. —Mendito saca del bolsillo una barra de labios. Se acomoda el casco prusiano que recién rescató del comedor, se acerca a su musa y le pinta la boca con carmín—. Está usted preciosa.

Brígida quiere irse, cuanto antes mejor. Nada de lo que está ahí es suyo ni le ha pertenecido jamás. No lo quiere. No lo necesita. Va a venir el forzudo a sacarlos a patadas, piensa ella.

—¡Qué empeño el tuyo, necio, de volver donde no nos llaman! —Brígida se estruja el camisón.

—¡Pero si con todo esto nos montamos un teatro, Santita! ¡Aquí, justo aquí —señala el solar quemado—, podemos apañar unas sillas! Y allá… —Mendito corre en dirección al corral—, ¡eso es, justo allá, montamos un escenario para la orquesta! ¡Podemos dar alegría a los desgraciados de este pueblo, Santita! ¡Podemos volver a quemar La Araira, pero de gozo!

—¿Alegría, aquí? ¿En esta pocilga?

—¿Así llama usted al palacio de sus antepasados? ¿Se atreve usted a despreciar el legado de su linaje?

—Que te digo que es un caserón saqueado, lleno de árboles quemados.

—¡Pero retoñarán, Santita!

—En esta casa solo hay basura y tragedia, Mendito. —Brígida levanta los cascotes quemados del caney con una escoba que encontró apoyada contra la pared—. Y ni siquiera es mía.

Mendito se trepa al muro junto al granado.

—¡Su abuelo fue un potentado! ¡Y su otro abuelo, un militar de la guerra federal! ¡Es usted la única viva! ¡Es usted la dueña de esta casa!

El muchacho se yergue, se endereza el casco prusiano del general Núñez Núñez y grita, a todo pulmón:

—¡Yo, Antonio Mendoza, Mendito para la parroquia, el hombre que acompañó a Lorca a Buenos Aires, yo le digo que es usted la dueña de esta y cualquier cosa, reina! ¿Y sabe por qué? ¿Quiere que le diga por qué?

Brígida niega con la cabeza.

—Si a usted le legaron valor pero nació cobarde, si le dejaron dinero y acabó pobre, o si llegó al mundo bella y la sacaron quemada…, ¡da igual, mi diosa!

—Bájate de ese bordillo, Mendito. Te vas a romper la cabeza. —Brígida se revuelve.

—¡En mil pedazos si Dios y la Virgen así lo desean! El mundo no será nuestro, pero nos pertenece, porque la vida es música, es engaño, es teatro, es astucia…

De un salto, Mendito baja donde Brígida, le encaja una tuerca de hojalata en el dedo índice y saca del estuche su violín.

—La vida es artificio, Brígida. ¡Es puro cuento y merecumbé! —Prueba a frotar el arco—. ¡La vida es sueño, mi Santita! ¡El sueño de un dios beodo, la creación de un sinvergüenza! ¡El disparate de un italiano o un andaluz! ¡Un dislate, señora mía! ¡Uno tan bello como sus piernas y sus escamas!

Se arranca con la música Mendito. Hace sonar en su caja de madera todos los pájaros del mundo. Se sube Brígida la falda y hunde los pies en la tierra del naranjo. Ríe con la boca roja y los dientes teñidos de fruta. Agarra la escoba vieja y baila con ella. Entonces vuelven los canarios a posarse sobre las jaulas herrumbrosas y huele, a lo lejos, allá en los ingenios de Las Angustias, el caramelo espeso que alguien bate de pie, con un cucharón de madera.



Primera edición: febrero de 2026

© 2026, Karina Sainz Borgo
c/o Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de cubierta: © Inge Schuster (ingeschuster.com)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10299-43-6

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

LA HISTORIA DE UNA FAMILIA ATENAZADA POR LA CULPA, LA TRAICIÓN Y LA LOCURA. UNA AUTORA ACLAMADA POR LA CRÍTICA INTERNACIONAL.

«Una escritura tensa y compleja como la de Coetzee».

The New York Times

«Escritura seca, concisa, directa, de una fuerza expresiva extraordinaria. [...] Sencillamente magistral».

Fernando Aramburu, *El Mundo - La Esfera de Papel*



En la casa familiar de La Araira, donde ocho hermanas conviven bajo la sombra de una madre devastada y una estirpe carcomida, cada silencio es una amenaza. La séptima de ellas, Nazarena, barre obsesivamente el patio para ahuyentar las desgracias, pero es en el polvo donde se abren las grietas: las rivalidades de las hermanas, los muertos que regresan, el deseo como huida, los animales que presagian desastres y un pasado que se encarna en visiones y terror. La prosa de Karina Sainz Borgo, llena de intensas imágenes y resonancias ancestrales, ilumina poco a poco lo que intenta ocultar cada una de estas mujeres.

Con ecos de Rulfo, García Márquez, Lorca y el universo de violencia y desesperación de *La hija de la española*, esta novela explora la fragilidad humana de manera honda y perturbadora, lleva al extremo las tensiones entre culpa, poder y supervivencia, y nos muestra un territorio donde lo real y lo alucinado se entrelazan con exactitud inquietante. Nazarena es la historia de una fractura familiar que late como un corazón enfermo y confirma la maestría de la autora para llevar la tradición a un lugar propio.

La crítica ha dicho:
«Ecos de Borges. […] Su escritura, es tensa y compleja como la de Coetzee».
The New York Times

«Un relato de gran fuerza poética que tiene algo de tragedia griega y de cuento latino, con una dosis cuidadosamente medida de realismo mágico».
Le Monde

«Sainz Borgo habla sacando las palabras de las vísceras más secretas».
Antonio Lucas, *El Mundo*

«Condensación, capacidad de dar con metáforas vivas, finura en el gusto, exigencia intelectual».
Carlos Pardo, *Babelia*

«Un desgarradorísimo ejercicio de valentía y de memoria contemporánea».
David Uclés (sobre *La hija de la española*)

«La voz de una conciencia. […] Escritura seca, concisa, directa, de una fuerza expresiva extraordinaria. […] Sencillamente magistral».
Fernando Aramburu, *El Mundo - La Esfera de Papel* (sobre *La hija de la española*)

Sobre Karina Sainz Borgo

Karina Sainz Borgo nació en una Caracas de 1982 cuando todo estaba a punto de incendiarse. Trabaja como periodista especializada en temas culturales, aunque escribe a todas horas, y en 2023 se le otorgó el Premio David Gistau de Periodismo por su artículo *Aunque digáis lo contrario*.

Ha publicado los libros de periodismo como *Caracas hip-hop* (Caracas, 2007) y *Tráfico y Guaire*. *El país y sus intelectuales* (Caracas, 2007), y mantiene el blog *Crónicas Barbitúricas*. Su primera novela, *La hija de la española* (Lumen, 2019), aclamada por la crítica y los lectores y vendida en traducción a treinta países, fue finalista del *LiBeraturpreis* y obtuvo el Grand Prix de *l'Héroïne Madame Figaro*. También es autora de *El Tercer País* (Lumen, 2021, Premio Jan Michalski) y *La isla del doctor Schubert* (Lumen, 2023).

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Nazarena
Dedicatoria
Créditos
Sobre este libro
Sobre Karina Sainz Borgo

Contenido

1. Nazarena
2. Dedicatoria
3. Créditos
4. Sobre este libro
5. Sobre Karina Sainz Borgo

Puntos de referencia

1. Portada
2. Portadilla
3. Dedicatoria
4. Créditos
5. Sobre el autor
6. Índice